

Universidad Andina Simón Bolívar
Sede Ecuador
Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Estudios de la Cultura
Mención en Artes y Estudios Visuales

La resignificación del objeto a través de la sonoridad
“Cacerolazo, Quito 12 de octubre del 2019”

Tiani Samay García Alvarado

Tutora: Alicia del Rosario Ortega Caicedo

Quito, 2021



Cláusula de cesión de derecho de publicación de tesis

Yo, Tiani Samay García Alvarado, autora de la tesis La resignificación del objeto a través de la sonoridad “Cacerolazo, Quito 12 de octubre del 2019”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Estudios de la Cultura en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

9 de diciembre de 2021

Firma: _____

Resumen

Esta tesis ancla en los Estudios de la Cultura, con énfasis en la cultura material y la lucha social. En la investigación se analiza el proceso de resignificación que atraviesa el objeto cacerola, a partir del uso de su sonoridad durante el cacerolazo que tuvo lugar el 12 de octubre en el contexto de la movilización nacional de 2019. Además, se construye como una propuesta que indaga -a partir del testimonio y la memoria- el tránsito que realizan los objetos desde el espacio doméstico y su uso cotidiano, hasta el espacio público y su uso en los repertorios de lucha social.

La metodología utilizada se basó en la aplicación de entrevistas abiertas a cinco personas que participaron activamente en las jornadas del Paro Nacional y, específicamente, durante el cacerolazo. El archivo sonoro generado durante esos días funcionó como activador de la memoria de nuestras y nuestros testimoniados.

De este modo, el trabajo de investigación se compone de dos momentos, los cuales se desarrollan bajo un análisis de carácter comparativo y con base en la relación de las categorías: espacio, tiempo, cuerpo y objeto. Así, el primer capítulo es una invitación a recorrer la casa y la cocina, a conocer lo que allí ocurre, los cuerpos que la habitan, los objetos -ollas- que se usan y las dinámicas que se producen. Mientras que en un segundo espacio se incita a reconocer el camino que los objetos -ahora cacerolas- tomaron para ser catapultados a las ventanas, balcones, terrazas y más tarde a la calle donde resuenan y se resignifican.

Palabras clave: cacerola, cacerolazo, lucha social, resignificación, sonoridad.

A mi hermana, mi mamá y mis abuelas, quienes guardan una profunda y diversa sensibilidad frente al nido-casa sobre la cual aprendo constantemente.

A mi papá, quien me ha compartido el gusto y las herramientas para percibir la infinidad de la escucha en la música, los sonidos y las voces que me rodean.

A la memoria de quienes se levantaron y fallecieron durante las jornadas de octubre del 2019.

A los ojos que se cegaron como producto de la violencia de Estado.

Agradecimientos

Gracias a las y los testimoniantes, amigas y amigos con quienes compartí momentos de contención y solidaridad durante las jornadas de octubre, y que posteriormente contribuyeron con sus experiencias, sensaciones y memorias para poder realizar este recorrido.

Agradecimientos especiales a mi tutora Alicia Ortega quien me incentivó constantemente a apropiarme del relato y la escritura de este trabajo de investigación

Tabla de contenidos

Introducción	13
Capítulo primero Espacio doméstico: mujeres y ollas en la vida cotidiana	19
1. Las puertas cerradas, la cocina y la casa (el espacio, dónde)	19
1.1. Las puertas cerradas	19
1.2. La casa	22
1.3. La cocina	25
2. Hora de comer y la cotidianidad (el tiempo, cuándo)	29
2.1. La cotidianidad	29
2.2. Los quehaceres, cocinar y comer	33
3. Yo, tú, él, ella, la familia y las visitas (los cuerpos, cómo)	40
3.1. La familia y las visitas	41
3.2. Yo, tú, él, ella	44
3.3. Cuerpos en acción: cocina y cocinar	47
4. La olla, la taza, la sartén, la cuchara (los objetos, qué)	50
4.1. Los artilugios de cocina	50
4.2. Los trastes: la olla	53
Capítulo segundo Espacio público: cacerolazo y la acción colectiva	61
1. Los trastes y las cacerolas (los objetos, qué)	61
1.1. Las cacerolas: resignificación del objeto	62
1.2. Las cacerolas en la lucha social	63
1.3. Las cacerolas de octubre 19	66
2. Nosotros, nosotras, el barrio y la ciudad (los cuerpos, cómo)	68
2.1. La acción colectiva y movimientos sociales	69
2.2. Primera línea de octubre 19	70

2.3. El corazón de la movilización: la cocina comunitaria	74
2.4. Nosotros, nosotras: el cacerolazo en Quito.....	75
3. Hora de hacer ruido y la extracotidianidad (el tiempo, cuándo).....	78
3.1. Sonoridad en lo cotidiano y extracotidiano	78
3.2. Memoria sonora en la lucha social de octubre 19.....	81
3.3. ¿Cacerolazo por la paz?: hora de hacer ruido	83
4. Las puertas abiertas, los balcones, las terrazas, las veredas y las calles (el espacio, dónde)	87
4.1. De vuelta al páramo: territorios en disputa en octubre 19	88
4.2. Cacerolazo: la ocupación del espacio público en estado de sitio.....	91
Conclusiones	97
Lista de referencias	101
Anexos	107

Introducción

En Ecuador, el 1 de octubre del 2019 el presidente Lenin Moreno junto a su buró político y asesores, anunciaron la tentativa aplicación de una reforma económica para sobrellevar el acuerdo crediticio con el Fondo Monetario Internacional que contemplaba la reducción de gastos y del déficit fiscal del Estado. Para esto, se emplearon varias medidas de orden económico, destacando la eliminación completa al subsidio de combustibles (concerniente al Decreto Ejecutivo Nro. 883). Decisiones que fueron respaldadas en su mayoría por distintas dependencias del gobierno, entidades empresariales y bancarias, sectores acaudalados, fuerzas armadas y medios de comunicación.

A partir de esto, el 2 de octubre el gremio de transportistas convocó a la paralización del servicio de transporte a nivel nacional, que duró tres días. Horas más tarde se sumaron otros sectores: los estudiantes, docentes, obreros y campesinos del país, que anunciaron su inconformidad frente a dichas reformas. Finalmente, se gestó una convocatoria masiva para tomarse las calles, declarando el “Paro Nacional de Octubre”. El levantamiento duró 12 días consecutivos en diferentes puntos del país incluida la capital y fue oficialmente liderado por el Movimiento Indígena del Ecuador.

Quito fue el “punto cero” de conflicto, como portador de escenarios -que históricamente - son estratégicos durante estas jornadas. Aquí se generó una serie de episodios de disputas y enfrentamientos violentos no solo desde la “primera línea”, sino también con protestas menores en diferentes lugares de la ciudad y del país que reunían a los sectores populares y las fuerzas del orden a nivel nacional. Sin embargo, también existieron múltiples repertorios de acción en las luchas sociales, cuya potencia radicó en la ocupación de otros espacios y las distintas posibilidades de relación de los cuerpos. Ambas, ligadas a la acción colectiva, la autoconvocatoria y la autogestión de medios y herramientas de protesta.

En este sentido, el “Cacerolazo” fue una de esas acciones que se convocó a través de redes sociales como una iniciativa popular. Durante la noche del 12 de octubre del 2019, en la ciudad de Quito (y también en otras ciudades del Ecuador), pobladoras y

pobladores de todas las edades, condiciones y distintos barrios del norte, sur, centro y periferias de la capital, participaron de una sinfonía improvisada. La práctica sonora como herramienta de protesta se llevó a cabo con objetos de uso cotidiano: la olla, la sartén, la jarra, la taza, la cuchara; las llamadas “cacerolas”.

Este recurso sonoro permitió -durante 4 horas aproximadamente- dar una respuesta enérgica frente a la jornada violenta, llena de pérdidas humanas, políticas, económicas y de derechos que se vivía en la zona cero. Sin embargo, es necesario mencionar que estos hechos han sido y siguen siendo abordados desde los ámbitos vinculados a la política, la economía, el derecho, o la capacidad comunicacional, visual, testimonial y de la memoria. No obstante, he visto necesario reforzar la perspectiva sobre las posibilidades que brindan los otros sentidos, a la memoria y el testimonio dentro de la lucha social. En este caso, la escucha.

Justamente aquí es donde se deposita el interés de la presente investigación, ya que en este contexto -y desde una perspectiva personal- los objetos que circularon durante las jornadas del levantamiento social eran bastante singulares y con una razón específica. Recuerdo las bombas lacrimógenas, mascarillas, cigarrillos, baldes, piedras, latas, cartones, llantas, rejas, botellones, escudos de cartón, etc. Sin embargo, el objeto que llamó mi atención fue la cacerola. Este objeto ha tenido cierto protagonismo en levantamientos anteriores (como la “revuelta de los forajidos”) y su finalidad ha sido la de convocar, provocar y ocupar el espacio desde la sonoridad. De la misma manera, en octubre percibí un sinnúmero de sonidos: disparos, consignas, sirenas, helicópteros, trompetas, pitos, gritos, entre otros y que, a pesar de ser extracotidianos, tenían una calidad distinta a lo que logró provocar -en mí- el sonido metálico y recurrente de las cacerolas.

Por lo mencionado anteriormente, surgió una necesidad propia de iniciar un estudio que abarque varias inquietudes y cuestionamientos sobre la capacidad de estos objetos cotidianos para transformarse a partir de su funcionalidad, su sonoridad y su ocupación del espacio. ¿Cómo un objeto instaurado en el espectro cotidiano, delimitado a ciertos usos, cuerpos, tiempos y espacios, atraviesa estos límites y toman otro significado a partir de su sonoridad y del nuevo uso que se hace de ellos?, ¿qué sucede y cómo se da este trayecto?

Así, la presente investigación tuvo como fin analizar el proceso de resignificación que atraviesa el objeto “cacerola”, en el contexto de la lucha social de octubre del 2019 en la ciudad de Quito, a partir de la sonoridad y del nuevo uso del

objeto cacerola. Para alcanzar este objetivo he planteado tres objetivos específicos: indagar sobre el objeto “cacerola” y su significación predeterminada como un objeto de uso cotidiano, sujeto a ciertas lógicas de disciplinamiento y su resignificación a partir de la sonoridad. Indagar sobre el objeto “cacerola” y la resignificación que adquiere a partir del cambio en las lógicas de uso, al ser una herramienta dentro del “cacerolazo”. Y, definir los aportes que brinda la sonoridad del “Cacerolazo de octubre en la ciudad de Quito” como un dispositivo de acceso a la memoria de la lucha social.

Metodología

Esta investigación se caracteriza por ser de carácter descriptiva. La principal herramienta utilizada son las entrevistas abiertas y registros sonoros de los cacerolazos en la ciudad de Quito. También para fortalecer el trabajo recurro a fuentes secundarias (bibliográficas) que brindan un sustento teórico a los temas abordados. Así mismo, hago uso de distintos aportes metodológicos de los estudios culturales que permiten analizar el proceso de resignificación que atraviesa el objeto “cacerola”, en el contexto de la lucha social de octubre del 2019 en la ciudad de Quito. Finalmente, la memoria fue un recurso intrínseco en toda la investigación, puesto que el diálogo se depositó sobre testimonios y archivos sonoros que recurren constantemente al recuerdo individual y colectivo del levantamiento de octubre.

Para cumplir con los objetivos previstos, se trabajó con cinco testimoniantes de los cuales 3 son mujeres y dos son hombres. Las y los entrevistados vienen de distintos sectores y barrios de Quito. Estas personas fueron elegidas por su contribución activa durante las jornadas de movilización social y su sentido de correspondencia frente a las percepciones que pudieron vivenciar en el cacerolazo. Cabe recalcar que las y los testimoniantes pertenecen a mi círculo social cercano vinculado al estudio y trabajo de las artes plásticas y artes escénicas. Estas características fueron claves y permitieron desarrollar el cuerpo de las entrevistas desde un aspecto consciente de las posibilidades de resignificación de los objetos “cacerola”; categoría que permite abordar de manera general a todos aquellos diversos artículos de cocina que fueron empleados por las y los testimoniantes durante el cacerolazo, tales como: ollas, sartenes, moldes de latón, tapas, entre otros.

Esta participación es producto de breves acercamientos durante nuestra convivencia en el Paro Nacional, en donde compartimos la donación de alimentos,

acompañamiento y encuentro en las calles, entre otros. Así pude conocer sus intereses y reflexiones, mismos que nutrieron mi interés y me permitieron -más tarde- dar cuerpo a la presente investigación.

La dinámica de la entrevista, debido al contexto de la pandemia, fue virtual mediante la plataforma Zoom. Y las preguntas fueron estructuradas de manera que las y los participantes puedan, en una primera instancia, conversar desde lo conocido y familiar (la casa y la cocina) y después adentrarnos en los recuerdos que aún persisten del levantamiento de octubre del 2019 a partir de la activación de la memoria a través de lo sonoro. Las entrevistas se desarrollaron en 3 momentos claves, bajo el siguiente guion:

- La relación de las y los testimoniantes con el objeto “cacerola” desde la cotidianidad
- La escucha de un clip de audio que contiene la sonoridad del cacerolazo
- La relación de las y los testimoniantes con el objeto “cacerola” desde la participación en el “cacerolazo”

El audio que se utilizó fue hecho a partir de una serie de archivos audibles en formato mp3 recopilados durante el cacerolazo, los cuales fueron obtenidos de un archivo sonoro personal. También utilicé varias grabaciones que las y los testimoniantes hicieron en sus redes sociales desde sus viviendas, barrios y lugares donde se encontraban, mismos que fueron solicitados y autorizados para su uso. Este material se realizó con el objetivo de emplearlo como elemento detonante de la memoria, ya que eran de su autoría. La intención fue situar, a través de la escucha, a las y los colaboradores en sus recuerdos y sensaciones para posteriormente obtener un testimonio orgánico y una comunicación fluida -que se evidencia en cada apartado del presente trabajo-.

Finalmente, los relatos obtenidos son parte del diálogo conceptual; de hecho, permiten corroborar la vivencia y la similitud de emociones y relaciones acontecidas durante estas jornadas o durante el ejercicio de la escucha. Así mismo, aunque al inicio de la tesis planteaba trabajar principalmente con los testimonios de las personas entrevistadas, no pude evitar sentirme inmiscuida en el tema y crear un diálogo con mis propias experiencias. Es así que también a lo largo de la tesis hago uso de la memoria personal, de los relatos y vivencias familiares, principalmente las de mis abuelas y mi mamá.

Estructura de la tesis

La tesis está estructurada en dos momentos, cada uno de los cuales acoge los cuatro ejes planteados para su desarrollo: espacio, tiempo, cuerpo y objeto, así:

El primer capítulo, “Espacio doméstico: mujeres y ollas en la vida cotidiana”, describe los objetos y cuerpos que habitan el espacio “privado”. La cocina es el lugar de acogida y cuidado de la familia a través de la preparación de la comida y el alimento. Así, históricamente, las mujeres han sido destinadas a ocuparse de los quehaceres del hogar generando una rutina a partir de las actividades que se llevan a cabo en la vida cotidiana. En este espacio se muestra la significación predeterminada de los objetos (ollas y trastes), a partir de su funcionalidad cotidiana sujeta a la cultura.

En el segundo capítulo, “Espacio público: cacerolazo y la acción colectiva”, relato el paso del objeto “cacerola” al repertorio de las manifestaciones sociales en octubre del 2019. El cambio en las lógicas (vistas en el primer capítulo), sobre los cuerpos (colectivo) que lo utilizaron y los espacios que habitó durante un evento extracotidiano, permitieron su resignificación como herramienta sujeta a la lucha social a partir de su sonoridad.

Capítulo primero

Espacio doméstico: mujeres y ollas en la vida cotidiana

1. Las puertas cerradas, la cocina y la casa (el espacio, dónde)

En este momento introductorio propongo un diálogo que permite entender en dónde habitan los objetos cacerolas; es decir, la predisposición de el/los lugares que ocupan. Los espacios privados como la casa y, dentro de esta, la cocina son los que determinan la funcionalidad, uso, afectividad de estos objetos y, por ende, una de las instancias más importantes donde adquieren uno o varios significados. Muestro una descripción breve de estos espacios y prácticas domésticas del entorno familiar.

1.1. Las puertas cerradas

Ciertos recuerdos de cuando era niña (hace veinte años) y fotos de la casa de mis padres que está ubicada en el barrio La Ecuatoriana, al Sur de Quito -lugar en donde pasé gran parte de mi vida hasta que ingresé a la universidad- me muestran una primera etapa en donde, si bien teníamos una reja que separaba la calle de la casa, esta era bastante baja y delgada. De tal forma que permitía tener cierto contacto y conocimiento de lo que estaba y pasaba fuera del hogar, como los vecinos o las vacas que iban, y lo que estaba dentro, mi familia arreglando el jardín o nosotras, con mi hermana, jugando.

Con el paso de los años, así como la casa fue creciendo, ese límite algo difuminado que teníamos entre lo externo y lo interno se fue construyendo como un muro grande y algo impenetrable. Era un instrumento que permitió guardar lo que había y lo que pasaba dentro de la casa: representaba y significaba un resguardo frente a los recientes y continuos “peligros” que empezaba a simbolizar la calle e incluso ciertos cuerpos que la habitaban. Estos sucesos hicieron que los vecinos aseguren sus espacios, pero que al mismo tiempo los alejaban unos de otros.

Ese espacio que fue edificado para ser “ocupado, para servir y ser usado, para llenar y vaciar con las presencia real o simbólica” (Sergi 1999, 16), con el paso del tiempo se ha ido volviendo solo, ajeno, a veces atemorizante e inseguro. Por lo que

pude ver en el barrio, por el año 2000, es que esta no fue una acción específica de nuestra familia, y en realidad -en la misma calle, la Joaquín Játiva- otras familias también optaron por cerrar sus casas. Entonces, esa vida cotidiana en donde los vecinos podían vernos llegar de la escuela o donde nosotros los veíamos pasar después del trabajo, cada vez se fue volviendo menos habitual hasta que de cierta forma desapareció. La casa, y lo que contiene y quienes la habitan o transitan, ya solo nos pertenece a nosotros y no al conocimiento público.

La creación de este sentido de privacidad, como “el control selectivo del acceso a uno mismo o al grupo al que uno pertenece” (Altman en Sergi 1999, 24), si bien puede ser relativo en cuanto a determinar “cuánto” acceso se puede tener a un lugar, esto va a depender de cada persona y de situaciones concretas. De tal forma, pasa que en la vida cotidiana buscamos la forma de dar sentido a nuestro entorno, y eso implica que de cierta manera buscamos tener certeza de lo que nos pertenece y lo que no; por lo tanto, lo privado es de nuestra propiedad.

Esto me hizo pensar la forma cómo el espacio se va transformando y, con ello, las relaciones de quienes lo habitan. Dada la naturaleza de este trabajo, voy a referirme a algunas perspectivas sobre el espacio desde la geografía que considero importantes, puesto que es el área académica “encargada” de estudiarlo. Sin embargo, vamos a dejar de lado la conceptualización inicial en donde el espacio tiene únicamente la noción de una superficie uniforme, que sirve para construir modelos de organización espacial y como soporte de las relaciones sociales que se daban en él. Voy a hacer referencia al espacio vivido, que “es percibido a través de los sentidos, de la experiencia, de las ideas, en diferentes instancias que articulan el espacio personal, el de grupo y el mítico-conceptual” (Blanco 2007, 39).

De esta forma, se entiende que el espacio está fuertemente ligado a la organización y el funcionamiento de la sociedad y, por lo tanto, sociedad-espacio-tiempo se encuentran en un mismo “nivel de jerarquía”, en donde estos elementos interaccionan y se influyen mutuamente. Además, la concepción de lo que abarca el espacio va desde lo inmenso de lo global hasta lo ínfimo de la intimidad (Blanco 2007).

Para Sañudo (2013) “el espacio se convierte en la manera como cada persona entiende su habitar”. El espacio también es socialmente construido: en donde los procesos e interacciones dependen de la cultura y, en donde las relaciones, objetos y acciones están cargadas de simbolismos y significados. Sin embargo, este espacio ha

sido regulado desde tiempos inasequibles como menciona Collin (1994), para establecer límites que determinan “el dentro y el fuera”.

Así, el espacio privado se limita en: espacio, tiempo y cuerpos; mientras que el espacio público posiblemente se abre a ellos. Esa regulación existe para espacios aparentemente privados, pero que permiten la interacción entre las y los habitantes de una zona determinada: escuelas, colegios, centros de recreación o los templos religiosos que, por las actividades que se realizan provocan gran interacción social entre las personas.

Esa dicotomía del espacio público versus el espacio privado -lo que me pertenece frente a lo que no me pertenece, y lo que nos es común de lo que no lo es- que se da al momento de brindar significado al entorno (Sergi 1999), se ve materializado en los muros, paredes y puertas que también determinan acciones, comportamientos, cuerpos, objetos, usos, entre otras características que se vuelven casi propias de cada categoría. Un ejemplo, que rememora esto, es que durante mucho tiempo la mujer fue pensada dentro del espacio privado; es decir, la casa. Y el hombre, como quien habitaba el espacio público.

Por lo tanto, si bien esta separación tiene algo de relación en nuestra vida cotidiana, dado que no todos tienen acceso a nuestra casa o incluso a espacios dentro de ella, se puede llegar a pensar que este resguardo de lo que está y de lo que pasa dentro de esas paredes podría no tener incidencia o repercusión en lo que pasa fuera. Y entonces, en la ciudad, el límite entre lo privado y lo público cada vez se hace más fuerte. Es más difícil encontrar personas, sean niñas, niños o personas adultas, jugando en la calle. El espacio de contacto con el exterior ya no es el jardín. Tal vez, una ventana o una terraza permite ver quiénes transitan por fuera del espacio propio, pero rara vez los otros pueden tener “acceso” a lo que pasa dentro.

Sin embargo, hay que recordar que el ser humano es eminentemente social, lo cual implica que, aunque se encuentre en un espacio privado o con cierta limitación hacia el exterior, en general vamos a recurrir a un nexo que nos conecte con lo que está “fuera”. Ya que esta relación del ser humano con el entorno es lo que le da sentido a nuestra vida: nosotros dotamos de significado y sentido al entorno. Este -el entorno- define quiénes somos (Sergi 1999). Así “un lugar habitado por la misma persona durante un cierto periodo dibuja un retrato que se le parece” (De Certeau, Giard, y Mayol 1999, 147). Por lo tanto, para este trabajo, tomaré el tema del espacio privado

como ese espacio que no se limita a lo interno, sino que es parte del tránsito hacia lo externo.

1.2. La casa

Habitación, vivienda, morada, residencia, domicilio, hogar, familia y otros más son los términos que podemos encontrar asociados al término casa. Etimológicamente proviene del latín *casa*, que es una habitación hecha de estacas y ramas que sirve para protegerse del frío o calor. Finalmente, la Real Academia de la Lengua Española define la casa como un edificio para habitar, un edificio destinado a vivienda familiar o mobiliario.

Si bien estos sinónimos y definiciones buscan homologar la idea de cómo se concibe una casa en diferentes latitudes del mundo, es necesario tomar en cuenta que “la casa”, como espacio y concepto, se encuentra atravesada por diferentes concepciones culturales, sociales, económicas, políticas, hasta emocionales y personales, que nos ayudan a entender y habitar este espacio.

Hablar de la casa, como un espacio que en principio se podría definir como privado, da la apertura para poder tejer las relaciones que tienen el espacio, el cuerpo, el tiempo y los objetos. ¿Cómo estos ejes significan y se inventan, en un contexto doméstico, con la acción y el uso?, y posteriormente, ¿cómo se proyectan, reinventan y resignifican cuando se los traslada a “fuera”?

Por ejemplo, el espacio de la casa generalmente es un espacio de descanso, donde no se trabaja: es un lugar de socialización, alimentación y conversación (De Certeau, Giard, y Mayol 1999). Así, el espacio doméstico podría considerarse -como menciona De Certeau- la “entrada” al espacio privado, además, es el territorio en el cual “se despliegan y se repiten día con día las acciones elementales de las ‘artes de hacer’” (1999, 147).

Al pensar la casa, metafóricamente, puedo asociarla como un nido, la zona cero, el lugar que moldeo de acuerdo a mis necesidades básicas: propiedad, intimidad, alimentación, descanso, seguridad, libertad, comodidad, es la parte física de mi autonomía. Tomando como referencia conversaciones con amigos o familia, la casa se plasma como un espacio que brinda seguridad, tranquilidad y cuidado, un espacio familiar o individual al que siempre se puede regresar, un lugar de abrigo que acoge y protege.

Frente a esto, se presenta una posibilidad de entender la casa en torno a la forma en la que “se tejen las capas de la vida doméstica”, y cómo esto se amplifica a nivel de territorio (Sañudo 2013). En este sentido, es posible replantear la idea en donde la casa es: un espacio privado, un lugar que se encuentra separado del colectivo, que crea el resguardo de otros cuerpos, momentos y acciones. Al repensar este espacio y las relaciones que se desarrollan en este, se puede concebir a la casa como territorio.

Entonces, una mirada breve y tradicional o, tal vez un ideal generalizado de “la casa”, lleva a pensar que es un espacio cerrado: probablemente cuatro paredes, el cual consta de un espacio íntimo: el cuarto, un espacio de higiene: el baño, un espacio de cuidado y alimentación: la cocina, un espacio de encuentro: la sala, un patio o el comedor. La casa está habitada por una mamá, un papá, uno o varios hijos, tal vez mascotas, y algún otro familiar. La casa la visitan los miembros de la familia y los amigos cercanos. Y, finalmente en la casa descansamos, nos cuidamos, satisfacemos las necesidades básicas y posiblemente nos guardamos del resto del mundo, “todo compone ya un ‘relato de vida’” (De Certeau, Giard, y Mayol 1999, 148).

Sin embargo, para Sañudo (2013) la casa es “lugar de la existencia, de la construcción del sujeto, del sentir propio de la experiencia humana”, quizás el lugar donde realmente somos. Este espacio se ha construido de formas diversas en las cuales se adecua no sólo a las necesidades de quienes lo habitan sino también de sus posibilidades y se ha modificado históricamente, por factores geográficos y económicos (De Certeau, Giard, y Mayol 1999). Entonces, ahora la casa puede ser una habitación, un departamento inmobiliario de dos o tres pisos y puede o no tener espacio verde. De esta forma, constituye lo que el mismo autor denomina como la unidad habitacional que constituye el hábitat humano.

Otra idea es que la casa “es el lugar donde nace el conocimiento del mundo” (Sañudo 2013, 225). Aquí inicia la idea de ver este espacio no como la separación del “fuera y dentro”, sino considerarlo más bien como una continuidad del interior y el exterior. Se debe tomar en cuenta que las prácticas domésticas están en continuo movimiento entre estos espacios; de esta forma, se construye la idea de lo íntimo que se abre al exterior. Sin embargo, esta reflexión permite abordar la casa como el lugar íntimo en donde también y sin duda se ensayan las “asimétricas funcionales” y relacionales entre sus cuerpos habitantes y se concretan ciertas desigualdades que más tarde serán reflejadas en las dinámicas sociales, políticas, económicas y culturales (Zafra 2013). Situación que también ha sido problematizada a partir de la evidencia de

jerarquías sobre el uso del tiempo en tiempo libre, descanso, ocio, creatividad e intelecto a partir de la brecha de género y edad. Es decir, la casa es un complejo entramado de ejercicios y prácticas que pueden reforzar los ciertos roles y en contraparte, es un espacio que también puede dar cabida a prácticas políticas desde la concepción de intimidad y cuidado.

En este sentido, la casa es el principal espacio de contacto y el centro de la estructura social, donde no está completamente definido el límite entre lo público y lo privado, y que posteriormente se expresa en la comunidad o lo comunitario (Zamora 2010). Al mismo tiempo, lo externo, refiriéndome al territorio, hace similitud con el espacio íntimo de la casa, ya que en ambos hay una construcción de cuidado sea propio (cuerpo, conocimiento y espíritu) así como de lo cercano (familia, amigos, entre otros).

También, siguiendo con la relación entre el territorio y la casa, y buscando una forma de entender esa definición entre lo público y privado, en las entrevistas realizadas para este trabajo se ve que en general este espacio doméstico y “privado” tiene una especie de subdivisiones. A estos lugares dentro del espacio “privado” de la casa se les ha dotado de diferentes niveles de intimidad, puesto que como menciona Augé (2008) el orden en el cual se organizan los elementos resulta de las relaciones de coexistencia. Por ejemplo, las personas entrevistadas realizaron un ejercicio en el que elaboraron un croquis de la casa y posteriormente colocar una (X) para señalar los espacios íntimos y un (O) para identificar los espacios abiertos, y se obtuvo lo siguiente:

La sala y el comedor tienen círculo porque son unos espacios súper abiertos y es lo primero que ves cuando entras a la casa. La cocina también tiene un círculo. Le implementamos unas sillas y una mesa chiquita que era un desayunador, pero nos sirve para todo, hasta para trabajar. También a través de la cocina se sale al patio, entonces es un lugar donde se transita mucho (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

El espacio más íntimo es el dormitorio de mi hijo y el mío. Creo que esos son los espacios más íntimos de la casa y de ahí el resto: sala, comedor, cocina y los otros dormitorios son los más transitados. Hay una salita adentro donde está el televisor, pero también es transitado (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

Como cada uno tiene su dormitorio, ese vendría a ser nuestro espacio privado dentro de la casa. De ahí en general, como un lugar propio pero que es distinto, tengo una terraza (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

De esta forma, dentro de la casa tenemos espacios que definimos como propios, otorgándoles un mayor o menor nivel de privacidad (Sergi 1999). Muchos de estos han sido determinados histórica y socialmente; por ejemplo, el dormitorio suele ser el

espacio más íntimo, donde solo “yo” y tal vez en ciertas ocasiones un familiar que conviva en la casa, puede acceder. Pero también hay otros que, por función o para satisfacer una necesidad, se vuelven de “propiedad de alguien”.

Igualmente, yo recuerdo que mi mamá siempre dice que el cuarto en el que vive con mi papá y la cocina son “suyos”¹ y una sección del jardín es de mi abuela porque ella tiene sus plantas ahí y lo arregló a su gusto, de forma que no cualquier persona, incluso dentro de la casa, puede “meter mano” ahí. Es decir, la organización de la casa responde a relaciones de poder, determinadas en la familia (Collin 1994) que habita un mismo espacio. Esto también se traslada a las dinámicas de la organización social a nivel de territorio.

Es por eso que en este apartado me interesa evidenciar que, si bien la casa se construye como un espacio limitado a ciertas acciones, tiempos y cuerpos, también constituye un espacio de transición que conecta lo interior y lo exterior, al momento en que ingresan “agentes” externos a nuestro espacio “privado” o cuando replicamos prácticas domésticas en el espacio público. Además, quiero reconocer que el espacio doméstico contiene elementos físicos sociales y simbólicos, divisiones, que se adecuan a nosotros y nos permiten habitarlo y construirlo.

1.3. La cocina

La constitución, construcción y distribución de la casa es diversa y heterogénea. Así, por ejemplo, podemos encontrar que, en ciertas comunidades amazónicas y andinas, la cocina se encuentra fuera del espacio de vivienda o habitación, en donde en algunos casos hay fogones de leña, no siempre hay electrodomésticos. En el contexto de

¹ Remedios Zafra (2013) en su obra “(h)adas”, aborda las prácticas domesticadoras históricas que se encierran en el espacio “casa” y “cocina” desde la perspectiva de género y su interpelación como mujer, las cuales son atravesadas por sus vivencias y las observaciones de las experiencias de otras mujeres. Además, visibiliza las diferenciaciones y jerarquías estructurales que pautan y se imprimen en los cuerpos de las mujeres desde lo íntimo con proyección a lo público. En este punto es importante mencionar que las reflexiones presentes en esta obra permiten diversificar el debate sobre los “roles y las políticas de cuidado” que se manifiestan en el espacio doméstico: la casa, la cocina. Por otro lado, también nos permite poner en discusión esta “identidad” histórica de las mujeres, haciendo referencia a las “herencias implacables” del cuidado, la gestación, la maternidad que han permanecido enquistadas en la sociedad.

la ciudad de Quito, por otro lado, la arquitectura y las nuevas formas de visión en cuanto a la organización y disponibilidad de espacio, han hecho que la cocina tenga múltiples concepciones y por lo tanto diseños, funciones, usos, entre otros.

Entonces para empezar a entender esa multiplicidad de los diseños de los espacios, junto con las dinámicas que se dan alrededor de la cocina, es necesario remontarnos al fin principal de este lugar: la alimentación. Una acción sumamente compleja que no se encuentra determinada únicamente con la satisfacción de una necesidad básica de nutrición, sino que es un acto cargado de elementos sociales, culturales, materiales y simbólicos (Licona, García, y Cortés 2019). Así, “la cocina de una sociedad es un lenguaje al que traduce inconscientemente su estructura” (Lévi-Strauss 1970, 432)

De manera particular, al pensar en la cocina recuerdo el espacio de mi abuela paterna, ella es la persona que conozco que más ama cocinar. Ella menciona el hecho de poder preparar la comida que le gusta a los diferentes miembros de la familia, especialmente para sus hijos, le permite tener espacios de encuentro en donde “todos” se reúnen, comen, conversan y disfrutan. Puesto que son siete hermanos, cada uno con hijos y algunos con nietos. Esas invitaciones para comer pueden abarcar a cerca de 20 a 30 personas que somos el círculo cercano e íntimo de la familia. Para poder abastecer este gran número de comensales, recuerdo que hace varios años mi abuela consiguió una cocina industrial en la que podía darse el “lujo” de cocinar cantidades astronómicas de comida, lo suficiente para que todos salgamos satisfechos, podamos repetir e incluso llevar para el recalentado. Así, ha ido construyendo y organizando su espacio, así como abasteciéndolo de todo lo necesario para cocinar.

Licona considera que la cocina “es un sistema de sistemas conformado por relaciones sociales actorales, objetos, representaciones, significados y lugares; elementos sistémicos entretejidos en la práctica de preparación y consumo de alimentos” (2019, 168). Así, el espacio de la cocina en la casa de mi abuela es el espacio de mayor circulación de la familia, fuera de la sala que se usa en las reuniones de Navidad o Año viejo, las invitaciones al almuerzo en fin de semana, o una comida por el cumpleaños de alguno de nosotros generalmente son en la cocina. Entonces, la familia que va llegando... se sienta en el comedor de la cocina y come mientras los demás, sea que ya terminaron o recién llegan, están parados alrededor o buscan una silla extra para sentarse. En realidad “todos” estamos en la cocina.

Por otro lado, mi relación con la cocina como espacio tiene varias capas; personalmente, creo que desde mi niñez si bien existe una estructura social y cultural que nos acerca más (a las niñas) a estos espacios vinculados al cuidado, mi contacto siempre ha sido mesurado. La cocina no es un lugar que yo haya habitado por decisión o gusto propio, aunque de este espacio siempre me llamó la atención: las texturas, los colores, los olores y los sabores que se pueden encontrar. Un espacio (laboratorio) para poder probar y experimentar desde todos los sentidos. Después, al llegar a la adolescencia y la adultez, mi percepción no cambió, incluso hoy considero que la cocina es aquel espacio que no ha sido una prioridad personal, o que yo disfrute en solitario. De hecho, hace 8 años, cuando salí de casa de mis padres por estudios, la mayor parte de los lugares en los que viví sola no tenían cocina o el espacio era uno de los menos prioritarios, puesto que eran lugares compartidos entre jóvenes universitarios.

Sin embargo, esta percepción cambia cuando surge el sentido de relacionarme con las y los demás (familia, amigas y amigos, compañeras y compañeros de trabajo o de estudios). En este contexto, el espacio de la cocina toma otro sentido y detalla una necesidad, aquí he hallado la posibilidad de compartir y de la colectividad. En ese aspecto, cuando visito a la familia cercana (papá, mamá, hermana), o la familia extendida (tías, tíos, primas, primos, abuelas y abuelos), a amigas o amigos cercanos, o inclusive la posibilidad de la convivencia en pareja, la cocina toma otro significado; se vuelve un lugar que propicia el intercambio de afectos, emociones, diversas actividades, y hasta la rutina.

Es importante, para mí, realizar estos ejercicios de descripción de mi experiencia o vivencias, dado que de cierta forma no pude dejar de sentirme identificada con varias cosas que se expresaron durante las entrevistas, y que siento que de manera particular se reflejan en esta pequeña introducción. Así, esta dinámica familiar, en donde la cocina se convierte en algo como el “corazón” de la casa y la familia, es bastante común, incluso más de lo que yo pensaba antes de realizar este trabajo.

Por ejemplo:

Alguna vez hablaba con un amigo sobre construir la casa de tus sueños y yo decía que la casa de mis sueños tendría un sofá en la cocina porque siento que ahí es cuando más me reúno con gente, conversamos y vivo mucho. Es más, en nuestra casa tenemos una pizarra con una frase que dice “Esta cocina es para bailar” y bailamos mucho en la cocina (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Para mí es un espacio que me quita peso encima y un espacio de consentirte y consentir a quien quiero. Me gusta cocinar para la gente que quiero. Es un espacio de intimidad,

pero también de compartir. Por eso yo cocino para las personas que lleguen a mi casa o que comparten conmigo porque son personas con las que hay alguna afectividad (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Acá [la cocina] es como el espacio donde podemos reunirnos a conversar, a dialogar. Darnos ese espacio y tiempo para comer. Digamos si vienen sobrinos o nietos de mi padre, ahí estamos todos, ahí podemos hablar y todo, porque es un espacio propicio, más que la sala (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

En este sentido se muestra un sentir generalizado, en donde la cocina representa: el acto de cuidado a la familia a través de la preparación de los alimentos ligado a la nutrición, y, también el de consentir esos gustos de los miembros cercanos con lo cual se demuestra el cariño y la atención que les tenemos. La cocina, como espacio culinario que está ligado a las acciones de cocinar y comer, es definido por Licona como “lugares practicados que producen un sabor a partir de experiencias de producción y consumo de alimentos, social y temporalmente determinadas, ya sea por procesos globales o locales, estructurando maneras culturales de alimentarse, con sus respectivas significaciones” (2019, 170).

No puedo dejar de mencionar el hecho de que también están presentes los niveles de jerarquía que hay dentro de las familias, donde los adultos comen primero o comen en la mesa, mientras los más pequeños deben esperar o llevar los platos al patio o al cuarto. Este espacio, que es atravesado por tiempos, cuerpos, acciones sigue siendo un referente cultural en cuanto a que aún mantiene una organización tradicional (González 2005).

Entonces, la cocina no solo es el espacio o únicamente sostiene relaciones, sino que es un contenedor de objetos, sustancias, cuerpos, acciones y memorias. Así, la cocina no solo es el espacio, sino las acciones que determinan su función y los objetos que la contienen y cómo estos están organizados ya que no poseen únicamente un valor simbólico sino también afectivo, así se edifica una relación de los individuos con la cocina (Baudrillard 1969).

En la cocina se requiere de diversos utensilios, ollas, sartenes, pailas, cucharones, hornos, hornillas que serán los receptores de los diversos ingredientes como carnes, cereales, vegetales. Estos serán adornados con los vistosos colores, sabores y olores de las “hierbitas” o especias que usamos. En la cocina siempre hay fuego o calor que va a transformar los alimentos y hay una vajilla y un lugar que permitirá brindarlos y servirlos.

Esta “magia de la transformación de los ingredientes” (Acevedo, Rodríguez, y Hernández 2017, 211) que sucede en la cocina, como lo mencioné anteriormente, se me asemeja a un laboratorio en el cual se puede experimentar y repetir experiencias que han pasado de generación a generación; sobre el cual uno se imagina y ve una semejanza con el caldero de las brujas que sirve para encantar y hechizar a los otros. Y esto, en grandes rasgos, permite entender que la cocina es más bien un eje integrador de los diferentes elementos que forman parte de la acción de cocinar, desde las memorias, los alimentos, el momento y las formas de hacerlo (Acevedo, Rodríguez, y Hernández 2017). Ese sentimiento de placer y gusto que muchos tenemos al estar en la cocina, considero que se resume en la siguiente frase de una de las entrevistadas, y es que:

Yo creo que como tiene la comida, la cocina es un lugar donde la gente le gusta estar. Además, está muy ligado a las tareas de cocinar, lavar los platos o lo que sea. Creo que implica el hacer las tareas de cuidar a los demás (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Así, si hay algo que nos une como familia, amigos, vecinos, miembros de una comunidad o de un país o similares, es el reflejo de cariño y cuidado que nos brinda quien ha invertido tiempo, recursos y energía en el trabajo en la cocina al preparar la comida.

2. Hora de comer y la cotidianidad (el tiempo, cuándo)

En este segundo momento indago sobre la rutina y la cotidianidad que atraviesa al objeto cacerola. La voz y experiencia de las y los testimoniantes permite entender la multiplicidad de momentos en los cuales estos objetos se vuelven relevantes a nivel funcional o afectivo, ligados al quehacer y que se encuentran atravesados por la cotidianidad en los espacios familiares a la hora de comer.

2.1. La cotidianidad

Lo primero que se me viene a la cabeza, es la palabra VITAL. Para mí, la cocina es el lugar donde realizas el acto de cocinar, y es vital porque necesitas comer tus alimentos
(Bernarda Salas, entrevista personal, 2020)

Esta idea de pensar la acción de cocinar como algo vital me hace reflexionar sobre la dimensión de esta palabra en el día a día. Como bien dice la testigoante, la alimentación es uno de los actos necesarios para “asegurarnos” la vida. Entonces, la posibilidad de alimentación remite a uno de los quehaceres del hogar, cocinar. Asegurar la vida en la alimentación: implica que la comida es una necesidad de todos los días.

Seguramente esta repetición constante de una acción, me hace pensar en las categorías de: “cotidiano” y “rutinario”. En este sentido, José Santos (2014) menciona que si bien el término “cotidiano” es ampliamente usado -no sólo en los estudios académicos sino también en nuestra vida- se vuelve difícil definirlo debido a la diversidad de opiniones, percepciones sobre este término y la ambigüedad en su uso.

Así que dada la importancia que tiene la cotidianidad para este trabajo, ya que busco indagar sobre el tiempo como componente de la relación entre los cuerpos y los objetos en un espacio doméstico determinando su funcionalidad, me adentraré un poco en el día a día de las y los testigoantes, así como en la conceptualización sobre lo cotidiano y la rutina.

Un planteamiento sociológico de la cotidianidad hace referencia a la realidad social; sin embargo, su concepción desde un punto de vista filosófico indica que lo cotidiano constituye algo imperceptible. En este sentido, José Santos en su artículo presenta una cita que ejemplifica de forma más clara esta idea: “Lo cotidiano implica a menudo que los árboles no nos dejan ver el bosque” (Cristina Albizu en Santos 2014, 175). Es decir, dado que lo cotidiano ocurre siempre y está tan presente se vuelve intangible y por lo tanto tampoco se distingue su origen.

Así, sobresalen múltiples actividades establecidas que repetimos día a día. En las siguientes descripciones, las personas entrevistadas relatan cómo es un día en su vida; seguramente -al igual que yo- varios se sentirán identificados.

Yo me levanto y lo primero que hago antes de cualquier cosa es: dejar prendiendo la olla para el café. ¡No sé! tengo este tiempo. Voy al baño o hago algo, y pese a todas las cosas salgo, es así, casi cronometrado: está hirviendo el agua (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

¡Vale! Lo primero que hago cuando entro a la cocina es verificar si están los platos lavados, luego tomar agua y después preparar café. ¡Me encanta el olor del café! Desde ya se ambienta el lugar. Si tengo que cocer algún alimento en el desayuno lo hago, sino no, después descongelar y planear un poco también. Organizo el espacio en funcionalidad [...] (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

Yo me despierto más temprano en mi casa que el resto. Apenas me despierto voy a la cocina, doy de comer a los gatos y a poner el agua para el café. Luego me voy a hacer otras cosas, a despertar al guagua, y yo hago el desayuno normalmente [...]. Luego ya me voy ubicando para trabajar, me voy a la oficina o me quedo en casa. Yo si uso mucho este espacio para cocinar, para lavar, para estar, para tener estos cafés alargados y para bailar. Hoy nos encontraste bailando a mi hijo y a mí, en la cocina, es muy bonito (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Mi rutina es levantarme 7 de la mañana porque mi hijo empieza sus clases virtuales 7:30, entonces lo primero que hago es levantarlos, arreglarlos, darle de comer solo a él. Desayuna algo rápido en la mañana, luego a sus clases y estoy con él un momento. Como a las 8:30 - 9:00 voy a la cocina a lavar los platos que han quedado del desayuno o lo que se ha ensuciado en la mañana y también a ver lo que voy a cocinar [...]. Tipo 11:30 de la mañana -aquí la gente come tempranito -ya me pongo a cocinar la sopa y el acompañado. Luego, 12:30 – 1:00 de la tarde a lo mucho ya estamos comiendo, ya mando la comida a mi mamá y acabamos como 1:30 – 2:00. De ahí lavo todo lo que he hecho, lo que ha quedado y en ese momento sí se cierra la cocina. Desde las 4:00, 5:00 de la tarde ya regreso para preparar merienda y eso hasta la noche. 6:00 – 7:00 de la noche que queda todo limpio y, hasta el día siguiente (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

Estos “relatos de la vida cotidiana” muestran los acontecimientos y los rituales que conforman lo cotidiano, tomando en cuenta que en este contexto -donde el ciclo es imperceptible- las situaciones y las prácticas se encuentran “descargadas” de su contenido simbólico (Lalivé D’ Epinay 2008, 11). Pero, el hecho de que “la invención de lo cotidiano” es típico del ser humano hace pensar que esto tiene una conexión propia de la existencia (Santos 2014). Aunque, de manera general, todos creamos esos relatos de la vida cotidiana con elementos comunes, como el abrir los ojos al levantarnos, hacer y comer alimentos, lavarse los dientes, bañarse, alistarse, tomar el bus, todos esos relatos son diferentes, en donde influyen el contexto, el tiempo y las motivaciones. Según varios autores, la construcción de la cotidianidad se basa en el miedo, relacionado con la inseguridad de exponerse a un mundo hostil. Crear rutinas, de cierta forma, vuelve al mundo un lugar cómodo, habitable y seguro; de cierta manera se busca mantener el control del entorno (Santos 2014). Aunque esto no es una regla y ciertamente hay excepciones, en donde personas deciden no cotidianizar sus prácticas y vivir en un constante “choque” contra las adversidades de ese mundo.

Entonces podría suponer que en la actualidad tener el hábito de cocinar o preparar los alimentos -más o menos tres veces al día- vuelve segura la posibilidad de ingerir los nutrientes necesarios para nuestro organismo, algo que no debió ser así en tiempos cuando se debía salir a recolectar los alimentos en el entorno, o cazar. Con respecto a esto, ciertamente los grandes acontecimientos no son cotidianizados. Salir a

comer con la familia o amigos a un restaurante es algo que no sucede todos los días, y hay una diferencia con respecto a cocinar en casa después de llegar del trabajo; así, solo esas acciones consideradas pequeñas forman parte de la vida cotidiana (Santos 2014).

Ahora, si bien el ciclo cotidiano, al estar de cierta manera interiorizado en nuestras prácticas diarias y que tal vez se vuelve algo invisible, hay que separarlo de la rutina, que más bien es una “ruta” de retorno permanente “a lo mismo”. La rutina es lo que está previsto y esperado que a largo plazo genera un desencantamiento, una pérdida de la magia y la sorpresa que termina por extenderse hacia la cotidianidad formando un todo. Aunque parece que “fueran lo mismo: la cotidianidad como una simple rutina” (Santos 2014, 187) la realidad es que la rutina apenas es una parte de la cotidianidad (Lalive D’Epinay 2008).

Yo soy esclava de la cocina, soy madre soltera y tengo a mis hijos en casa todo el día. Soy la que prepara los alimentos en casa y por eso paso en la cocina 3 veces al día y tengo una relación muy cercana con todos los objetos de cocina. Y si ha pasado que, en este momento de encierro hasta lavar un plato se hace rutinario. Llega un punto en que tú no quieres saber nada ni de cocina [...]. Yo creo que, más que nada, es una obligación porque obviamente tengo que alimentar a mis hijos no [...]. Y sí, a veces lo hago con mucho cariño, a veces tengo ganas de cocinar, como a veces también no quiero hacer nada no sé qué hacer. Hay como esa relación de: ¡Ay ya tengo que ir a la cocina otra vez y no quiero! Hay días y días (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

Lavar los platos es una actividad que en realidad no me gusta porque es bastante mecánica y repetitiva (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Estos son algunos de los ejemplos que sabemos pasan en el día a día cuando las actividades cotidianas se vuelven una rutina y pierden esa magia en el quehacer diario del hogar. Así, la cocina es una de esas prácticas que, al estar relacionadas con las obligaciones de alimentación, con el cuidado propio y del otro, terminan por nublarse con lo aburrido que resulta la rutina.

Sin embargo, como menciona Santos, lo cotidiano puede romperse al agregar “un componente móvil, de fluidez, de discontinuidad” (2014, 178): cualquier imprevisto durante la jornada y que no forme parte de lo que esté internamente planeado. Por lo que, la rutina de cocinar cambia el momento en que alguien llega de sorpresa a la casa: se quiebra lo cotidiano. Con relación a esto, Bernarda, una de las entrevistadas para la investigación, dice que:

Para nosotros es súper rico [cocinar]. Siempre estamos planeando qué hacer y cómo cocinarlo y las mezclas que vamos a hacer [...]. Por lo general mientras se cocina

estamos acompañados ya sea de una música o mirar algún vídeo y el espacio se vuelve como más acogedor, se vuelve el espacio más tuyo (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

Esto concuerda con lo que menciono anteriormente, podemos volver una acción cotidiana como un gran acontecimiento al dotarlo de elementos que irrumpen la rutina. Pero Lalive (2008) también plantea que hasta las acciones y objetos más pequeños que forman parte de nuestra vida cotidiana, aunque no parezca, tiene una gran carga simbólica: al despertarnos y abrir los ojos el momento donde sale o hay luz, o que el tiempo de descanso sea en los momentos de oscuridad. Un acto del ciclo cotidiano que tal vez se ha vuelto rutina puede retomar su estado de gran acontecimiento el momento en que se vuelve a ver y reconocer ese simbolismo en el cual está envuelto.

2.2. Los quehaceres, cocinar y comer

Acá no tenemos, pero qué rico que comemos
Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020

Considero que la cocina y la alimentación son prácticas que, al igual que la sociedad y los elementos que la componen o rodean, están en continuo cambio y evolución. Para evidenciar estas modificaciones basta con hacer un recorrido de esas actividades a lo largo de nuestra vida, incluyendo los momentos que son compartidos con nuestros padres y abuelos, y también, por qué no, los relatos de ellos.

Yo llevo cerca de 8 años de vivir fuera de mi casa, y salí cuando tenía 21 años para estudiar mi carrera de pregrado que ocupaba todo el día, viajes, luego el trabajo, estudiar el posgrado y retomar las actividades laborales. Este círculo de actividades que son bastante propias de la vida moderna en la ciudad hace que los tiempos que empleamos en ciertas cosas se prioricen; la hora de cocinar o comer al igual que las horas de sueño son las que más se comprometen. Actualmente, aprender los quehaceres del hogar no es una de las mayores obligaciones en nuestra vida como lo fueron para nuestras madres o abuelas. Para muchos -hombres y mujeres- el salir de la casa e independizarse marca una real motivación, cargada de necesidad por aprender a cocinar y cuidar de su alimentación.

De manera personal, es recurrente en mí pensar que “no me gusta comer o cocinar sola”; la comida, comer y cocinar, son más provechosos cuando comparto con

alguien, de lo contrario tengo la sensación de que no me alimenta. Las conversaciones sobre cualquier tema dotan un valor agregado a este acto cotidiano, de forma que cocinar en el día a día no está tan cargado de motivaciones sino tal vez de rutina. Así, considero que todo esto tiene una especie de coste en el conocimiento de las prácticas culinarias en la sociedad. Yo, por ejemplo, manejo lo que se conoce como “comida de casa” que está basada en tener café y pan para el desayuno, arroz o papas (o ambas) como parte del almuerzo que se acompaña con alguna carne, y algo que sobre para la merienda o como recalentado al siguiente día, nada muy difícil para una sola persona en comparación a la complejidad que demanda la preparación de la comida en el medio familiar. Es así, que se puede considerar que hay alimentos carentes de sabor y de identidad (De Certeau, Giard, y Mayol 1999), en donde la transmisión de conocimientos y prácticas asociadas a la cocina ya no se lleva a cabo. Aunque la convivencia con otras personas en los lugares que he habitado y la misma curiosidad de aprender nuevos sabores me ha hecho incorporar algunos experimentos y platos nuevos en el menú.

Sin embargo, algo sí es cierto, la presencia de platos o comida tradicional es prácticamente nula, y lo que preparamos (las nuevas generaciones) se basa en una cocina rápida: a veces recortando una o dos comidas en el día. La premura y las demás obligaciones marcan la forma de alimentación; por lo que, cuando visito la casa de mis padres- a más de tener un espacio de descanso del trajín diario -una de las cosas que más disfruto es el alimentarme “como nunca”. Puedo comer tres o más veces al día, un almuerzo con sopa, segundo, jugo y a veces postre, y lo principal: disfrutar de la hora de comer y ¡no tener que cocinar!

En este momento, creo que se tejen varios componentes en el cocinar y comer: la necesidad de comer como un acto biológico y cultural, y cocinar como una acción que está marcada por una obligación para satisfacer dicha necesidad fisiológica básica, pero sin dejar de lado el hecho que está atravesada por la cultura, la memoria, la colectividad y el entorno. Entonces, en primera instancia, la alimentación es una “función biológica vital y al mismo tiempo una función social esencial” (Fischler 1995, 14) y se desarrolla en dos dimensiones: de la función nutritiva a la simbólica y de la individual a lo colectivo. La alimentación es uno de los procesos biológicos estrictamente necesarios que permite dar continuidad a la vida; por lo tanto, el cuerpo humano está constituido de tal manera que determina el cumplimiento de las diferentes funciones vitales. Así, para cumplir con la función de alimentación, el cuerpo tiene estructuras fisiológicas que controlan la ingesta de alimentos: el hipotálamo y algunas

de sus estructuras son llamados el “centro del hambre” y “centro de la saciedad”. También hay factores hormonales que regulan la conducta alimentaria e inducen al individuo a cumplir con dicha función (Santacoloma y Quiroga 2009).

Creo que es una necesidad -no me encanta cocinar, nunca me ha encantado, no creo que soy tan buena cocinando tampoco, pero necesito comer y mi hijo necesita comer- entonces, aprendí a cocinar por necesidad. Creo que está ligado a la supervivencia, al cuidado (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Esta sección de una de las entrevistas nos deja claro cómo la acción de cocinar está ligada estrechamente a la “necesidad” de no dejarnos, ni dejar morir a nuestro grupo social, e instala la responsabilidad de generar el mecanismo de supervivencia. Entonces, dejando de lado las irregularidades fisiológicas que, en la actualidad, generan enfermedades o trastornos -de exceso o escases en la ingesta de alimentos- es “natural” que estos determinantes biológicos, fisiológicos y genéticos marquen la necesidad que tenemos de alimentarnos. Pero ahora cabe la pregunta ¿por qué comemos lo que comemos?

Este cuestionamiento me permite traer a discusión otros factores que definen nuestra alimentación: lo social, económico, geográfico, cultural y ambiental. Es así que Michael De Certeau, en su trabajo *La invención de lo Cotidiano*, dice que, como principio básico, “comemos lo que podemos ofrecernos, o lo que nos gusta” (1999, 189). Pero, tanto el “poder” como el “gustar” están atravesados por diversas circunstancias: la disponibilidad y asequibilidad a las herramientas y alimentos para cocinar, lo que es asimilable por nuestro organismo y lo que culturalmente nos atrae y las aversiones, “comible” o “incomible” (Fischler 1995). Por consiguiente, el ser humano se nutre de los alimentos, pero también se nutre de lo imaginario: “sus alimentos no sólo nutren, sino que también significan” (Fischler 1995, 22). Así, “comer no sólo sirve para conservar la maquinaria biológica del ser humano sino para concretar una de las maneras de relación entre las personas y el mundo” (De Certeau, Giard, y Mayol 1999, 189). El acto de cocinar y compartir la mesa y los alimentos, al momento de comer, nos une con otros.

Si bien esto se desarrolla dentro del círculo íntimo e incluye una emocionalidad, con estas prácticas -comer y cocinar- lo individual se extiende a lo colectivo. Así lo podemos leer en los testimonios de las entrevistas que presento a continuación:

En el caso de la cocina: el acto de cocinar representa algo vital para el ser humano y donde personalmente se realiza con amor, porque necesito esos alimentos y necesito de ese espacio (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

Yo cocino para las personas que lleguen a mi casa o que comparten conmigo, son personas que hay alguna afectividad. No mucha gente viene a mi casa y una de las cosas que me gusta hacer es cocinar: se vuelve una cuestión íntima (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Así mismo, retomando un poco de mis vivencias, siento que mi agencia dentro de la cocina o la acción de cocinar toma forma cuando me encuentro con otras y otros. Recuerdo que gran parte de mis experiencias personales se basan en la capacidad de ser nómada, cambiar de espacios, de rutinas, oficios y actividades. Aquí es donde se logra reconocer la importancia y el valor que dota la alimentación al sentido comunitario y la delgada línea que separa lo cotidiano de lo extra cotidiano.

Justamente, cuando me encontraba viviendo fuera de la ciudad de Quito o lejos de mi familia, la cocina -este espacio común o comunitario- me brindaba el soporte emocional, reconfortante y vital. Viene a mi memoria cuando viví aproximadamente un año en un campamento en Manabí durante el período de resiliencia y reconstrucción a partir del terremoto del 2016 que afectó esa zona. Encontré, entonces, un sentido distinto a la cultura de la cocina. A raíz de ese incidente, nacieron las cocinas comunitarias en los barrios. El objetivo fue equilibrar la desigualdad alimentaria, de recursos económicos y físicos que impedían suplir la necesidad. Estas iniciativas, después de la lenta reconstrucción y a partir de la recurrencia, se volvieron espacios de compartir, conversar, jugar. Cuando había las cocinas comunitarias en el campamento ¡comíamos todo el día! y podía haber diez, sesenta o hasta cien personas colaborando en todo lo necesario. Esto se asemejaba a una fiesta, una minga o una asamblea, no solamente nos alimentábamos, sino que se comentaba y recogían las necesidades por suplir después de la catástrofe. Me encariñé con este sentido de vitalidad que brinda la cocina, la comida y todo lo que sucede en y alrededor de ella.

En resumen, la comida no solo se limita a los nutrientes que satisfacen las funciones biológicas del cuerpo. Las razones para la alimentación no son propias de los procesos fisiológicos. El humano, al ser omnívoro, como plantea Claude Fischer (1995), se alimenta de carne y vegetales -los nutrimentos naturales- pero también se alimenta de lo simbólico. Por lo tanto, comer es un fenómeno social y la nutrición es un fenómeno de la salud (Contreras 2011, 98), aunque al mismo tiempo “comemos nuestras

representaciones sociales de la salud” (De Certeau, Giard, y Mayol 1999, 190). Como se mencionó en una de las entrevistas:

La cocina representa ese espacio cultural porque se manifiestan las formas de cómo fuiste criada de manera alimenticia. ¡No sé! Todavía vuelves a hacer la sopa que hacía tu mamá, cómo la hacía. Revives un poco eso, los escenarios de memoria con las que creciste (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

Si tendría que escoger los momentos que agrupan lo que el cocinar y comer representa y significa para mí, elegiría tres: el primero sería cuando mi abuela materna (Mamita Bertha) prepara la colada morada en finados, el segundo cuando mi abuela paterna (Mamita Olguita) hacía la fanesca en Semana Santa y el tercero, que es cuando recién me hice vegetariana y viví un tiempo donde mis papás, por lo tanto, mi mamá se “encargaba” de la cocina. Entonces, entre los primeros aspectos que se me vienen a la mente está la participación (casi exclusiva) de las mujeres en la cocina. A excepción de un tío de parte de mi papá quien algunas veces prepara comida por algún evento, siempre fueron las “madres de familia” quienes se encargaron de la cocina, de la comida, de las preparaciones, así como de la convocatoria a la familia: son quienes nos reúnen. De Certeau menciona que esta participación de las mujeres en el trabajo cotidiano de la cocina “es signo de un estado social y cultural, de la historia, de las mentalidades” (1999, 153).

Luego, pienso en la preponderancia que tienen los platos tradicionales de mis abuelas en los mejores recuerdos que tengo y alrededor de los cuales ha estado reunida la familia: el caldo de patas que hace la Mamita Bertha y las veces que la Mamita Olguita nos invita a comer *yahuarlocro* o seco de chivo porque es la comida preferida de mi papá. Estos platos, sumados a la colada morada, a la fanesca -y seguramente a otras que al momento no las tengo presente- son la memoria de mi familia. Al mismo tiempo, son parte de la memoria colectiva y de la memoria cultural de los Andes y de la región.

En este sentido, debo tomar en cuenta algunos aspectos de la cocina que hasta el momento de realizar este trabajo no habían llamado mi atención. Por ejemplo, el hecho de que la comida tradicional exige ciertas condiciones y que en la actualidad son difíciles de garantizar, más que por falta de acceso a los alimentos o herramientas de cocina como menciona Michael De Certeau, lo es por la dinámica de la vida urbana.

En mi caso, la relación cotidiana que actualmente tengo con la cocina es un tanto pasiva y tal vez algo rutinaria, además el ajetreo de las actividades entre semana hace

que este sea un espacio poco frecuentado por mí. Mi dinámica es que los fines de semana me permito cocinar a mi gusto y es un momento para prepararme la comida de manera consciente: es cuando pongo música y busco tener una experiencia placentera; en ciertas ocasiones comparto con personas cercanas y familia en sus espacios y me gusta sentirme recibida en estos lugares. Sin embargo, tener la posibilidad de hacer un trabajo laborioso, como el de mis abuelas al preparar los platos tradicionales, no ha sido algo que forme parte de mis prácticas domésticas ni culinarias.

Y pienso, si bien una sopita de fideo o un arroz con huevo son deliciosos para satisfacer la necesidad de alimento en el “corre corre” de la vida diaria y nos permiten salir del apuro: ¿qué otras implicaciones tienen comer un *yahuarlocro*? Aquí retomo la idea de reconocer lo simbólico en lo cotidiano que mencionaba Lalive D’ Epinay. El *yahuarlocro* es por excelencia el plato preferido de mi hermana mayor y ha tenido la suerte de que en el barrio, cerca al mercado, haya una señora que los vende, además de que mi abuela sepa hacerlos y sean deliciosos. Jesús Contreras (2011) menciona que el significado de los alimentos no se construye durante la producción, sino al momento de su transformación y consumo. Entonces, las papas y las vísceras de borrego adquieren un significado diferente cuando forman parte de este “locro de sangre”.

Los ritos de elaboración y preparación de esta comida también forman parte de la memoria. Mi abuela brevemente nos platica que: la próxima vez que vaya a hacer este plato debemos acompañarle a comprar desde el principio. Hay que aprender a escoger los mejores ingredientes, diferenciar que no nos vendan sangre de chanco en lugar de sangre de borrego, luego saber lavar bien las vísceras y adobar la sangre. De todo esto, incluyendo el hecho de que los historiadores aún no han podido dar con el origen o significado simbólico de este platillo, se deduce que era un plato de consumo campesino ya que no está descrito en los recetarios o manuales “oficiales” de la comida del Ecuador de la época colonial y republicana del país (Pazos 2003). Al menos a mí, me remite a pensar acerca de lo que se alimenta y nutre mi hermana cuando lo come.

La tercera idea evoca el tiempo cuando comencé con mi alimentación vegetariana. Se mueve alrededor de la idea de cocinar para satisfacer tanto las necesidades como los placeres iniciales y básicos de la alimentación versus la innovación. A diferencia de mi abuela paterna, mi mamá y la mamita Bertha han sido de cierta forma unos referentes del no gusto por cocinar o, mejor dicho, de ver a la cocina sobre todo como una obligación no tan placentera. Esto es, de entenderse con distintos contextos y bajo diferentes circunstancias: tanto mi abuela materna como mi mamá

tuvieron que asumir responsabilidades y roles de cuidado del hogar desde muy temprano. Cocinar fue una de las primeras cosas que debían aprender y saber hacer en la vida.

En este sentido, el cocinar no fue una experiencia que en principio permita salir de la rutina o que represente otra cosa que no fueran las obligaciones familiares e incluso sociales. Considero que aquí sucede lo que Michael De Certeau menciona sobre las prácticas culinarias, las cuales “se sitúan en el nivel más de elemental de la vida cotidiana, en el nivel más necesario y más menospreciado” (1999, 159), pierden el encanto: lo cotidiano se vuelve rutina. Sin embargo, mi historia no se repite en todos lados, como por ejemplo en una entrevista, se mencionó que:

Él [esposo] me enseña su cocina manaba y yo le enseño mi cocina quiteña, y también se nos viene el lanzarnos por hacer sushi, pasta y otras cosas. Entonces por eso digo que es un espacio creativo (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

En el caso de mi familia, considero que uno de los quiebres de esta actividad “monótona” vino de la mano con el cambio en mis hábitos de alimentación. Si bien, el resto de mi familia comía el menú normal y dado que, como mencionamos anteriormente, el acto de cocinar está ligado al cuidado y la emocionalidad, mi mamá “no podía” dejarme sin comer. Así, conociendo mi gusto por el aguacate, los primeros platos vegetarianos en casa fueron: arroz con aguacate, huevo con aguacate, aguacate con tomate y lechuga, aguacate hecho guacamole y tal vez alguna otra preparación. Algo que no pertenecía a lo planificado irrumpió en la vida no solo de mi mamá, sino en la mía: yo compraba hamburguesas vegetarianas en el supermercado y las íbamos acomodando.

Sin embargo, esto nos llevó (como familia) a innovar, a buscar nuevos sabores, nuevos alimentos, y nuevas combinaciones en los platos. Aunque recuerdo que algunas veces mi mamá se desesperaba porque no ya no sabía qué más podía prepararme (aun cuando ya no vivía con ellos), pero si mi memoria no me traiciona, la recuerdo a ella saboreando uno a uno los ingredientes de un almuerzo que les invité en un restaurante vegetariano y que probaba por primera vez. Desde ahí, cuando no está en la rutina de cocinar, busca recetas nuevas para cocinar, probar, adornar. Muchas veces, la he visto sentir la cocina diferente a lo que era antes.

Quisiera retomar algunas ideas de Michael De Certeau con respecto al *hacer de comer*, y que resumen lo que hemos tratado a lo largo de esta sección. Por un lado, en el

cocinar intervienen los nutrimentos naturales (los alimentos) que satisfacen la necesidad básica, también es una acción llena de significados que se repiten, pero al mismo tiempo evolucionan en el tiempo y el espacio, permiten la relación del individuo con el mundo colectivo. Así mismo, es una actividad que contempla un sinnúmero de elementos y acciones propias del ser humano, pero que se centran en la mujer, hay transmisión de conocimientos, habilidades manuales, prácticas, ritos, memoria de aprendizaje, inteligencia programadora, entre otras (De Certeau, Giard, y Mayol 1999, 159–60). En otras palabras:

La cocina cumple una función compleja, por así decir bioantropológica, ayudando a resolver la paradoja del omnívoro. Es lo que la sitúa en el corazón de la identidad, social e individual: proporciona una «red» para considerar el mundo y situarse en él, para incorporarse en el mundo e incorporarlo. Los individuos pertenecientes a una cultura tienen en común, entre otras características, referirse y orientarse en ella implícitamente (Fischler 1995, 87).

Después de haber puesto sobre el tapete todas las implicaciones que giran alrededor de los quehaceres y recordar el bagaje simbólico de cocinar y comer, es posible hacer de esta actividad cotidiana un gran acontecimiento. Así lo indican las y los testimoniantes,

Me encanta la cocina porque es un lugar donde creo que la acción de cocinar es de amor ya sea hacia ti mismo o hacia otras personas. Intenta satisfacer el gusto mediante la cocción de productos, la mezcla de condimentos, la forma de cocinar estos alimentos y formaron platos. Me parece un espacio creativo (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

Cocinar es una actividad, para mí, bastante creativa con los colores, sabores, incluso con los sonidos de cortar, de licuar. Me gusta muchísimo, me relaja e intento cocinar todos los días. En realidad, siento que todos los días estoy en la cocina porque desde la mañana me levanto a pasar el café y al final creo que es el último espacio en el que estoy antes de acostarme (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

3. Yo, tú, él, ella, la familia y las visitas (los cuerpos, cómo)

En este momento reflexiono sobre los cuerpos que habitan y transitan el espacio doméstico, quiénes hacen uso de este lugar -la casa y cocina- y de los objetos que forman parte de él. Hablaré de la relación *espacio-sujeto-objeto*.

3.1. La familia y las visitas

Al tomar en cuenta que los ejes tratados en la presente investigación: espacio, tiempo, cuerpo y objeto se encuentran estrechamente relacionados en el desenvolvimiento de la sociedad y específicamente en la vida doméstica (a la que me refiero en este primer capítulo), encontrarán que cada sección si bien tiene un tema específico a tratar, este no se desliga completamente de los demás ejes. Es por eso que, para el desarrollo de esta sección, voy a retomar algo de lo mencionado anteriormente: la casa puede ser pensada como un espacio que no es cerrado, en el estricto sentido de la palabra, sino más bien como un lugar permeable. Esto, haciendo referencia a que permite la transición entre lo privado y lo público, pero en donde hay un acceso limitado a ciertos cuerpos para que lo ocupen, habiten o transiten.

En la casa normalmente ronda un individuo acompañado (o no) de su círculo íntimo (la familia cercana). Pero también permite la entrada de otros cuerpos que pertenecen a un círculo, relativamente, más externo (la familia ampliada, amigos, compañeros de trabajo y demás conocidos). “La familia es la organización legitimada socialmente para resguardar, vía sus muros visibles e invisibles, los espacios privados e íntimos, los secretos y ‘asegures’ que toda familia tiene” (Márquez y Navarro 2011, 91) y en este sentido, con esta pequeña muestra que representan las y los entrevistados para este trabajo pude evidenciar la diversidad en la estructura de lo que se puede llamar la familia u hogar, así como en las dinámicas de las mismas. Y con esto, imaginar el abanico de posibilidades que tenemos de la forma en que se compone, estructura y relaciona este grupo primordial de la sociedad. Sin embargo, sin querer eliminar la idea de que, así como cada individuo es un mundo diferente, también cada estructura familiar tiene sus particularidades. Para fines prácticos de la investigación, voy a utilizar lo que Márquez y Navarro (2011) han denominado como las “estampas de familia”, es decir, una especie de catalogación de los tipos de familia que encontramos en la sociedad en: tradicional, moderna y liberal.

En este sentido, más allá de coincidir con estas definiciones y sin el objetivo de respaldar encasillamientos sobre las formas de organización de la familia (las cuales varían en su estructura y relación), encontré útil esta clasificación para poder identificar los cambios que se dan en cuanto a las estructuras familiares que describen las y los testimoniantes y que desde mi visión encajan con el punto de vista generacional que quiero abordar.

De este modo, un elemento que juega un papel importante son las relaciones de poder, ya que se encuentran arraigadas en el tejido social en donde “unos pueden estructurar el campo de acción posible de los otros” (Foucault 1988). De esta forma, se pueden determinar las dinámicas dentro del hogar, las formas de ocupación del espacio y también la conexión con la sociedad. Por ejemplo, en la familia tradicional hay un ejercicio centralizado del poder, en donde cada miembro tiene funciones e incluso espacios de desenvolvimiento específicos. Pero estos “límites”, de cierta manera, se van suavizando en las familias modernas donde los miembros tienen cierta independencia en el desempeño de sus funciones, y no se diga en las familias liberales en donde la formación parte desde la crítica abierta al ejercicio de poder. Aunque, según el análisis de estos autores estos tipos de familia tienen en su estructura “elementos (o miembros) de base” que la conforman y otros que están dentro temporalmente: las relaciones entre ellos varían. Así, en las familias tradicionales hay una evidente separación de quienes pertenecen adentro (mamá, papá, hijas e hijos) y los que pertenecen fuera. Mientras que las familias moderna y liberal tienen mayor apertura al ingreso de los “extraños” al espacio doméstico.

Todo esto repercute en el uso y relación con el espacio. Como mencioné, los miembros de la familia tradicional tienen funciones específicas en la casa; es decir, se constituye por una cabeza de hogar que normalmente es el papá, quien provee de los bienes y recursos económicos; la mamá por otro lado, tiene en su labor el cuidado de la familia y los quehaceres del hogar. Esto significa que cultural y socialmente el hombre tiene la posibilidad de relacionarse con el espacio externo; de hecho, es donde suele pasar la mayor parte del tiempo, mientras que la mujer en su mayoría ocupa el espacio doméstico. En este aspecto, la diferencia con las familias modernas y liberales también son evidentes. En cierta medida y debido a los cambios de la sociedad a lo largo del tiempo, esos papeles también se han ido modificando: las mujeres también forman parte de la población económicamente activa y los hombres pueden “hacerse cargo de la casa”.

Estas “estampas de familia” descritas las podemos ver reflejadas en nuestro propio círculo. Por ejemplo, en mi caso podría identificar tres generaciones: la primera de las abuelas y abuelos, la segunda de mis padres, tías, tíos y, la tercera (en la que también me incluyo) donde está mi hermana, primas y primos. Y, cada una de estas representan a un tipo de familia, la primera a la tradicional, la segunda a la moderna y la última generación a la liberal.

Mis abuelos, quienes tienen una edad promedio que sobrepasa los 80 años, se han desarrollado en gran parte bajo una estructura tradicional de la familia, pero al mismo tiempo, esta ha tenido muchos matices. Por las historias que ellos y mis papás cuentan, en ese tiempo, la familia que nosotros conocemos como ampliada podría considerarse cercana. Siempre hubo un tránsito por su casa de los primos “lejanos”, de las y los ahijados, así como las comadres y los compadres de Salcedo, Santa Lucía y otros lugares que no recuerdo con exactitud. La mujer: mi abuela y bisabuela conectaban estos espacios y a estas personas, los de afuera no eran tan “extraños” como lo son para nosotros ahora. Así mismo, ellas tenían sus trabajos o negocios que no les daba total independencia, sino que servía para sostener a la familia, pero esto no las desligó del oficio doméstico.

Las relaciones que se tejen en mi familia (mamá, papá, hermana y yo) y en la de mis tíos y tías (que van entre los 60 y 50 años), son algo diferentes. Aunque no termina de romperse ese núcleo tradicional, esos nombramientos que genera lazos familiares (aunque no necesariamente de consanguinidad) dentro de un grupo social, ya casi no aparecen. Las relaciones con el exterior y quienes ahora circulan, aunque sea temporalmente, por el espacio doméstico son los amigos, colegas de trabajo, compañeros de clases de los hijos, etc. Finalmente, para mi generación (hermana, primas y primos), de quienes estamos entre los 25 y 30 años, la estructura de quienes vivimos fuera de casa es completamente diferente. A estas alturas, cuando nuestros padres ya tenían armada su familia, nosotros en muchos casos vivimos solos, con compañeros de estudio o a veces con pareja. Las dinámicas cambian, la relación con los espacios también y, por ejemplo, cocinar (aprender y hacerlo) ya no es una obligación sino una opción a ser tomada o no. Incluso, creo yo, que la opción de decidir hacerlo también se encuentra cargado (al menos en mi caso) de una lucha simbólica por no perpetuar las prácticas de imposición de los roles de género en cualquier espacio. Estos cambios se pueden ver evidenciados en los testimonios de las y los entrevistados para esta investigación.

Quando invito a alguien, por ejemplo, el momento en que se acaba la formalidad siempre termino en la cocina conversando, aunque sea lavando los platos juntos o preparando algo. Lo típico de ¿te ayudo en algo? y vas a la cocina y terminan todos en la cocina. Entonces ya no es un espacio cerrado. Mas ahora con la arquitectura muy moderna, está de moda todo abierto ¡súper abierto! (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

La cocina es un espacio en el que quizás mi madre, mi hermana, yo y mi padre transitamos por ahí siempre, o sea cada uno independientemente. Pero la que más está habituada es mi madre, a ella le costó mucho, porque en el centro donde vivíamos jamás le gustó la cocina. Acá en el sur, digamos ella decidió darse este espacio que no tenía antes (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Así, las relaciones de género atraviesan al espacio doméstico y las prácticas que se dan en él, como cocinar y comer, y estas se extienden de la familia a la comunidad que vinculan las jerarquías sociales y de poder (Pederzini 2008). Sin embargo, como menciona Paulina Náñez, estos roles socialmente asignados “se transforman, se fisuran o aparecen matices. La cocina es dinámica dentro del espacio doméstico, como lo son también las mujeres: se oponen, evidencian quiebres, malestares o reproducen modelos” (2020, 43).

3.2. Yo, tú, él, ella

Haciendo un recuento histórico del papel de las mujeres en la familia, sabemos que han sido las encargadas del cuidado del hogar. Entre las principales ocupaciones está la alimentación de la familia, desde la adquisición de alimentos, enceres para la casa y cocina, finalmente la elaboración y servicio de la comida (Campo y Navarro 2012). Así mismo, al generar recursos económicos para la familia, estos provenían de prestar sus servicios culinarios o de cuidado a otras familias; incluso las mujeres de clases altas, aunque no realizaban directamente los quehaceres del hogar, eran las encargadas de dirigir y supervisar dichas tareas (Pérez 2015). La mujer fue la figura principal en la transmisión de los saberes que rodeaban la cocina. Estos conocimientos viajaban de generación en generación en las reuniones y prácticas entre abuelas, madres e hijas: a través de la palabra y de la observación. En las entrevistas se menciona que,

Justamente hay una cuestión de social y cultural de atribuir ciertas labores de cuidados no capitalizadas o no pagadas al rol de la mujer (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Yo creo que culturalmente, la cocina, sí está ligada a la mujer. Pienso en esas cocinas antiguas, [...] y me acuerdo de la cocina que teníamos en el campo cuando yo era niña. No era parte de la casa, era una cocina de leña que estaba afuera y estaba muy muy relegada: era un espacio de las mujeres. Había una mujer que era como la capitana de la cocina y el resto que ayudaba. Terminaba siendo el espacio de reunión de mujeres (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Ahora es evidente que en los últimos años el rol y ejercicio de la mujer ha ido cambiando, las actividades se realizan dentro y fuera de la casa, y “ya no aparece como algo tan obvio el que desempeñen las labores cotidianas del hacer la comida y sean ellas las protagonistas de la cocina” (González 2005, 144). La “nueva mujer”, como menciona Fischler (1995), se convierte en un individuo: sus funciones y construcción ya no está definida por la familia o incluso la sociedad, hay un mayor dominio de su cuerpo y de sus acciones.

A pesar de esta transición económica, política y cultural de la mujer, podríamos inferir que aún hay una cierta disposición en que ella se haga cargo del hogar. Aún hoy, su función es un referente en la vida cotidiana de la familia. Este empoderamiento de las actividades laborales fuera de casa no reemplazó (en muchos casos) a las obligaciones y responsabilidades del hogar; al contrario, se sumaron. Entonces, encontramos mujeres que cumplen con diferentes cargos a nivel profesional y que al llegar a casa deben realizar el trabajo que fue temporalmente desplazado, dentro de casa.

Simbólicamente, la cocina es el espacio donde se “han gestado y modificado los roles atribuidos socialmente a hombres y mujeres y la formación de sus respectivas identidades” (Campo y Navarro 2012, 117). Las posibles razones por las cuales aún hay un protagonismo de la mujer en el espacio doméstico y específicamente en la cocina, están definidas por roles socialmente establecidos. Así, en primera instancia Campo y Navarro (2012) indican que cocinar es una actividad inherente a la maternidad. La mujer asume la responsabilidad de alimentar y nutrir a los hijos, aún después de la lactancia como una “prolongación natural” que se ve reforzada por su rol social.

Creo que está súper ligado a la supervivencia, a la alimentación. Eso que yo te decía, a mí no me gusta cocinar, pero tuve que hacerlo porque necesito comer. Entonces, sí está ligado a la supervivencia y a las tareas de cuidado de las mujeres (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Por otro lado, esta mayor carga de trabajo doméstico asignado a las mujeres también ha estado determinado por una mayor oferta de oportunidades de trabajo fuera de la casa para los hombres, acompañados de un mejor salario. Esto, de una u otra forma, repercutió en que las mujeres se vuelvan económicamente dependientes y el poder de negociación en el hogar sea menor, lo cual hace que esta tarea se cargue “negativamente”, ya que es una obligación y no un placer (Pederzini 2008).

Desde niña, en la casa, la escuela, el colegio y más tarde en la universidad observé esa asignación del rol de género en los espacios y tareas del cuidado que son depositadas en las mujeres. Ha sido un hecho constante que las mujeres de mi familia siempre hayan tomado el “mando” en las tareas de alimentación, limpieza y cuidado. También recuerdo que en el colegio (mixto) y hasta en la universidad, durante alguna celebración en la que se arma una especie de mesa común, fue un hecho habitual recibir la exigencia de que su organización, limpieza y cuidado esté a cargo de las compañeras mujeres. Inclusive después, en alguna reunión social con amistades he recibido invitaciones de las mujeres para organizar la cocina, la comida y el arreglo de la casa para recibir a los invitados. En pocas palabras, es difícil desmentir que estas situaciones sean bastante comunes.

Sin embargo, actualmente algunos aspectos pueden replantearse. Al menos en el contexto latinoamericano, aún hay la presencia de familias que mantienen la estructura tradicional familiar con sus roles definidos anteriormente, pero también van en aumento la constitución de nuevas estructuras familiares y funcionamiento. Entonces, hay nueva identidad social y cultural de la mujer: las especificidades biológicas de tener hijos y su cuidado ya no son parte de sus prioridades o funciones en la actualidad. Así mismo, hay aumento en el nivel educativo que viene acompañado de mayores oportunidades para realizar trabajos fuera de la casa, disminuyendo su disponibilidad para el trabajo doméstico y mejorando la capacidad de negociación en el hogar (Pederzini 2008). Si bien este acceso a la vida profesional no siempre está marcado por la necesidad de generar mayor ingreso económico para el hogar, sí tiene implicaciones a nivel personal, donde la mujer se “libera” del encierro doméstico (Fischler 1995).

Estos cambios sociales y culturales han hecho que las dinámicas individuales y familiares cambien. Ahora hay una mayor participación y responsabilidad de los hombres en las actividades domésticas, y la circulación por los espacios de la cocina ya no es exclusivo de las mujeres. De hecho, en las entrevistas para este trabajo no hay una clara división de los roles de género en el ámbito doméstico como lo que hemos descrito. A excepción de una testimoniante que indicó “[el padre y el tío] cuando están aquí en la casa, en la sociedad ecuatoriana costeña es “todo servido”, [los hombres] no se involucran en los quehaceres de la casa” (Erika Berno, entrevista personal, 2020), las relaciones de los hombres con estos espacios se han construido de manera diferente. Aquí les presento extractos de algunos testimonios:

En mi familia, a mí no me gusta cocinar, cocino por necesidad. Mi compañero también cocina, pero a él sí le gusta cocinar y él ama lavar los platos, entonces él lava los platos. Al menos el cuidado de la cocina es equitativo, pero sí es cierto que él ama trabajar en la cocina. Pasa mucho mucho tiempo trabajando ahí (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Mi relación con la cocina comenzó cuando mi padre estaba enfermo. Entonces cuando era pequeño como en primer curso, mi madre pasaba mucho tiempo en el hospital. Para ese tiempo ya alcanzaba a cocinar algo, pero en lo particular, vengo de una familia estructurada con muchísimo machismo, pero que nos hemos ido reconstruyendo poco a poco, porque justamente somos 3 hermanos más mi padre y la única mujer mi madre. Ella también permitía estas conductas de: ¡no! ¡ay mijito! ¿cómo vas a lavar los platos? Ahora tratamos de que sea equilibrado porque en realidad hay actividades dentro de la cocina que en lo particular no me gustan. Yo en particular pienso que la cocina te da una sensación de cuidar, de demostrar afectividad. Es lindo cocinar para alguien (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

La cocina es comunitaria. Creo que cualquiera puede acercarse, todos lo ocupamos indistintamente, de hecho, cuando alguno se le ocurre hacer desayuno hace desayuno para todos. Quien más ocupa la cocina es mi pareja, Ricardo, ya que él nos ayuda con el tema del almuerzo y es porque se toma más el tiempo para elaborar los alimentos y por eso lo utiliza un poco más. Yo también utilizo, ahorita haciendo las meriendas y su hermana los desayunos. Entonces hemos colocado las cosas donde todos sabemos dónde está y creo que eso es lo que nos hace apropiarnos por los objetos, nadie pregunta dónde está la sal, [...] en algún punto todos sabemos qué falta en la cocina (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

Tomando en cuenta que en las conversaciones que tuve con las y los testimoniantes hay un pronunciamiento, casi generalizado, en el que los hombres han tenido un acercamiento diferente a la cocina. Puede que esta actividad haya llegado o no como parte de una formación tradicional donde no tenían la obligación de aprender este oficio, sino más bien desde su propia elección. Lo cual, de cierta forma, manifiesta que “el tiempo dedicado a las labores domésticas puede ser muy satisfactorio cuando se elige libremente dedicar las horas a este trabajo” (Pederzini 2008, 21).

De todas maneras, la cocina históricamente es y sigue siendo (puede ser por la cantidad de tiempo dedicado a esta actividad) un espacio femenino de encuentro. Y también está marcada por la experiencia creativa que resignifica y vuelve placentero cocinar; es decir, convierte “la necesidad de alimentarse en una experiencia gratificante” (Pérez 2015). Además Pederzini (2008) replantea las relaciones de poder e indica que a través de la comida las mujeres también pueden volverse “poderosas”.

3.3. Cuerpos en acción: cocina y cocinar

Creo que en la cocina se cuecen cosas, no solo alimentos, sino otras como conversaciones. Tal vez suene muy a “Agua para chocolate” pero creo que es real (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Márquez y Navarro (2011) mencionan que la casa y la cocina son los espacios de poder de las mujeres, aun si ellas no lo identifiquen de esa forma. La principal característica radicaría en que es utilizado con amor y utiliza esos saberes para el cuidado de los otros. El cambio en los modos de vida de la sociedad, en general, ha tenido ciertas repercusiones en los conocimientos y relacionamiento a nivel familiar, ya que en la acción de cocinar se encuentra implícita: la transmisión de saberes de mujer a mujer. Pero ahora, este tradicional proceso de enseñanza-práctica-aprendizaje, empieza con la salida de un miembro familiar (mujer u hombre) de la casa a través de la experimentación propia, libros de recetas o el uso del internet (Fischler 1995).

Sin embargo, como mencioné en espacios anteriores, la alimentación es una necesidad inherente del ser humano. De esta manera, más allá del gusto o incluso de las obligaciones sociales impuestas, hay una respuesta orgánica de aprender a cocinar y alimentarnos; sobre todo, una vez que salimos de la casa familiar. Esto, irremediamente, denota la construcción de una relación no solo del cuerpo con la acción de cocinar, sino también del cuerpo con el espacio de la cocina.

Cuando escucho que,

Yo creo que la cocina es de mi mamá, porque es su casa y por cómo ha adecuado el espacio. Ella lo ha acomodado a sus necesidades y gustos, ha sido así toda su vida. Yo solo la ocupo (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

Pienso que el cuerpo está interconectado con los espacios que habita, así como los espacios son modificados debido a los cuerpos que allí intervienen. Cada casa y cada cocina es reflejo de la incidencia de sus cuerpos habitantes. Me pongo a pensar: cada cosa es colocada en un lugar y tiene razón en las necesidades de sus habitantes. Si a esto sumamos que existe una asignación de responsabilidades que vienen enlazados a los roles de género -en la cocina- se producen conocimientos, modos de hacer y de moverse en el espacio (Náñez 2020).

Por ejemplo, la cocina de mi abuela -Mamita Bertha- es su reflejo, los objetos que tiene ahí, los alimentos, sus olores, los sabores y las texturas. Es decir, el qué (espacio y/u objeto) y el cómo están marcados por su habitante. Ella es una persona adulta mayor con profesión de costurera, mantiene su independencia y está al cuidado

de sí misma. La cocina no suele estar llena de muchos utensilios, de manteles cocidos por ella misma y la refrigeradora tiene solo lo necesario, ya que pasa la mayor parte del tiempo fuera de casa en las actividades de las organizaciones de jubilados. Estas características cambian en la cocina de mi mamá: ella tiene otros gustos, cuida mucho de cada olla, taza, plato y cuchara que tiene. La gestión y organización del espacio también es diferente ya que está prevista para el cuidado de una familia de tres.

Por otro lado, la cocina de mi otra abuela -Mamita Olguita- es un verdadero repositorio de herramientas para cocinar. A lo largo de los años, se ha abastecido de todo lo necesario para satisfacer los gustos propios y de la familia en cuanto a la comida. Como había mencionado, a ella le gusta comer, es “golosa” y le encanta preparar platillos de forma que toda la familia pasemos por su cocina. En cambio, mi cocina actual tiene 2 años “de vida” y ciertas particularidades: es un espacio compartido con mi compañera de casa; ambas trabajamos, estudiamos y ocupamos la vivienda. Así, este es un espacio que refleja la dinámica de nuestros cuerpos: horarios compartidos, comida compartida, limpieza compartida, compras compartidas, utensilios y objetos compartidos, lo que la vuelve diversa y también marca un orden, un aspecto y una estructura de acuerdo a las necesidades de cada una.

Yo trabajo fuera de casa y el uso de la cocina es irregular para mí, salvo las horas de la mañana en la que preparo café o mate antes de empezar mis actividades y cuando la cocina toma un lugar importante. Al contrario, mi compañera cocina regularmente y mantiene una relación estrecha con lo que puede obtener o crear en ella, inclusive resaltando un vínculo afectivo ya que de manera recurrente organiza comidas con sus familiares y amigos.

En otros casos, como menciona una de las entrevistadas, la relación de la mujer con la cocina y con el cocinar marca otro tipo de experiencias: podría ser la construcción de un estatus social no solo familiar, sino que conecta lo comunitario. Así,

En mi familia somos muchísimas mujeres (más que hombres), y pasan en la cocina. Mi abuela de hecho era una experta cocinera en Ibarra, que hasta una calle lleva su nombre por ser tan conocida por cocinar súper bien. Y ahora todo gira alrededor de la comida. Es esa familia que la abuelita era muy famosa por cocinar y entonces se inventan reuniones como el festival de la empanada (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Esta diversidad en las dinámicas cotidianas marca también cierto nivel de conexión con la acción de cocinar. Como menciona De Certeau (1999), aquí se

involucran necesidades, libertades y circunstancias complejas, donde además se entrecruzan la tradición con la innovación y el pasado con el presente. Hay una construcción de la memoria, del valor político económico y de valores simbólicos de una sociedad (Pederzini 2008). Así mismo, considero que si bien los cuerpos marcan los espacios que habitan, es necesario revisar qué espacios les han sido permitidos habitar a los cuerpos, ya que existe una diversidad de cuerpos y una diversidad de historias que los atraviesan; por ende, una multiplicidad de posibilidades de relacionamiento. Finalmente, tomar en cuenta que los objetos presentes en el espacio -la cocina- adquieren sentido de acuerdo a la interacción que tenemos con ellos (Náñez 2020). Esto es muy importante, ya que como veremos en el siguiente apartado, los utensilios de cocina juegan un papel importante en la construcción del espacio y de la acción desde lo material, lo simbólico e incluso la emocionalidad de las personas.

4. La olla, la taza, la sartén, la cuchara (los objetos, qué)

Esta es una sección integradora de las anteriores, aunque en primera instancia planteo una revisión de la categoría objeto y aterrizo a los utensilios de cocina. El objetivo general es evidenciar la relación que se teje entre espacio, tiempo y cuerpo con los objetos.

4.1. Los artilugios de cocina

Como vimos en apartados anteriores, la alimentación es una necesidad principalmente biológica de la cual no podemos huir. Así desde los inicios de la humanidad, el ser humano ha usado su ingenio para mejorar sus formas de alimentación. Recordemos que la civilización tal como la conocemos ahora pasó de ser nómada, cazadora y recolectora de alimentos, hasta instaurar la forma sedentaria de vida desde la domesticación de animales y plantas para su supervivencia.

Estos cambios implicaron un trabajo continuo en el perfeccionamiento de las tecnologías que tenían a su alcance. Como una actividad inherente del ser humano, la tecnología es la creación de herramientas y técnicas que cubren ciertas necesidades. Así, a partir del paso evolutivo desde los simios hasta el *Homo erectus* disponían de piedras, ya sean afiladas para cortar la carne o con las que podían machacar semillas (Bee 2012).

Esta idea no se me hace ajena del todo, ya que recordando la época en que asistía al jardín y la escuela (entre 25 y 20 años atrás) era común tener salidas a museos, principalmente el Museo Nacional del Ecuador que estaba ubicado en la Avenida Patria y 12 de Octubre (Quito) y los museos en la Mitad del Mundo. Estos espacios tenían un gran acervo de piezas arqueológicas que justamente evidenciaban ese paso tecnológico de las herramientas usadas por las culturas precolombinas. Podíamos ver lanzas y hachas de piedra u obsidiana, ollas y demás enceres de barro, así como los primeros utensilios hechos en metal.

Wilson Bee, (2012) en su trabajo *“La importancia del tenedor. Historias, inventos y artilugios en la cocina”*, hace un recuento de cómo el dominio del fuego desencadenó en, primera instancia, una serie de “inventos” alrededor del arte culinario y que no ha parado hasta el día de hoy. El autor plantea que aquí nace el arte culinario y el desarrollo de la tecnología en los accesorios de cocina (parrillas, ollas, hornos, etc.). De cierta manera, “somos prácticamente inconscientes, en nuestra vida ordinaria, de la realidad tecnológica de los objetos” (Baudrillard 1969, 3).

En este mismo libro, se hace una descripción del paso del tiempo a través de la tecnología culinaria: la evolución del espacio de la cocina y sus utensilios. Un ejemplo cercano a la realidad, en estos mismos años (de escuela) visité algunas Casas-Museo que se ubican en el Centro Histórico de Quito y en la ciudad. Espacios que fueron habitados por próceres de la Independencia o personajes reconocidos y que mostraban los objetos domésticos como las cocinas a leña, las ollas de bronce, tal vez propios de las familias acaudaladas de las épocas Colonial y Republicana del Ecuador. De cierta manera, los avances en la tecnología culinaria cuentan el avance también de la sociedad y de sus preocupaciones (Bee 2012).

Estos cambios en los utensilios han mejorado las condiciones en las cuales las mujeres (históricamente destinadas a la cocina) realizaban sus labores. Aunque como señala Wilson Bee hay cierta ironía, ya que, a pesar de todas las mejoras tecnológicas, al menos en los años 20, el tiempo que la mujer dedicaba a las labores del hogar no disminuía. Para no irnos tan lejos, podemos recordar las cocinas de nuestras abuelas, madres y compararlas con las nuestras. Creo que algunos ejemplos de este cambio en la tecnología culinaria es la presencia de las cafeteras frente a las chuspas, los cuchillos versus los actuales picatodo. Yo recuerdo que mi abuela (mamita Bertha), hace varios años, prefería preparar el caldo de patas en una fogata en el patio de la casa más que en la cocina, pero ahora incluso usa la olla de presión para suavizar la carne más rápido.

Es que termina sucediendo algo parecido a lo que se evidencia en el apartado “Hora de comer”. Recordemos que la alimentación, que tiene una base biológica y fisiológica para nuestra sobrevivencia, a lo largo de la evolución acarrea una carga cultural y social que determina qué comemos. Los inventos para cocinar nacen de la necesidad de mejorar las formas en las cuales nos alimentamos, pero a lo largo del tiempo este fin fue cambiando. Como menciona Bee, ahora “los utensilios de cocina no sirven más que para potenciar el placer de comer, aunque también pueden ser una urgente cuestión de supervivencia” (2012, 13). Así, no siempre la tecnología culinaria ayuda resolver los “problemas” que podemos encontrarnos al momento de cocinar, sino que ahora también responden a un mercado de consumo. Las necesidades ya no son la preparación de la carne que proviene de la caza, sino, por ejemplo, crear un artículo destinado exclusivamente para pelar papas. Cada objeto tendrá una función que necesitará la invención de un nuevo artículo en un ciclo, seguramente, infinito de producción. Esta forma de “subsano necesidades” se me asemeja a la oferta de mango o mandarina (pelada y picada, pero emplastificada) que encontramos en cualquier supermercado.

Algo que sí queda claro de la lectura de este texto, es que “desde el fuego en adelante, hay inventos detrás de todo aquello que comemos” (Bee 2012, 14), desde los hornos hasta las ollas y demás variantes que actualmente podemos encontrar. Y que ahora, también pone en juego nuestra emocionalidad. Así, “hay culturas enteras construidas en torno a la preparación de alimentos de una forma u otra” (Bee 2012, 14). Los ingredientes a usar, las herramientas para la preparación y las formas de hacer la comida son propias de cada cultura, y yendo más profundo, cada grupo humano e inclusive cada individuo tiene su “sazón”, por ejemplo:

Las ollas, para mí, son objetos que tienen su particularidad: un sartén muy pequeño que puede hacer un huevo, pero también puede ser de los grandes para hacer un tallarín. Pero hay ollas que no se puede topar acá, eso mi madre prohíbe, porque tienen una utilidad distinta. Son cosas muy específicas: aquí hay una paila de bronce y no puedo usarla para freír un huevo, sería como ilógico. Creo que los usos son a veces caprichosos (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Siguiendo esta idea, en la casa de la Mamita Olguita la fritada se debe hacer en una olla de bronce, en la Amazonía la chicha se prepara en grandes vasijas de barro, mi mamá tiene un sartén que es específico para freír y que no es el mismo donde prepara un estofado. Mientras que mi hermana tenía una sola sartén mediana que le regaló mi madre, que era multifuncional. En un principio, es necesario decir que las elecciones del

uso de ciertos objetos venían regidas por su funcionalidad, y en el tiempo se mantiene por el gusto. De cierta manera, el sabor de una comida hecha en olla de barro o con cuchara de palo no tiene el mismo sabor que las elaboradas en una olla y cocina de inducción.

De manera general, en un espacio geográfico los objetos condicionan la forma en la que se dan las acciones y estas empujan la creación de objetos nuevos o preexistentes. A su vez, los objetos estarán cargados de funciones, representaciones y significados que han sido determinados por los cuerpos de ese espacio y las relaciones entre ellos. Sin embargo, la “vida” de los objetos no termina cuando ha cumplido su función, sino que los individuos tendrán la potestad de refuncionalizarlos y resignificarlos continuamente (Blanco 2007). Por lo tanto, al momento de cocinar: espacio, tiempo, cuerpo y objeto se relacionan estrechamente; se teje un lazo en donde esta acción es imposible si falta alguno de estos elementos.

4.2 Los trastes: la olla

Yo reconocería mis trastes porque tienen los
dobletes, los golpes, rayones son como muy muy
específicos, muy definitorios de cómo tratamos las
cosas. Tienen como esa familiaridad.
(Juan Bautista, entrevistado por la autora,
octubre del 2020)

Si buscamos la definición de “objeto” en el diccionario, nos indica que es una cosa material inanimada, que tiene un tamaño y que es percibida por los sentidos, es decir, es una cosa. Como menciona Barthes (1966), a partir de las connotaciones tecnológicas del objeto, este se define como lo que es fabricado y responde a ciertos estándares y normas; es entonces un elemento de consumo. Por otro lado, Jean Baudrillard en su trabajo *Crítica de la economía política del signo* expone que el objeto “[...] no es nada más que los diferentes tipos de relaciones y de significaciones que vienen a converger, a contradecirse, a anudarse sobre él [...]” (2010, 53), esto basado en las nociones sobre las lógicas de valor y de uso.

Pero bajo cualquier perspectiva, sabemos que el objeto es absorbido por su función, básicamente “no puede existir por así decirlo, un objeto para nada”; es decir, podemos definirlo como “una cosa que sirve para alguna cosa” (Barthes 1966, 2) y se encuentra atravesado por una “coordenada simbólica” y por una “coordenada de la

clasificación o taxonómica”. Además, es un “figurante humilde y receptivo” que tiene una función práctica y también función de receptáculo de lo imaginario (Baudrillard 1969). Por lo tanto, el objeto agrupa funciones físicas y significados simbólicos que se construyen a partir de la relación que se tejen con las personas, tomando en cuenta que hay una influencia (de doble vía) de los cuerpos con los objetos.

Esto me recuerda una anécdota familiar: Mis padres llevan casados cerca de 32 años. Durante ese tiempo, mi madre ha guardado diferentes utensilios (principalmente vajillas) que les dieron como regalo. Durante 25 años, vimos acabarse una vajilla y ser reemplazada por platos o tazas de otros lados (y que no combinaban cuando todos nos sentábamos a la mesa). Sin embargo, tenía dos juegos completos (y muy lindos) que se negaba a sacarlos. Mi idea en ese tiempo era la de: ¿por qué no usar esa vajilla? Si es bonita y si la que teníamos ya no se veía bien, y al estar guardada, no hace nada. Unos años después, justo cuando mi hermana y yo salimos a vivir fuera de casa, mamá decidió dividir entre las dos, una de esas vajillas y la otra usarla en la casa. Cuando esto pasó y mientras nos daba nuestras “herencias”, ella iba recordando y contando lo que implicaba y significaba para ella abrir, usar, y también entregarnos esos regalos de su matrimonio. Evidentemente, no era únicamente una relación funcional con los objetos.

Con estas primeras ideas de lo que es un objeto y por los aspectos que se encuentra atravesado, es posible adentrarnos en el espacio doméstico. La forma en la cual está configurada la casa muestra “una imagen fiel de las estructuras familiares y sociales de una época” (Baudrillard 1969, 13). Así mismo su estructura, definición de espacios responden o se acomodan a las necesidades de la familia; es decir, cada espacio dentro de la casa y objeto que se encuentra aquí cumple con una función (sea material o simbólica). En una casa “los objetos tienen como función, en primer lugar, personificar las relaciones humanas, poblar el espacio que comparten y poseer un alma”; es decir, deben significar (Baudrillard 1969, 14). En los siguientes fragmentos, se relata más clara la idea de cómo está organizado el espacio de la cocina de las y los testimoniantes de acuerdo a las dinámicas sociales que tienen en el espacio doméstico, así:

Primero tenemos un mueble donde están guardadas, ya sabes, las vajillas que se utilizan para ocasiones especiales o así elementos de cocina que no son cotidianamente utilizadas. Luego tenemos el mesón donde está el lavaplatos y hay también toma de agua, aquí se hierbe el agua, exprimidor de platos. Tenemos una pequeña alacena donde se colocan las frutas porque mi hijo come frutas todo el día, están ahí a su disposición. Hay compartimentos donde se ponen cucharones y lo que se utiliza diariamente. Luego

viene la cocina en sí, con un extractor de olores y a lado hay otro pequeño mesón donde la parte de arriba están los alimentos, granos secos y algunos condimentos también. Y hay como un pequeño mesón que separa la cocina y la sala, un pequeño mesón donde se guardan varias cosas. Las ollas estarían como en el mesón principal, en la parte de abajo. A veces, hay la costumbre de que se guardan los sartenes sobre todo en el horno de la cocina. Esa sería la organización, ¡ah! y el refrigerador. (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

En la mesa donde picamos tenemos un espacio mínimo donde ponemos todas las ollas un poco arrimadas, una encima de otra. Es el lugar donde se destinó. Antes se las colocaba arriba, pero a mí personalmente me frustraba porque decía tengo que usar una silla para coger una olla y siempre se ocupan ¡tienen que estar a la mano! (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

Las ollas están cerca de la cocina en una alacena que está cerca del piso (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

No tengo mucho en realidad como instrumentos de cocina, porque como es pequeña tampoco me gusta tener muchas cosas. Pero tengo lo suficiente como para cocinar la mayoría de cosas. Las ollas que ocupó son 4 porque la cocina tiene 4 quemadores y casi siempre están encima de la cocina. El wok y el pírex, está en el horno. Ocupan [las ollas] el espacio que tienen que ocupar, no hay más espacio (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

No podré atribuirlo a una coincidencia, pero ciertamente, al menos en la casa de mi mamá y mis dos abuelas, las ollas siempre se encuentran ubicadas en un espacio o mueble bajo, no en los estantes que están sobre la cabeza que generalmente están destinados a guardar los condimentos, café, sal, harinas, granos, etc. También, la distribución de mis objetos en la cocina es similar a las experiencias de las y los testimoniantes: mis ollas están en un mueble bajo el lavabo, tazas y platos están en muebles superiores -en primera fila están las de mayor uso y atrás quedan las menos usadas- y las cucharas en un cajón. Un dato extra sobre otros objetos de mi cocina es que la mayoría de recipientes son producto del reciclaje de vidrio. Así, en el espacio de la cocina hay dinámicas para moverse y se plantean ciertas reglas que permiten tener un buen resultado -una deliciosa y nutritiva comida. Todos los conocimientos, en torno al cuidado de la casa y el manejo de la cocina, re refuerzan por la práctica y el uso de los objetos culinarios. Es decir “hay unos modos de ser y estar en este lugar” (Náñez 2020, 43). También hay formas de organizar y distribuir el espacio que son propios de quienes los habitan. Esto se refleja en una idea que, al menos yo, la he visto común conmigo y con algunas personas entrevistadas en donde se describen brevemente las dinámicas que atraviesan la construcción de estos espacios,

Si hay un porcentaje diría, que el 80% de las cosas son de mi madre. Ella es la que ocupa el espacio y compró las ollas desde hace mucho tiempo, desde que se casaron. Algunas cosas tienen alrededor de los años 80 (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Estos aspectos que atraviesan a los objetos generan un criterio de clasificación que pueden ir desde su talla, funcionalidad, duración, tiempo de uso, entre otros. Incluso características como colores, formas, materiales pretenden hacer funcionales a los objetos que consumimos (Baudrillard 1969). Los primeros objetos de cocina han sido “herencia”, con la que salí de casa, y pueden estar viejos, pero es difícil deshacerse de ellos porque son parte de la cotidianidad y de la casa; hacen la casa. Además, los objetos más útiles están a la mano y su frecuencia de uso los vuelven importantes. Esto crea una especie de preferencia en la cual se edifica una jerarquía sobre la presencia y preferencia de los objetos de cocina (y de la casa) misma que puede estar marcada por afectos, emociones, funcionalidad, practicidad, etc.; como se menciona a continuación

Creo que es una mezcla entre costumbre. Como que no te das cuenta y solo es la olla que primero coges, luego es la que más quieres coger; y luego ya le buscas a esa olla. Se usan así por una cuestión como de costumbre, pero es también como de facilismo tal vez, de afectos, de hábitos: así como la hornilla que más usa (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Por lo tanto, los utensilios ocupan un lugar específico en nuestra cocina,

Están divididas desde las más grandes a las más pequeñas, las que más se usan, las más nuevas y las más viejas. Digamos de ahí todas tienen su historia (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

“Nuestros objetos cotidianos son, en efecto, los objetos de una pasión, la de la propiedad privada, en la que la inversión afectiva no cede en nada a las demás pasiones humanas” (Baudrillard 1969, 97). Por lo tanto, la elección de los objetos de la casa, así como su distribución, organización, uso, están relacionados con procesos individuales: como la emocionalidad y la racionalidad social: que incluye el prestigio, la diferenciación social y la inserción. Así mismo, al ser portadores de significaciones sociales están sometidos a relaciones de jerarquía, implicación: “los objetos se convierten así en los términos de una práctica social” (Serrano 1994, 226), que garantiza la reproducción de un orden social. Por ejemplo, en el siguiente fragmento podemos ver la carga social y cultural que marca el uso de ciertos objetos de la cocina:

Tenemos como la una pailita donde queda muy rico el arroz, esa es la arrocera porque se hace cocolón y aquí en la Costa es, si no hay cocolón no es arroz. De ahí la de la sopa es una mediana y dos pequeñas donde se cocinan, por ejemplo, las verduras y, los sartenes también para hacer los acompañados (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

Estas dinámicas descritas para la casa y sus objetos se extienden tanto para espacios más grandes (públicos), así como para los que están contenidos en el hogar. Ya que, en el caso de la familia, cada espacio es propiedad de alguno de sus miembros y, por lo tanto, su organización va a responder más a las necesidades propias que del colectivo. La cocina no queda exenta de estas manifestaciones. Así podemos ver que en estos dos fragmentos de entrevistas de las testimoniadas hacen referencia a las funciones materiales y simbólicas que cumplen uno de los objetos que componen nuestra casa y cocina: las ollas.

¿Qué significan para mí? Pues, [las ollas] son un instrumento diario para poder elaborar los alimentos, para alimentar a mi familia (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

Tengo unas ollas más favoritas que otras. Tengo algunas ollas que vengo cargando desde hace años, una especialmente que es muy vieja, la usaba para irme de campamento, una chiquitita y la he llevado a todo lado: a los cambios de casa que he tenido desde que la tengo. Tengo una olla que también guardo desde hace muchos años, que compre cuando nació mi hijo porque necesitaba una olla exclusiva para hervir sus biberones y sus cosas. Luego tengo unas ollas que le regale a mi compañero por una navidad, porque a él le gusta cocinar, entonces le regale ollas. Tengo otras ollas que vinieron con él, cuando nos juntamos él tenía muchísimas cosas de casa (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

En cuanto a los objetos, tengo una perspectiva de su importancia utilitaria y su importancia afectivo-emocional. Todos mis objetos han sido nómadas, y siempre han encontrado un lugar en donde yo llegué a habitar. Esto también pasa con mis objetos de cocina que son pocos y si bien no los uso seguido a todos, cada uno posee su importancia y su tarea; se refleja una especie de jerarquía de los objetos en la cocina. De manera práctica, la invención tecnológica de la olla cambió las posibilidades de alimentarse. Tanto que, ahora, es prácticamente indispensable su uso dentro de la cocina. En cualquiera de sus formas (olla, sartén, wok, etc.), es un utensilio básico, así Bee considera que las cacerolas son “humildes dioses caseros” (2012, 39). Por otro lado, Baudrillard (1969) sugiere una diferencia en cuanto a los objetos: en primera instancia, estarían aquellos que cumplen una función relacionada a las necesidades del ser humano en el mundo real. Estos objetos estarían carentes de vida, hay una ausencia

del ser y es pobre en significación ya que se agotan en la cotidianidad. Tal vez, por eso la relación con estos se vuelve automática como lo menciona una testimoniante,

Siempre hay una olla o un sartén que dices se hace rápido y se hace rico; tú tienes tu olla favorita. Yo ya sé cuál es mi olla donde hago el arroz, cual es mi olla donde hago la sopa, donde cocino para luego hacer otras cosas. Como que ya tienen un uso seleccionado y es automático que las tomas y ya sabes dónde está cada cosa ¡y es verdad! uno no se pone a pensar solo lo haces automáticamente (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

Las emociones y la percepción de los sentidos marcan la importancia de los objetos y sus usos. Así, los objetos antiguos si bien no ejercen la función material bajo la cual fueron creados, suplen otras necesidades relacionadas con la memoria, el recuerdo, etc. Por lo tanto, estos objetos significan también el tiempo, desde los indicios culturales del tiempo, es lo que se recupera del objeto (Baudrillard 1969). Al leer, los testimonios las y los entrevistados no podemos evitar movernos a través de su historia evocada desde estos objetos, las ollas:

Los objetos de la cocina, para mí, se han convertido en lo que se ha sumado a mi vida. Yo cuando era joven lo que almacenaba eran recuerdos, cosas más personales: el peluche, la ropa, etc. Pero la cocina como es algo tan de uso y se ha ido sumando a mí. Por ejemplo, mi olla me la regaló una amiga, los otros artefactos como la licuadora y otros utensilios se los compré a una amiga y otros me los donó [...]. Entonces todo lo que hay en mi cocina es heredado o tiene una historia que no sea la de haber comprado en el supermercado (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

Estos trastes viejitos tienen un alto nivel de significación, puesto que son objetos de intersección simbólica que, en palabras de Jean Baudrillard, representarían al menos dos cosas: el “retrato de familia” y la “nostalgia de los orígenes”. El objeto antiguo es vivido en ese espacio en el presente como “cálido”, algo que nos abriga ya que abraza la memoria y los recuerdos. Así,

Cuando cierro los ojos y pienso en esas ollas, en mis ollas, en la blanquita desgastada... puede ser el contenedor de memorias. Creo que ese es el lugar donde está lo más básico, no sé, lo primario (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Tal vez lo que logran las ollas es viajar a otro tiempo. A veces nos ponemos a conversar con mi madre de cómo cocinaba mi abuela: que era a leña en ollas de barro. Entonces la olla lo que nos permite es volver a eso que siempre nos cuenta mi madre (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

La vajilla de matrimonio que mi madre guardó por tantos años, el aparador lleno de vasos y tazas de la Mamita Bertha que ganó en las rifas de la asociación de jubilados,

las ollas y pailas de gran tamaño que ha venido reuniendo la Mamita Olguita, y todos esos objetos que describieron las y los testimoniantes, no son solo objetos que cumplen una función física y simbólica en el entorno doméstico. También fueron el elemento primordial bajo el que pudimos evidenciar la relación existente (e ¿inquebrantable?) entre los cuatro ejes de la presente investigación: espacio, tiempo, cuerpo y objeto.

Una acotación antes de finalizar este capítulo, durante la producción de la obra teatral para mi graduación de pregrado *Kawana* -obra que se basa en el *Jawaylla* o canto de la última cosecha en Chimborazo, momento que requiere de un conjunto de actividades de origen comunitario- se destacó el papel de la cocina y la alimentación. Logré una experiencia que me llevó a explorar múltiples objetos y en poco tiempo estaba trabajando con una cantidad relevante de utensilios de cocina (ollas, tazas, bandejas, pailas, teteras, tapas, etc.) que apoyaron las acciones en escena y pasaron a ser objetos teatrales con personificaciones arquetípicas. Más aún, fueron parte de los personajes.

Con esto descubrí ollas que podrían representar abuelas, unas tazas pequeñas que evocaban características infantiles, otras que apuntaban a ser jóvenes, otras que podían personificar hombre de edad. Este ejercicio de resignificación teatral me permitió entender el carácter metonímico de los objetos a partir de las artes escénicas. Ahora, el contexto de lo sucedido en el levantamiento de octubre de 2019, me llevó a pensar las posibilidades que poseen los múltiples objetos que nos rodean. Las formas de resignificación de los objetos fuera de escena, pero en espacios comunes que son atravesados por circunstancias sociales, culturales, políticas y económicas.

Así, este primer capítulo brinda los elementos que describen las acciones que se desarrollan en un entorno doméstico/familiar y las implicaciones de estas en la vida cotidiana (y a veces en la rutina). Se analizaron las relaciones de los cuerpos que habitan ese espacio y tiempo, cómo han sido atravesados por demandas sociales en los roles de género, y finalmente el papel que tienen los objetos en conexión con todos ellos. Ahora, cada uno de estos se van a trasladar al espacio público en donde al contacto con la comunidad y lo comunitario en la extracotidianidad es fundamental y va a marcar la resignificación del objeto cacerola.

Capítulo segundo

Espacio público: cacerolazo y la acción colectiva

1. Los trastes y las cacerolas (los objetos, qué)

Creo que las ollas que estuvieron en el cacerolazo nunca serán las mismas. Nunca vamos a poder usar esas ollas pensando que solo sirven para cocinar
(Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020)

Es necesario mencionar en este punto que mi afición por los objetos (de todo tipo) ha estado presente a lo largo de mi vida. Desde muy pequeña he guardado y he perdido una cantidad infinita de objetos pequeños, grandes, funcionales, o extraños: piedras, juguetes de madera, conchitas, tijeras, tacitas, botones, hilos, pinturas, pinceles, carritos, etc. Objetos que mi mamá los denominaba “chucherías” y la Mamita Bertha los llamaba “las guaraguas”. Con el pasar del tiempo, durante mi adolescencia y juventud, la afición por los objetos crecía, pero desde otra perspectiva ya que mi relación hacia ellos se iba entendiendo desde las artes plásticas. Aquí, los objetos también eran parte de los materiales, las texturas, los soportes, los utensilios y las formas, y fui descubriendo el carácter significativo de estos. Recuerdo que mi materia favorita era diseño tridimensional y arte objeto, en donde podía jugar con objetos que fueron desechados y crear nuevos, o simplemente, dotarles de nuevos significados. Mi mamá siempre cuidaba sus cucharas, cuchillos y tenedores para que no terminen soldados en uno de los talleres de la facultad de artes.

Más tarde, al estudiar artes escénicas y teatrales entendí las posibilidades que brindan los objetos para ser parte fundamental de la vida, las acciones, los afectos y la emocionalidad de las personas. En la escuela de Teatro siempre jugamos con objetos de toda índole: vestuarios, cajones, botellas, libros, sillas, lámparas, de todo un poco y dependiendo de la premisa. Me desconcertó escuchar y ver a uno de mis maestros -de mimo y teatro físico- demostrar que los objetos en escena pueden ser lo que la actriz o el actor quiera: ¿una caja puede ser un barco? (mimesis del objeto) Esa caja podía ser usada como barco y resignificada como la libertad anhelada del personaje náufrago.

Sin duda mi afición por los objetos ya no solo era coleccionarlos, sino también observarlos en los múltiples usos que las personas hacían de ellos. Así, posteriormente este interés llevado a las luchas sociales, políticas y de derechos² me hizo ver que como parte de sus “repertorios” siempre hay momentos donde los objetos se resignifican. Por lo cual nace esta propuesta de análisis de la resignificación del objeto cacerola durante el “Cacerolazo en octubre del 2019”.

1.1. Las cacerolas: resignificación del objeto

Me hiciste evocar todo esto de la cotidianidad con las ollas. Es increíble cómo un objeto tan cotidiano -que yo lo veo como un instrumento- puede resignificarse y ser un instrumento de grito, de lucha. Eso tiene que ver con lo que se protestaba, porque era una olla vacía y ahí estaba el hambre y la indignación del pueblo. Tú le golpeabas para que se escuche y retumbe. Esa resignificación que le puedes dar a los objetos es súper importante y sobretodo con los cotidianos que no se les presta mucha atención [en la rutina]. Cuando estudiábamos [teatro], nos preparaban y decían que todo puede resignificarse o puede ser un instrumento para crear otra cosa (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

Muchas veces pensamos que los objetos son creados para determinado uso. Como pude mostrar en el capítulo anterior, los objetos son fabricados para satisfacer algunas necesidades de nuestra vida cotidiana, pero en otros casos los objetos también crean nuevas necesidades. Sin embargo, su papel en nuestra vida en gran parte está determinado por el mercado, pero en la práctica cultural un objeto puede tener usos variados y diferentes para los que nacieron. En el caso de las ollas pasa lo mismo, en primera instancia sirven para cocinar y es este uso el que le dota de una carga cultural: cuando vemos la olla viejita de nuestra abuelita nos evoca el cuidado de la familia.

Por otro lado, nuestras prácticas de reciclaje (característicos de los latinoamericanos) hacen que, en otros contextos, las ollas se utilicen para almacenar cosas, para lavar ropa. He visto niños que juegan con ellas como instrumentos de percusión, a mi hermana hacerles huecos para usarlas como macetas, en algunos restaurantes o casas las ollas viejas son parte de la decoración y, en otros casos, muchas mujeres las usan como herramienta de trabajo para transportar los alimentos que venden. Así, junto con la resignificación del objeto cambia su funcionalidad original y,

² Como los espacios de las diversidades sexo-genéricas, espacios ligados a la cultura y a las artes, la lucha de las mujeres por los derechos, entre otras.

de cierta forma, todo esto se modifica de acuerdo al tiempo, espacio y los cuerpos que los usan (o reusan).

La olla como objeto hace alusión al alimento que permite satisfacer una necesidad biológica básica (nutrición) pero también una necesidad social (amor y cuidado del grupo cercano). “Los objetos son seres inertes carentes de vida, no existen o pasan desapercibidos hasta que su uso se reinventa y se deshábítúa de su funcionalidad cotidiana” (Carmona, Hoyos, y Marín 2013, 146). Así, este objeto cacerola tiene una carga emocional y de memoria muy íntima.

Ahora, con respecto al cacerolazo, este tiene un uso político de fuerte impacto: puesto que surge una reinterpretación desde lo cotidiano. Cuando este objeto, que de por sí ya es simbólico, pasa a las calles es una forma de resignificarlo, redescubrirlo y repolitizarlo dentro del contexto ya mencionado. En la acción performática del cacerolazo encontramos una metáfora teatral: el objeto cotidiano se vuelve un objeto virtuoso que ha pasado por un proceso de resignificación. Por lo tanto, hay un sinnúmero de posibilidades de resignificación de los objetos a partir de un nuevo uso y del carácter metonímico y mimético de los objetos en el arte plástico, el teatro, la reutilización, entre otras³. Una de ellas se da al tomar el nombre de “cacerola”; así como también el valor y la relevancia al ser subvertidos como instrumentos y herramientas dentro de los repertorios de la lucha social a partir de su sonoridad.

1.2. Las cacerolas en la lucha social

El movimiento social tiene “repertorios” (acciones colectivas) que son conocidos y han sido definidos históricamente, ya que tienen como base las redes sociales y los símbolos culturales de un grupo. Las movilizaciones y los

³ Históricamente la política se ha concebido como un entramado complejo de la sociedad y donde interviene lo inteligible; por otro lado, el arte, se percibe como un proceso más fluido encaminado por lo sensible. En este sentido, la obra “El reparto de lo sensible” de Jacques Rancière (2009) plantea la necesidad de entender la dimensión de lo político a partir de la comprensión de la estética, reafirmando que son expresiones análogas que mantienen profunda relación en sus mecanismos y que se definen en el cruce entre: tiempo - cuerpo - espacio. Esta perspectiva de interpretar el carácter ficcional y el orden social contribuye para entender al arte como operador de cambio colectivo, puesto que la configuración de sujetos políticos se da al tomar parte y enunciarse desde prácticas sensibles y por ende emancipadoras. Así, por ejemplo, el cacerolazo y otras prácticas performáticas son agencia política y estética.

enfrentamientos forman parte de estos repertorios que podríamos denominar “tradicionales” de las luchas sociales. Sin embargo, hay otras acciones un tanto más flexibles, los “repertorios modulares”, que también son utilizados como parte de la denuncia de la injusticia sociopolítica y donde intervienen otros actores (Tarrow 1997).

Javier Ruiz dice que “todo desorden público resulta incomprendible si obviamos el entramado de herramientas y recursos que lo hacen posible” (2012, 167); es decir, los objetos son parte primordial de los repertorios de la lucha social ya que es ahí donde se pone en evidencia la carga simbólica de las acciones colectivas. Es así que, él menciona que hay “instrumentos de conflicto” utilizados en manifestaciones populares o manifestaciones “violentas” y son: los desafíos y las provocaciones; el uso de armas ofensivas y defensivas; los comportamientos codificados; el uso de disfraces y máscaras; y, el recurso a la música (Ruiz 2012, 169).

Así, en la última categoría se incluyen a las ollas o cacerolas por transformarse en un instrumento de percusión que maneja un ritmo (durante la protesta) y por su sonido fuerte. Aunque el autor menciona que es un instrumento que resulta “amenazador para el oído humano” (2012, 210), considero que su uso en las luchas sociales es primordialmente por su significado atribuido social y culturalmente, y va dirigido a los grupos represores y de poder. Es un ruido provocador y claramente de protesta, pero de una protesta pacífica, como mencionó uno de los testificantes: “la idea era que salgamos y golpeemos [las ollas]. Eso era casi como instrumento musical, pero tenía su utilidad que sabíamos era de protesta y relajo al mismo tiempo” (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Los cacerolazos desde sus orígenes forman parte de las demandas del pueblo frente a la vulneración de sus derechos. Si bien no se tiene claridad en el momento en que aparecieron los primeros cacerolazos, hay una referencia vinculada a eventos organizados por “Poder Femenino” en Chile y que encabezó la famosa “marcha de las cacerolas vacías” contra el gobierno de Salvador Allende en 1972. En este contexto, son las mujeres vinculadas a los grupos de derecha las que salen a protestar en las calles por la escasez de productos. Posteriormente, durante la dictadura, este repertorio es usado contra la violencia del régimen (Gold 2018).

Gold (2018) menciona que los cacerolazos tienen cuatro características: primero, la presencia de utensilios del ámbito doméstico (ollas, cacerolas, sartenes); segundo, la espontaneidad de la acción colectiva donde se involucran o no organizaciones formales e informales; tercero, se construye en el rechazo especialmente del establishment y;

cuarto, el lenguaje empleado expresa disconformidad y es crítico de la política partidaria. Así, el uso de las cacerolas durante la lucha social tiene dos símbolos: la carencia de alimentos y de derechos básicos relacionados al hogar y; el disruptivo, asociado al “hacer ruido” como forma de expresión por la falta de escucha de los gobiernos de turno (Gold 2018, 470).

En el Ecuador, las cacerolas ya estuvieron presentes como herramienta política de crítica a diferentes gobiernos por parte de la ciudadanía, principalmente durante el gobierno de Lucio Gutiérrez. En el 2005, Radio la Luna dio “micrófono abierto” para que las diferentes personas expresaran su descontento ante el régimen y aquí surgió la convocatoria para el cacerolazo (Unda 2005). En el primer día se autoconvocaron cerca de cinco mil personas en la avenida Shyris de la ciudad de Quito; estaban armados con ollas y sartenes a los que hacían sonar para mostrar su descontento (Acosta 2005). La política volvió a las calles, y los cacerolazos se propagaron por muchos barrios de la ciudad. La convocatoria creció y la gente salía a protestar al atardecer, una vez que se terminaba la jornada laboral.

De hecho, yo recuerdo que en esos años yo empezaba el colegio, y que con mi familia (papá, mamá y hermana) salíamos desde La Ecuatoriana hacia el redondel de la Villaflora (que era el punto de protesta de los barrios del sur de Quito). Allí nos encontrábamos con tías, tíos, primas, primos, abuelos y cientos de personas más -que cargaban sus ollas y cucharones- con quienes marchábamos hasta el Centro Histórico o al parque La Alameda. Después del cacerolazo vino el tablazo, y vino el reventón, y vino el rollazo, y vino el pitazo y el mochilazo; las iniciativas de la gente fueron muchas en los ocho días que duró el conflicto (Unda 2005, 133). Era tanta la efervescencia del movimiento de los que fuimos llamados “forajidos”, que cada día había un objeto diferente que sonaba y significaba algo diferente hasta el 21 de abril del 2005, cuando Lucio Gutiérrez huyó del país y fue destituido como presidente del Ecuador.

Después de más de una década de “quietud” de levantamientos sociales en el país, la expedición y firma del decreto 883 por parte del Lenin Moreno generó nuevas movilizaciones durante el mes de octubre del 2019⁴. Bajo este contexto, quienes participamos de manera activa, directa o indirectamente, utilizamos toda clase de recursos para dar paso a una jornada de lucha de 12 días consecutivos. Los objetos

⁴ Es necesario mencionar que las jornadas de protestas suscitadas en el Ecuador tuvo repercusión en los países vecinos, ya que después, se desencadenaron protestas en Colombia, Perú, Bolivia, Chile, Argentina.

usados fueron diversos: desde los más “tradicionales” como llantas, guantes, piedras, bombas molotov y ramas de árbol; hasta los más “novedosos” como los escudos de cartón, mascarillas antigás y cascos hechos con botellas de agua.

Cabe recalcar que la idea de novedoso va más allá de lo recursivos que podíamos ser en esos momentos, donde no contábamos con los mismos recursos que policías y militares. La imagen de hombres y mujeres luchando en primera línea (cuerpo a cuerpo) “resguardados”, por una plancha de cartón en su cuerpo o un plástico en la cabeza, mostraba la clara diferencia de quiénes estábamos al otro lado de los cercos alambrados de protección: el pueblo. En este momento, los pitos, parlantes y demás objetos, permitían dar frente a la violencia ejercida por el gobierno.

Así, llegamos a uno de los momentos más representativos y convulsivos de esta jornada: el cacerolazo. Las ollas, las sartenes y las tapas, volvieron a tomar su lugar de lucha, protesta y grito frente a las injusticias como hace 20 años. Pasaron de estar en su espacio familiar y utilizado para el quehacer doméstico, para alimentar y cuidar; en la calle su papel cambia y se resignifica a partir de su función. Las cacerolas se convierten en una herramienta de reivindicación y de denuncia -es un dispositivo que protege- se vuelve un escudo que resguardó a todos los que salieron a desafiar el autoritarismo del gobierno de turno mediante una bulla inmensa que ocupaba el barrio, la ciudad y el país. De modo que:

Salir con una ollita te hacía sentir posible y te daba fuerza, porque no estabas sola: estaban todos y todas. De repente, no sé, sentías que podías contra los chapas; esa noche podías estar en la calle porque en todo lado se oía la bulla y no paraba (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

1.3. Las cacerolas de octubre 19

Si bien, al recordar los acontecimientos de octubre del 2019 hay un sinnúmero de experiencias que tuve durante las protestas y el cacerolazo, en este espacio quiero dar voz a las y los testimoniantes que participaron en el desarrollo de esta investigación. Como mencioné anteriormente, mi vida ha estado atravesada por una fijación sobre los objetos y los cuerpos que los usan, de esta forma considero que lo que experimenté en ese tiempo se encuentra muy bien ejemplificado en las entrevistas realizadas. El cacerolazo pensado como un espacio no material, sino más bien sonoro, desencadenó una serie de acciones con el objeto que están fuera del marco de la cotidianidad. Normalmente al cocinar, yo escojo la olla que tiene el objetivo de hervir agua, hacer

sopa, café o arroz, le doy un uso y obtengo el alimento, finalmente estas acciones tienen un significado: el cuidado familiar. Ahora, tomando como base esta analogía del objeto en lo cotidiano y de la mano de las y los testimoniantes, a partir de sus experiencias en el cacerolazo, mostraré el proceso de resignificación de cacerola desde su uso y en el contexto extracotidiano.

Así, en un primer momento las ollas que formaron parte de este evento pasaron por un proceso de selección; no cualquiera podía ser usada, ni serviría para el fin previsto. Como leeremos a continuación, los participantes plantearon una serie de características que debía cumplir el objeto que iba a participar en el cacerolazo, el principal requisito: que suene duro.

Mi hermana empezó con el cacerolazo, pero evidentemente cogió una cacerola que mamá le hubiera dado permiso para que la destroce. Entonces, primero nos obligó a buscar cuáles son los objetos que sí puedo coger de la casa para darle otro uso. Por utilidad vimos los que puedan ser cogidos con la mano, una olla viejita que no tiene diseño es de metal y sirve para cualquier cosa. Y otra olla viejita donde se hacía el café pero que tenía de reemplazo una más nueva quedó en la banca de suplentes por así decirlo (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Si, tuvimos que reconocer las ollas: ¡ay no, en está hago el caldo! ¿cuál es la olla más vieja? Obviamente no iba a usar la olla más nueva. Probamos y decíamos: ¡no se escucha! ¡saca el otro! La olla que escogimos no era vieja o que no servía, de hecho, me servía mucho, pero era la que sonaba mejor. Luego, una vez que elegimos el cucharón que más sonaba y que generaba eco con el golpeteo, subimos y empezamos [a golpear] como locos (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

Cuando empezó nos apuramos a ver las ollas: ¡ya, pásame esa!, ¡no, mejor coge otra!, ¡esta está más viejita! [...]. Igual los cucharones, cogimos los de palo y no los de metal para no lastimar mucho las ollas, porque mi hermana no tenía muchas ollas. Yo recuerdo que cogí también unas tapas de ollas y con eso subimos (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

Empezó el cacerolazo y mi hermano gritó ¡Andrés toma esta olla! Y también cogí unos trastos que tenía para hacer escultura y para mezclar yeso. Eran como moldes de pastel metálicas, bastante sonoras (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Una vez identificada la olla, se le debía dar un uso. En este momento de protesta y de convocatoria colectiva, las cacerolas que están guardadas en los muebles o están en las hornillas salieron a las terrazas, balcones y calles para hacer bulla.

Le fui pegando tan duro que ya fue la olla del cacerolazo por el resto de los días que hubo la convocatoria (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Al ver cómo la gente golpeaba las ollas, no era un golpe muy pacífico, sino como hacer un tamborcito con la olla, era muy muy fuerte (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Mientras iba avanzando me daba pena por la olla porque empezó a aplastarse hacia un lado y ni me di cuenta. Entonces le di la vuelta para pegarle del otro lado para que se iguale un poco. Todavía la olla está un poco hecha huevo en la parte de abajo, pero creo que ahora esa olla es importante y no la boto por eso, porque dije ¡esta fue la del cacerolazo!, y tiene ese significado (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

Finalmente, el audio que compartí con las y los testimoniantes -que es una recopilación del sonido del cacerolazo en diferentes secciones de la ciudad de Quito- removió algunos recuerdos “atesorados” de esa lucha. Lo que caló hondo en nuestra memoria, creo que fue el nuevo significado que adquirió este objeto durante el mes de octubre del 2019. Así,

Creo que las ollas eran los brazos. Ese sonido te abrazaba y también era como la voz de la gente alentándose. Era un sonido que te hacía sentir muy acogida, como un ¡no tengas miedo! (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

El sonido del metal me recuerda a las tapas de ollas, para mi está ligado al canto [de protesta] y me hace tratar de encontrar un espacio en El Arbolito, en la Casa de la Cultura, en la calle. Me llevó para allá. (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

[Las cacerolas] en la cotidianidad son un instrumento para realizar mis actividades de alimentar a mi familia. En este acto extra cotidiano es un instrumento de lucha. Como yo utilicé tapas de ollas, me hace pensar en lo poco valoradas que son en lo cotidiano y luego fueron fortaleza (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

En mi caso, me llevó a pensar cómo este instrumento que era de la cocina pasó a ser parte de mi taller. La olla con la que hice el cacerolazo ahora ya es escultura. En algún momento pensé el recorrido de este elemento en relación con el uso y a lo que pasaba en ese momento. Es un artefacto sonoro: una escultura sonora; se mueve, golpea y suena (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

2. Nosotros, nosotras, el barrio y la ciudad (los cuerpos, cómo)

En este momento indago sobre el cómo y quiénes participaron de las movilizaciones de octubre. Hago énfasis sobre el uso de las cacerolas y las posibilidades que representó este objeto para la comunicación, a través del uso de su sonoridad. Así mismo, busco abordar el papel del cuerpo desde la concepción de los roles, ya que como indiqué en el primer capítulo hay una división de tareas en el espacio doméstico, como resultado de las construcciones sociales de lo femenino y lo masculino. De manera que esto predispone a los cuerpos a situaciones específicas dentro del hogar y al aplicarlos en la vida social. Durante las jornadas del levantamiento de octubre, se dio a conocer la capacidad de violencia que el Estado podía ejercer desde las instituciones afines a las

fuerzas del orden, esto influyó en la forma de participación de la población. Es así que la autoconvocatoria y la colectividad permitieron sostener la lucha desde diferentes trincheras.

2.1. La acción colectiva y movimientos sociales

Para entender mejor la dinámica bajo la que se dan eventos, como el suscitado en octubre del 2019 en Ecuador, es necesario hacer alusión a la acción colectiva y a los movimientos sociales. En este sentido, la idea más difundida sobre los movimientos sociales es que son “actores empíricos unificados” en donde la ideología de los líderes son la verdad o realidad de dicho movimiento. Sin embargo, cuando los individuos actúan de manera conjunta hay una construcción organizada de objetivos que les brinda el sentido y el fin de estar juntos (Melucci 1999). Como menciona uno de los testimoniantes, durante el cacerolazo:

Había un sentimiento que no era solo mío, sino que era compartido. A veces me cuestioné si yo era el que traía ese sentimiento a la casa -esta frustración- pero conforme pasaban los días vi que era un sentimiento compartido, y esta ola del cacerolazo ayudaba a desfogar la tristeza de la impotencia. Creo que ese día fue el de abrazarme con otra gente a través de este sonido, reflejó mucha afectividad entre la gente (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Así, la acción colectiva no representa la unidad absoluta, sino que existe un “sistema de acción multipolar” puesto que se involucran una diversidad de actores, por lo tanto, hay una combinación de percepciones y orientaciones de un mismo fin. De esta manera, se crea un “nosotros” es decir la idea de colectivo, o lo que mencionan las y los testimoniantes, la idea de comunidad. Melucci (1999) indica que esto se da al compartir al menos tres orientaciones: las que están relacionadas con los fines de la acción, es decir el fin u objetivo de la acción; las que están vinculadas con los medios, es decir las posibilidades y límites de la acción y, finalmente las que están referidas a las relaciones con el ambiente, es decir, en dónde tiene lugar dicha acción.

Tal vez algo que impresionó de esta movilización, fue el hecho de haber pasado cerca de 10 años en los cuales se había “quebrado” la organización social en el país, ya que básicamente, había una generación que no vivió o incluso sabía sobre los antecedentes de los movimientos indígenas y sociales del país. Recuerdo en muchas ocasiones e incluso en varios espacios que decían que no era posible volver a tener un

levantamiento como los de antes, porque las y los jóvenes de ahora no saben lo que es salir a una marcha y las protestas. Sin embargo, pasó que la indignación sobre el manejo del país por el gobierno y los acontecimientos de violencia durante las protestas, iban exacerbando los ánimos de la población, y al final terminaron por unirse diferentes generaciones, actores y sectores bajo un mismo fin: mostrar el descontento frente a las políticas neoliberales del Estado.

Ahora, desde mi perspectiva, creo que durante los 10 años (del gobierno de Rafael Correa) hubo una fuerte represión hacia los movimientos de protesta, provocando que los lazos de organización sean fuertemente resquebrajados. Es así que, en ese tiempo no se pudo evidenciar levantamientos similares a los que acontecieron en octubre del 2019. Esto se evidencia en la idea de Melucci (1999), que indica que esta construcción de la significación de la acción colectiva y de la identidad colectiva se traba continuamente y que una ruptura en este proceso afecta al impulso de este tipo de acciones. Sin embargo, durante este tiempo el nivel organizativo de las organizaciones indígenas se ha ido fortaleciendo y, al mismo tiempo, representaban también las ideas o la lucha de quienes vivimos en la ciudad: fue una lucha con la que la mayoría nos identificamos.

Como mencionamos en el apartado anterior, las movilizaciones y los enfrentamientos forman parte del repertorio de la lucha social y suelen ser los más visibles por lo niveles de violencia que pueden alcanzar (Tarrow 1997). Sin embargo, estas expresiones colectivas de descontento no implican únicamente la presencia de varios individuos que confluyen en un mismo espacio y tiempo, sino que también implican solidaridad; es decir, “la capacidad de los actores de reconocerse a sí mismos y de ser reconocidos como parte de una unidad social” (Melucci 1999, 30). Así, cada individuo contribuye y cumple una función dentro del colectivo, cada cuerpo responde a las demandas de esta acción, pero tomando en cuenta también sus posibilidades. En donde el ejercicio físico y la acción aplicada de lo “común” pudo evidenciar de manera simbólica y política la identificación con el otro, con los y las otras singulares, “la finitud (del individuo) como condición no como de la separación sino de la continuación es la base para otra concepción del nosotros” (Garcés 2013, 19).

2.2. Primera línea de octubre 19

Recuerdo que cuando iniciaron las protestas yo me encontraba trabajando en la Plaza Grande entre las calles García Moreno y Benalcázar, junto al Palacio Presidencial. La policía nacional empezó a cerrar todo el Centro, ya que es un lugar de disputa histórica durante las luchas sociales. Al poco tiempo, estaba presenciando un desfile de camiones y trukutus cargados de implementos -en ese momento desconocidos, era el día uno-. A la hora de salida, me encontraba con Carolina (una de las testimoniantes) y tuvimos que caminar durante una hora y media para llegar a la plaza de San Blas. Ella mencionó que no podía quedarse ahí porque debía ir a ver a su hijo y le preocupaba que algo le pueda pasar durante los bombardeos.

Este pequeño y a la vez largo trayecto estuvo lleno de correteos y gas pimienta por todas partes, la gente con la que nos encontrábamos salían de sus trabajos y solo deseaban pasar a los polos de Quito. Ahí mismo, en la Plaza de San Blas, la situación era tensa, pero logré encontrarme con varias personas conocidas: mi papá que salía de sus clases, mi hermana, mis tíos, compañeras y compañeros de la universidad y del trabajo. En su mayoría, eran personas jóvenes y adultas con capacidad de correr y enfrentar los amotinamientos, el gas y el frío. Llegada la noche, mi papá (quien, durante su juventud, participó activa y físicamente durante los levantamientos y militancias en contra del gobierno de León Febres Cordero) me dijo que debía irse, que no había comido, que se iba a poner peor y que le preocupaba no poder llegar al sur; que nos cuidáramos. En ese momento entendí que su corporalidad y las recursividades eran distintas a las de su juventud; sin embargo, el no dejó de venir un solo día desde el Sur hasta al Centro.

En general, era una situación violenta y yo tenía nervios. Unos minutos más tarde de su partida, yo estaba presenciando la aprehensión de Alexandra (una compañera de la universidad) así como, asfixia e irritación en los ojos por tanto gas pimienta. Todo esto sucedía mientras corríamos en masa hacia el sector de la Maternidad Isidro Ayora perseguidos por oficiales a caballo, motocicletas con toletes, disparos de bombas, un par de caídas y el miedo. Aunque fue el primer día, este escenario no cambió mucho durante los siguientes -al contrario- la violencia era más fuerte, así como la gestión de los recursos de las personas para lograr mantener las paralizaciones.

Durante los once días, manifestantes quiteños y no quiteños salieron desde diferentes puntos de la ciudad de Quito con dirección al Centro Histórico y otros hacia la zona del parque El Arbolito. Se sumaban quienes llegaban de otros sectores del país.

Las personas sabían a lo que se enfrentaban. Desde los primeros días fue evidente la agresividad y represión especialmente de la policía. En la defensa estaban jóvenes y personas adultas que trataban de sostener el avance de la fuerza pública hacia la marcha, para evitar que los demás que asistían tuvieran un fuerte enfrentamiento.

Al pensar en esta primera línea, viene a mi memoria las imágenes que se compartían en las redes sociales: todos los atropellos de la fuerza pública en nombre de “mantener el orden y la democracia”. Sin duda, los cuerpos fueron protagonistas (y no en un sentido de celebración) en estos días. En diferentes formas fueron violentados al ser escudo de lucha y resistencia: Jhajaira Urresta, Luis Tipantuña, Jean Pierre Tejada, Pablo Uquillas, Mauro Chicaiza, Julio Toroché, David Álvarez perdieron uno de sus ojos por impacto de bomba lacrimógena. Así como Inocencio Tucumbi, José Daniel Chaluisa, Marco Oto, Edison Mosquera, Silvia Mera, Gabriel Angulo Bone, Raúl Chilpe, Edgar Yucailla, Abelardo Vega quienes fueron asesinados durante estas jornadas. Finalmente, a estos nombres podemos sumar las miles de personas heridas y detenidas durante las protestas (El Comercio 2019; Rea 2020; Wambra 2020). Aquí estaban quienes sostenían sin descanso la barricada de la Avenida 6 de diciembre, los relevos durante el día, la tarde y la noche. Estas personas de quienes seguramente no conoceremos sus nombres protegían sus cuerpos con escudos de cartón, madera y metal, cascos de plástico, camisetas, bufandas y trapos como mascarillas.

Pronto, esta primera línea se extendió: estudiantes de medicina formaron brigadas para ayudar a los heridos, estudiantes de parvulario colaboraron con el cuidado de los niños y niñas en las universidades, psicólogos brindaron atención a los afectados, periodistas y aficionados que transmitían lo que pasaba para que la gente se informara (los medios de comunicación no fueron aliados del pueblo en esos días). En esta jornada, en el Centro de Quito siempre había algo con lo que podía ayudar y resultó en un despliegue logístico impresionante: la instalación de refugios y zonas de paz en el sector de las universidades, en el centro-norte de Quito albergaron a las comunidades indígenas que llegaban a la capital. La Universidad Católica, la Universidad Politécnica Salesiana, la Universidad Central del Ecuador, la Universidad Andina Simón Bolívar, entre otros espacios, dieron apertura a sus coliseos e instalaciones para dar cabida a los cientos de jóvenes, adultos, ancianos y madres que llegaban con niñas y niños para protestar por las políticas neoliberales implantadas durante el régimen de Lenin Moreno. La Casa de la Cultura Ecuatoriana también funcionó como albergue y, al mismo tiempo, era el centro principal organización de la movilización. Cientos de personas participaron

como voluntarios. Solo en la Universidad Central del Ecuador apoyaron como voluntarias 580 personas hasta el final de las movilizaciones, de las cuales el 58% fueron mujeres (Noriega y Criollo 2020).

Aunque podríamos pensar (y yo en ese momento lo hice) que estos centros de paz, de alguna forma, servían para resguardarse de toda la violencia (recordemos que aquí se quedaban los niños mientras sus padres estaban al frente de la movilización), en varias ocasiones fueron irrespetados. La policía lanzó bombas lacrimógenas y trató varias veces de ingresar a la fuerza, también corrieron rumores de que se iban a suscitarse ataques en la noche y madrugada. No solo era una guerra física sino también psicológica (Rea 2020; Telles, Reddy, y Nagendra 2019). Por lo que, en respuesta a este nivel de violencia que sufrían sus compañeros, las mujeres también fueron grandes “protagonistas” de la lucha en primera línea. La autoconvocatoria de las mujeres indígenas y de los colectivos de mujeres de diferentes sectores de Quito tenía como objetivo formar un bloque solo de mujeres, que encabezaría una marcha pacífica durante el 12 de octubre. Una vez que la marcha llegó hasta la Asamblea Nacional fue, al igual que los otros días, reprimida con violencia. (Andrade 2020).

Hay que tomar en cuenta también que en estos días nos vimos expuestos al cerco mediático de las principales cadenas de televisión, radio y prensa escrita que no informaban lo que estaba sucediendo. Los medios de comunicación aplicaron el denominado “esquema del traumatismo”, en donde se cubre el trauma que genera la movilización social y se estigmatiza la lucha social y las acciones colectivas (Torres 2013). Considero que en este momento se pudo medir y evidenciar el nivel de la organización social, que no era exactamente el mismo de hace unas décadas formada por partidos políticos, sindicatos, entre otras. A parte de la evidente organización indígena, la gente de Quito se empezó a informar por medios alternativos y ciudadanos a través de sus redes sociales. Así también,

El cacerolazo fue un momento de desahogo. Yo no salí de casa, veía noticias, por un lado, noticias por el otro y la prensa no decía todo lo que pasaba: cómo se estaba acibillando a esta gente, cómo llegaba hasta mi sector el olor a bomba. Entonces ese momento de golpear la olla y escuchar a los demás fue un desahogo completo: un grito que decía ¡ya basta! (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

Pero, si bien los tejidos sociales se iban poniendo en acción para colaborar en todo lo que se podía, también la información de toda la violencia que circulaba era impresionante. En ese sentido, recuerdo escuchar a varias compañeras y compañeros

mencionar constantemente el no tener la energía o los nervios para estar en el lugar de conflicto (parque El Arbolito y El Ejido) que fue denominada como “zona”. Escuchaba varios “y si no alcanzo a correr”, “yo no sabría qué hacer si me detienen o lastiman”. Mi hermana mismo, acompañada de mi papá o de algunos de sus amigos, estaba en la marcha “muerta de miedo”, pero siempre avanzando y corriendo. Nunca llegó al límite, a las vallas que nos separaba de los policías, pero recuerdo que ella decía que, si bien no podía llegar hasta allá a la pelea directa, también era importante “hacer bulto”, acompañar y sumar gente. Debían saber que somos muchos los que estamos en contra de las políticas y del accionar del gobierno. Así, en la mayor parte del desenvolvimiento de la protesta pude visualizar que los cuerpos abordaban diferentes roles desde una conciencia propia de sus posibilidades, y también en función de sostener las movilizaciones.

2.3. El corazón de la movilización: la cocina comunitaria

En este punto es importante hablar sobre la cocina de los albergues. En el primer capítulo mostré la importancia de la cocina dentro del espacio y su simbolismo de cuidado al otro. Ahora, quiero retomar este aspecto, pero en otro contexto. Durante las luchas de octubre, la movilización de donaciones se dio alrededor de los víveres para el sustento de la gente que venía de fuera. De cierta manera, en este momento de conmoción política y social, “todo se coordinaba desde la cocina: el corazón del corazón” (Noriega y Criollo 2020, 136). Este era uno de los espacios más importantes de las manifestaciones, eran improvisadas y un poco desorganizadas, aquí se gestaba el cuidado a la comunidad “de lucha”.

Las cocinas y quienes estuvieron allí tuvieron un trabajo titánico: alimentar a cientos y miles de personas (mujeres, niñas y niños, personas de la tercera edad, mendigos, manifestantes), incluso se brindaba este trabajo a sus agresores: policías y militares. Mujeres adultas y jóvenes trabajaban hasta 12 horas para preparar los alimentos. Así, quien se acercaba a pedir comida fue alimentado con lo que se preparaba en estas cocinas. En este momento, el alimento es un elemento importante para mantener la moral en alto.

De un rato a otro, el parque El Arbolito se convirtió en campo de guerra, por así decirlo. La policía y los militares varias veces arremetían contra los espacios declarados zonas de paz, así la cocina que se encontraba en el interior del parque fue destruida en

varias incursiones realizadas por la policía. Aún recuerdo a los voluntarios salir en cadena llevando las ollas calientes con comida preparada, corriendo hacia las universidades para poder resguardarse y continuar con su labor. Como muchos mencionaron en entrevistas y en las redes, esto era una guerra y había que mantener con ánimo a todas y todos los que se mantenían en lucha. Por lo tanto, donar alimentos, juguetes, ropa y cobijas era, en principio, un acto de solidaridad, pero también fue un acto político de apoyo para quienes estaban en primera línea. Muchas veces escuché: no tengo la fuerza para estar en las manifestaciones, pero al menos puedo ayudar llevando los alimentos.

2.4. Nosotros, nosotras: el cacerolazo en Quito

La indignación frente a la muerte y a la violencia desmedida de la fuerza pública durante los 10 días de movilización, sumado al simbolismo del 12 de Octubre, provocaron que ese día miles de personas de los diferentes barrios y comunas de Quito se movilizan hacia el Centro. Por ejemplo, mi hermana y mi papá caminaron durante cinco horas desde el Sur y contaban cómo desde allá se veía la gente marchando y camiones llenos de personas, alimento, escombros y llantas para ayudar en el Centro. Los que no podían ir hasta la zona cero habían cerrado las calles de sus barrios, les daban agua, fruta y ánimos para que lleguen. El pueblo estaba enardecido. Yo, y creo que todos los que estuvimos ese día presentes en la zona cero, sabíamos que no había vuelta atrás y que Lenin Moreno tenía que caer ese día.

Sin embargo, bien asesorado por su gabinete, el presidente emitió toque de queda para la ciudad a las 14h48 pm y empezaba a las 15h00 pm. Todos quienes, llevaban horas de camino, tenían 15 minutos para encontrar refugio. Muchos decidieron regresar a casa, otros como papá y mi hermana fueron al albergue de la Universidad Central. A pesar de que la gente empezó a dispersarse para evitar la violencia, una vez que dio las tres de la tarde, la policía se volcó de nuevo en contra de quienes intentaban regresar a sus casas.

Por un sentir propio, y en realidad asumo que a varios les pasó: ¿cómo el gobierno podía alcanzar esos niveles de violencia?, ¿cómo podían salir en brigadas de motociclistas a detener a la gente?, ¿por qué solo no les dejan regresar en paz? Creo que no podría describir el nivel de indignación de ese momento. Mi mamá y mi abuela estaban solas en casa, mi papá y mi hermana no podían regresar, y ellas estaban

preocupadas por lo que veían en las noticias y había rumores de que iban a volver a atacar los centros de paz. Esto seguramente pasó en muchas familias, con amigos y conocidos. Este sentir común dio lugar al cacerolazo.

Yo estaba en mi cuarto, pero ya se escuchaba a la gente del sector que estaba golpeando las ollas. Yo subí a la terraza y ya estaba mi ñaña, bajé a la cocina a escoger la olla. Luego salimos a la avenida Ajaví y la gente ya estaba reunida en una esquina: golpeando las ollas y quemando llantas. Creo que el cacerolazo motivó mucho para que no haya miedo de salir a la calle a protestar. Además, así puedo acompañar y me cuida más (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Recuerdo escuchar las ollas en el parque, a lo lejos, en ese momento yo rentaba una habitación de estudiante en el barrio La Vicentina, incluso en esta casa compartida acogimos a personas que se quedaron varadas sin poder regresar. Habíamos hecho canguil y tomado café, para no bajar los ánimos. Al revisar las redes sociales vi la convocatoria al cacerolazo, así que fui a la cocina cogí una olla plana, una cuchara de madera y salí a la terraza. Luego me arriesgué a ir hasta la entrada de mi casa y, finalmente, me uní a una gran cantidad de moradores del barrio que salieron al cacerolazo.

Durante este momento recuerdo ver muchas personas bastante adultas, también niñas y niños, varias personas en pijama, muchas de las cuales no habían estado presentes en los enfrentamientos de primera línea, pero que en este momento hacían un ejercicio de participación activa: el papel del cuerpo que pasó de ser individual o familiar a ser colectivo⁵, la masa sonora, que poco a poco se iba haciendo más grande y necesitaba moverse, por una necesidad de evidenciar la presencia (misma que fue prohibida con el toque de queda). Así mismo lo mencionan las y los testimoniantes:

⁵ En la presente investigación de manera continua se abordan las dualidades: público-privado, adentro-afuera, cotidiano-extracotidiano e individual-colectivo, como una forma que me permite describir las diferentes esferas del entramado social, cultural y político en torno a la resignificación del uso del objeto cacerola. Sin embargo, este modo no apunta a crear o reforzar los límites entre una y otra categoría, sino que apuesta por una visión panorámica de este suceso. Por lo cual, creo necesario traer a colación el trabajo de Marina Garcés (2013), “Un mundo común”, en donde se esboza la complejidad de las categorías que confluyen en el entendimiento de “lo común”. Ella explica que la categoría “nosotros” señala la idea de que los cuerpos llevan inscritos de manera objetiva y subjetiva la pluralidad y se evidencia en las necesidades, el lenguaje, los acentos, las historias, la memoria, las formas etc. Así, cuando alguien se enuncia desde el “yo” está intrínseco el “nosotros”, ya que cada individuo acarrea elementos del colectivo.

Salimos mi hijo, mi compa y yo al balcón, y dijimos: bueno vamos a hacer un poquito, solo un ratito. Pero se volvió tan fuerte que luego ya no era solo ese ratito, sino que en ese barrio ya se salía a la calle y sí podías estar y caminar, pero siempre fue como una vinculación con otra gente. El cacerolazo creo que fue una cosa de saberse juntos, creo que eso cambió la perspectiva que teníamos. Lo hacíamos con miedo, pero esa noche había una certeza de que no estabas sola, de que éramos muchísimos y estábamos juntos. Y le ponía esa fuerza, la misma rabia, la misma necesidad de gritar, necesidad de vivir, necesidad de vida (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Puede ser que estabas peleado con los vecinos o que no los conoces muy bien, a veces no sabes si viven ahí, pero con el cacerolazo llegabas a sentirte respaldado, fue muy muy muy conmovedor. Yo llore y lloré cuando escuchaba al frente otras personas golpeando sus ollas, o sea había una contestación, alguien te estaba contestando del otro lado de la cuadra. Éramos un colectivo, por primera vez tenía la sensación de pasar del individual a lo colectivo (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

Todas y todos tuvieron un papel muy importante, y no necesariamente implicaba poner el cuerpo en “primera línea” o la “línea de fuego” si no que el objetivo era sumar la masa inconforme que se acrecentaba por toda la ciudad. Lo que Garcés (2013, 48) denomina como “la nueva politización del cuerpo”, en este caso: una masa que se traduce en un solo cuerpo que ejerce de manera física el uso del espacio público se le que fue arrebatado. Así el momento del Cacerolazo -personalmente- creo que fue un momento en donde no cabía la restricción de los cuerpos para que pudiesen participar. Recuerdo que mi mamá me contaba que salieron con mi abuelita a la calle principal del barrio, llevando sus ollitas para participar de lo que ocurría.

Para mí, los espacios de cacerolazo fueron lugares de manifestaciones de otro público que no podía salir en su momento a las calles. No porque no querían, sino porque la infraestructura de violencia por parte del Estado no lo permitía (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Tal vez ese sentido de confianza con los demás, con el que estaba a lado o al frente, con el vecino que no conocías o a quien no habías visto, hizo que el miedo de salir a la calle sea menos fuerte. En La Vicentina había gran cantidad de gente y llegaban más por todas partes. Empezamos a caminar hacia el sector de las universidades, algunos estábamos en la calle, otros en las ventanas de los edificios, pero todos: nosotras y nosotros, el barrio y la ciudad estábamos haciendo bulla, apoyándonos, acompañándonos. Por eso me uno a la frase que dijo una de las testimoniantes: el cacerolazo “ahora representa una experiencia de pueblo que se guardará en mí memoria, como este significado real de patria” (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

3. Hora de hacer ruido y la extracotidianidad (el tiempo, cuándo)

En este momento, abordo el acto extracotidiano de las manifestaciones de octubre del 2019, y en especial el “Cacerolazo”, como un detonante para el cambio de uso y funcionalidad de los objetos domésticos “cacerolas”. Aquí, la sonoridad cumple un papel fundamental como parte de su nuevo símbolo dentro de la lucha social. La memoria y el recuerdo de la vivencia que mencionan las y los testimoniantes como actores en ese momento nos muestran la relevancia del “cacerolazo”, como parte del repertorio de esta lucha en la construcción de la colectividad.

3.1. Sonoridad en lo cotidiano y extracotidiano

Desde que empezamos nuestra vida, haciendo referencia a cuando nuestros sentidos despiertan, podemos percibir estímulos del exterior. Así, la percepción del sonido es de los que primero se activan (aunque al momento no seamos consciente de ello): los latidos del corazón de la madre cuando estamos en el vientre. Después: la voz, los gritos, el canto, el llanto, permiten el reconocimiento del grupo familiar y del espacio seguro. Poco a poco, a este repertorio se suma cualquier objeto que, durante los primeros años, produzca sonido y forma parte de nuestra exploración. Finalmente, en la medida en que aumenta la conexión con el mundo exterior el banco de sonidos crece, no solo lo relacionado a la música sino a todo lo que forma parte de nuestro entorno: “los ruidos”.

Así, los sonidos son contenedores de información, son signos, pues que generan representaciones simbólicas a partir de lo que se guarda en nuestra memoria individual y colectiva (Ahmed 2016). Esto permite vincularlos con ciertos contextos y significados. Analía Lutowicz define la memoria sonora como: “los diversos valores semánticos que adquieren los sonidos en función de la experiencia social y cultural de cada individuo, y que deriva del recuerdo emocional que éste tiene asociado a dicho sonido” (2012, 136). Es decir, al igual que funciona la memoria colectiva no hay una versión única, esta dependerá de la percepción de cada individuo ya que se pueden recordar eventos reales y otros ficticios.

En este sentido, las sonoridades se generan en las interacciones sociales y evidencian la forma en que se desarrolla la vida colectiva. Además, son “símbolos que

revelan la floración de lo sensible en la imaginación: el gesto, el sentimiento” (Carvalho da Rocha y Vedana 2009, 51). En la vida cotidiana, no solo somos receptores de estos sonidos sino también productores (por ejemplo: ¡Veci, a vender!). Así las prácticas sonoras abarcan la producción del sonido y su recepción, no solo forman parte de la respuesta (inmediata) fisiológica ante un estímulo, sino que en un momento de reflexión también incluye su percepción y significación (Martin y Fernández 2017).

El Centro Histórico, que es en donde yo trabajo, tiene una sonoridad muy particular. Desde que ingreso caminando a la Plaza Grande y cuando estoy en mi oficina (que tiene una ventana) escucho: voces de las ventas ambulantes, ofertas que van y vienen, música de los artistas que se asientan en la calle García Moreno y sus alrededores. La atmósfera se completa con el sonido de los campanarios de las iglesias cada hora. Todos estos sonidos forman parte de nuestro paisaje cotidiano, pero al mismo tiempo nos ubican en un círculo colectivo, con cuerpos que habitamos un mismo espacio. Como menciona Carvalho da Rocha y Vendana: “los sonidos en su fase menos noble, en la vida ordinaria de los grupos humanos, conforman el sentido de sus vidas en un cuerpo colectivo” (2009, 43).

En el primer capítulo, a propósito de la cotidianidad, quedó marcada la idea de que las acciones como cocinar, que se desarrollaban en la vida cotidiana en el espacio doméstico, carecían de emoción y sorpresa, perdían encanto: eran repetitivas, lo que es característico de la rutina (Lefebvre 1972). Así, sucede algo parecido con el sonido. Si lo pensamos, el silencio absoluto (al menos en el día a día y con los recursos que contamos) no existe. Estamos en constante convivencia con el sonido, desde lo más interno con nuestra respiración e incluso pensamientos, hasta los sonidos que vienen del espacio urbano (en el que me desenvuelvo). Por lo tanto, nuestro oído también se habitúa a los sonidos cotidianos, con lo cual “pierden significado” e incluso se vuelven imperceptibles.

Sin embargo, “la escucha nos permite experimentar y construir paisajes sonoros, activar nuestra memoria y (re)construir subjetividades y la identidad” (Domingo 2020, 44). De esta manera, la sonoridad puede considerarse también como un fenómeno reflexivo que resulta de la percepción que tienen las personas, así como de la memoria y del recuerdo. Por lo tanto, a través de esta y de las prácticas sonoras podemos comprender las dinámicas de los grupos sociales en la vida cotidiana (Carvalho da Rocha y Vedana 2009; Domingo 2020).

Así mismo, la vida cotidiana no se vuelve hermética. Cuando hay un agente (acción, objeto, sujeto) que irrumpe el itinerario, la cotidianidad se rompe y “lo insignificante se vuelve significativo” (Santos 2014, 186), con lo cual “se abre la posibilidad de cambiar el guion” (Santos 2014, 186). En este punto, es importante reconocer que las protestas de octubre del 2019 dieron paso para romper con la cotidianidad del pueblo ecuatoriano y esto marcó la posibilidad de resignificación del objeto cacerola a partir del cambio en su funcionalidad tradicional: la de cocinar.

En este momento, la cacerola se convierte en un instrumento de enunciación, se politiza su uso al formar parte de la voz y el grito colectivo, respaldando al cuerpo común como una acción transgresora que no cabía en el lenguaje la violencia física. Por el contrario, el uso de la sonoridad permitió, no solo presenciar, si no sentir la euforia colectiva, la creatividad y la necesidad de instrumentalizar aquella “orquesta de descontento”.

Justamente, las manifestaciones y las protestas forman parte de los usos extraordinarios del espacio, irrumpen en el orden y cambian el ritmo: aquí lo cotidiano se vuelve extracotidiano. No solo las acciones cambian, la ocupación del espacio también se ve alterado incluyendo la dimensión acústica: su sonoridad (Antebi y González 2005). Así “la expresión y las prácticas sonoras resultan ser un factor importante en esas polifonías del descontento y la exigencia ciudadana” (Martin y Fernández 2017, 105). El “ruido” y “bulla” sostienen la protesta. La disonancia de los latones irrumpe en el espacio público cotidiano, ya no se escucha el transitar de vehículos y personas, se escucha una ciudad arrítmica. Estos recursos sonoros mueven cuerpos, memoria y recuerdos⁶.

⁶ La presente investigación aborda lo sonoro como una potencia que atraviesa las múltiples dimensiones sensibles del cuerpo, es decir, que el sonido tiene la capacidad de internarse y movilizar lo material e inmaterial del individuo. Por lo que para complementar esta percepción, Julio Ramos (2012), en su artículo “Descarga Acústica” aporta las categorías de “descarga acústica”, “sobrecarga acústica”, “desborde acústico” e “impresión acústica” que describen las cualidades y calidades de lo sonoro, y la capacidad que tiene de inscribirse en los cuerpos con un oído predispuesto. Además, en esta publicación se complejiza la categoría del “ocularcentrismo” de Levin, no solo mencionando el privilegio visual sobre el cual se constituye el mundo, sino que reitera la importancia de la dimensión y los alcances del sonido. En este sentido, el cacerolazo, al ser una manifestación de inconformidad política y principalmente acústica, tocó fibras sensibles del colectivo lo que desató una avalancha sonora llena de sentimientos y acciones que nos unificó en la lucha y lo colectivo.

3.2. Memoria sonora en la lucha social de octubre 19

Antebi y González (2005) hacen una analogía entre la fiesta y las manifestaciones. Estos dos momentos tienen en común: la confluencia de varios actores en un mismo espacio y tiempo formando un colectivo y, además, el paisaje también se ocupa por una sonoridad diferente a la habitual. Pero, la diferencia principal entre estas dos es que en las luchas sociales hay un reclamo explícito y una acción de reivindicación (de derechos, oportunidades, etc.). Aquí no solo somos comunidad, sino que además queremos algo (hay un objetivo). Justamente, uno de los testimoniantes indicó que en el cacerolazo “se logró un estado festivo” (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Durante la acción colectiva el repertorio de manifestación es amplio y, dentro de él, la práctica sonora se podría decir que es la principal. Así, los recursos sonoros también se vuelven diversos: las consignas y eslóganes suelen ser los más populares “constituye uno de los pilares de su potencia declamatoria” (Antebi y González 2005, 4). Se quedan guardados en la memoria colectiva. El grito, por su parte, “es una de las expresiones políticas que más desestabiliza el orden social establecido” (Domingo 2020, 49).

La sonoridad genera empatía y sentido de pertenencia a un grupo y a un espacio, dota de una carga simbólica a la lucha social y se queda grabada en la memoria de sus actores. “Hacer ruido” en un contexto de manifestaciones implica “alzar la voz” en reclamo y exigencia, se vuelve una herramienta de descarga emocional en el espacio público y, además, es uno de los “elementos de identificación colectiva” (Antebi y González 2005, 4). Así, cuando “la música y el sonido están presentes en el entramado de fuerzas y relaciones sociales, se producen experiencias relacionales, corporales e interconexiones que desbordan el carácter meramente lingüístico” (Domingo 2020, 49).

En las protestas de octubre, el repertorio sonoro fue intenso, por parte del pueblo. Los manifestantes escuchamos consignas como:

¡Moreno, Nebot y Lasso,
abajo el paquetazo!

¡Únete pueblo, únete a luchar
contra este gobierno antipopular!

¡El pueblo unido

jamás será vencido!

¡Se va a ver, se va a caer
este gobierno se va a caer!

En el parque El Arbolito la gente se concentró a escuchar los pronunciamientos de los dirigentes indígenas a través de altoparlantes. El que día se destinó para rendir honor a los fallecidos durante las protestas y para velar el cuerpo de Ignacio Tucumbi en la Casa de la Cultura, seguramente fue uno de los más dolorosos. En los altoparlantes se transmitía una misa y el ambiente se envolvió con cantos indígenas. Recuerdo que ese día mi padre (que es músico) llevó flauta pata de cóndor, con la cual entonó un danzante panzaleo mientras estábamos en la calle de honor.

Por otro lado, durante los once días de protesta, el repertorio que recibíamos por parte de la fuerza pública eran los disparos de las bombas lacrimógenas, las sirenas del trukutú, incluso como traídos de otro país sonaba una grabación que indicaba el conteo bajo el cual los motorizados salían en contra de los manifestantes. Ese conteo: one, two, three, four, five... nunca antes escuchado, nos hacía un juego psicológico de miedo. Así mismo, en varios casos utilizaron las bombas aturdidoras que emiten un sonido difícil de describir, con el cual nos inmovilizaban y tiraban al piso.

Así, la sonoridad mueve partes sensibles de nuestro ser (como cuando escuchamos música), genera recuerdos y al mismo tiempo ancla en espacios y en contextos de la vivencia individual y colectiva. Así, los recuerdos sonoros tienen al sonido como un elemento de producción de significado (Ansara y Betencourt 2014). En este sentido, el pasado se va a construir por diferentes versiones (memoria individual) que conforman la memoria colectiva (Halbwachs 1995), en donde uno de los detonantes de recuerdos es el cacerolazo. Con las personas entrevistadas utilizamos un “detonador de la memoria”: la recopilación de algunos cacerolazos de la ciudad, con lo cual se pretendía recrear la atmósfera sonora para así volver y remover los recuerdos de ese día.

Al hacer este ejercicio tenía mis ojos cerrados y fui anotando en una hoja a parte las palabras que me venían en el momento de escuchar el cacerolazo. Las palabras fueron: indignación, rabia, golpe, lluvia, lucha, unión, fuerza, ritmo. El sonido me evocó mucho la lluvia, al cantar de las ranas, y todo eso luego se configuró como en un grito (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

En este punto quiero retomar la premisa de que estamos en un mundo ocular centrista bombardeado y atravesado por las imágenes. Así, durante las protestas de octubre teníamos una carga bastante fuerte de imágenes tanto de los testimonios reales

de quienes estuvieron en la zona cero que se transmitían en el internet, como de quienes tergiversaban lo sucedido en muchos medios de comunicación (televisión). Es por eso que en este trabajo apelo al uso de recursos sonoros para transportarnos y colocarnos en ese tiempo y espacio del pasado, en los recuerdos propios y de las y los testimoniantes: “Yo creo que el sonido sirve como dispositivo de memoria. Al menos a mí en este momento me sirvió mucho como de memoria emocional de lo que pasó” (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

3.3. ¿Cacerolazo por la paz?: hora de hacer ruido

Tengo clara la impresión de que, durante toda la jornada de protestas, la comida fue un factor importante en el mantenimiento de la lucha. Todas y todos entendíamos el esfuerzo que presupone hacer un viaje y permanecer en la calle desde temprano hasta altas horas de la noche, el agotamiento y la necesidad de estar “bien comidos” para no ceder en las peticiones hacia el Estado. Recuerdo que este valor de la alimentación fue similar durante los primeros levantamientos de los pueblos y nacionalidades indígenas en los años noventa. Dentro de mi familia (mamá, tías, tíos y abuelos), junto a la Mamita Olguita, cocinábamos canguil y lo poníamos en bolsas grandes de basura, después salíamos en la camioneta de mi papá a repartir entre quienes se encontraban en las calles -para que aguanten más-.

Este aspecto se torna importante para mí, principalmente en su resignificación. Durante la movilización del 2019 hubo gran convocatoria para donación de comida, ollas populares, y su repartición en camiones (sopa de pollo, arroz revuelto, panes, sánduches, chicha, aguas de remedio, mote, frutas, agua, café, etc.). Sin embargo, durante la noche del cacerolazo los objetos presupuestos para la alimentación hicieron bulla. Las 20:00 ya no era hora de comer sino la hora de hacer ruido, ya no se necesitaba la comida sino la toma de las calles por miles de personas. En este momento hubo una presencia sonora innegable y única.

Como vimos en la primera sección, el cacerolazo como parte del repertorio de las luchas sociales es muy común en Latinoamérica, incluso los carecolazos de Chile y Argentina suelen ser los más representativos. Sin embargo, esto no ha impedido su extensión a otras regiones del mundo, especialmente Europa. Así mismo, hay multiplicidad de actores que participaron en esta actividad, no ha sido un hecho propio de la clase media o baja, sino también fue símbolo de familias acaudaladas (caso de

Chile en la época de Allende). Independientemente de cuál haya sido su origen (geográfico o ideológico), el cacerolazo, hoy por hoy forma parte de las acciones colectivas dentro de las manifestaciones sociales y se lo identifica con la resistencia política en las luchas que se desarrollaron durante los últimos meses del 2019.

En el cacerolazo, la sonoridad es la principal herramienta de denuncia. Además, tiene una carga simbólica fuerte dado que utiliza elementos que son de la vida cotidiana (poco valorados), como ollas (llamadas cacerolas), cucharones, tapas, jarros de metal, entre otros. Por otro lado, es una acción generalmente pacífica que, a diferencia del repertorio ligado a la confrontación y a la primera línea, permite la participación de cuerpos diversos: hombres, mujeres, niñas, niños, jóvenes, personas adultas, personas de la tercera edad, etc. Y, finalmente, transita entre el espacio público y privado. Así lo mencionan algunos de los y las testimoniantes:

Sonó increíble: ¡tu tu tututu tu! al unísono. Todo era muy impactante y conmovedor. Quizás, las personas estaban sufriendo una brutal represión en los campamentos de las universidades y también tenían otro tipo cuidados: llevando ayuda a los compañeros del movimiento indígena, dando víveres, preparando comida. El servicio acá era distinto, no estábamos en la acción, pero con el sonido del cacerolazo se quería hacer sentir el respaldo y la solidaridad a lo que estaba sucediendo porque era muy tenaz. Fue una posibilidad donde yo podía hacer algo desde mis circunstancias y mis posibilidades; una evidencia de que quizás no se puede estar en primera línea por A o B razones. A mí me daba mucho miedo, pero podía ayudar y apoyar la lucha (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

El cacerolazo es una estrategia para las personas que no podían salir, justamente por la maquinaria de represión del Estado. Entonces me sumé a esto tocando con mis sobrinos desde el patio de mi casa, con los otros perros ladrando. Había un sentimiento muy fuerte de indignación (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

A nivel simbólico, el sonido que se produce al golpear ollas vacías representa el reclamo de la no satisfacción de las necesidades básicas de alimentación. En este sentido, las mujeres, al ser las encargadas del espacio doméstico y de la administración de recursos para el cuidado del hogar, son las primeras que evidencian las carencias. Las ollas definitivamente tienen un gran papel y significado en nuestra vida cotidiana y al ser transportadas a los espacios de lucha social no solo evocan recuerdos, sino que también son herramientas de participación de la mujer “ama de casa” que se revela ante las injusticias a través de lo sonoro (Telechea 2006).

Este potencial sonoro de las cacerolas contiene, así mismo, una “producción de subjetividad” (Ansara y Betencourt 2014, 98); es decir, la canalización de los sentimientos de rabia, frustración y desahogo, conjuntamente con los deseos de un

cambio. Podríamos decir que aquí se teje el pasado (recuerdos de injusticia), el presente (lucha social) y el futuro (esperanza de mejorar las condiciones de vida). El cacerolazo es un momento potencialmente poético. La comunicación y la protesta se depositan en objetos simples pero cargados de significado. Personalmente, es este momento en donde lo aprendido sobre los objetos toma otra característica que no había contemplado antes: su resignificación también estaba atravesada por el uso de su sonoridad. La cacerola no era una simple olla, podía ser mil cosas a la vez: un altoparlante ruidoso que resignificaba el sentir de la gente.

La voz que está ahí dentro de este sonido de las ollas (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Todo eso [el cacerolazo] era un concierto, ni John Cage, ni los grandes padres de la música contemporánea podrían imaginar eso, pero es muy interesante el hecho de que la música se produjo, o sea afloró. El sonido logró que todos, por un momento, admitan el estado performativo de ser músicos (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Pero esa noche fue nuestra. Y fue nuestra porque había mucha gente, se sentía como si fuera todo el mundo y te abrazara. El significado del cacerolazo, para mí, fue el abrazo desde todos, el abrazo que se necesitaba, probablemente para la primera línea también, para que puedan levantarse al otro día, para decir que está bien gritar, que no tengas miedo (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Escuché que en los refugios a la gente le dio mucho ánimo, empezaron a llorar. Me parece que fue un acto muy importante en realidad. Para mí, ese cacerolazo fue un grito del pueblo, un grito de indignación, un grito de respaldo también para la gente que estaba en primera línea (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

El factor del tiempo también marcó de manera relevante el cacerolazo, ya que, dentro de las jornadas de movilizaciones al llegar al quinto o sexto día, las cosas se volvían monótonas, no había respuestas, solo borramientos por parte del Estado. El décimo día, los noticieros Ecuavisa y Teleamazonas tergiversaron el fin del cacerolazo y lo denominaron como “Cacerolazo por la Paz”, alegando que era la ciudadanía pidiendo que “cesen los disturbios” por parte de los manifestantes. Después de la difícil y desgastante (física y emocional) jornada de caminata y lucha del día y tarde del 12 de octubre, la declaración del toque de queda y la persecución de quienes intentaban regresar a sus hogares, generó en la ciudad un silencio de dolor e indignación, y ese silencio también fue de miedo de salir al espacio público. Sin embargo, se dio la posibilidad de no permanecer callado, de mostrar que, aunque nos “encerraron” en nuestras propias casas, teníamos las posibilidades y herramientas de hacernos presente.

Entonces, el cacerolazo fue un estallido, el grito de inconformidad de toda una ciudad y de todo un país, representaba la rabia del pueblo, “detrás de cada golpe de las ollas, en cambio, hay una mención al silenciamiento de un pueblo” (Ansara y Betencourt 2014, 99).

Para mi experiencia personal, significó el alcance de lo que puede hacer el sonido: golpear y quejarse. A las 9:00 de la noche ya había el toque de queda, pero la gente empezó a salir. Entonces no podía creer, el sonido rompió muchas cosas. La gente salió porque tenía que salir, porque estaba harta de las mentiras que transmitían en la tele (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Cuando me acuerdo, es lo mismo: salgo con mi olla, primero con un poquito de miedo porque llevábamos días de miedo, con full rabia, empiezas así. Luego, como hay tantas ollas, sientes fuerzas y termina siendo como una mezcla de miedo, fuerza y rabia al mismo tiempo. Yo tenía miedo de que me metan presa pero el sonido era tan fuerte, que no lo iban a hacer. El sonido es tan fuerte que se sentía: si somos tantos no nos va a pasar nada, ellos no lo van a lograr con esto, somos muchos y estamos ahí. Después de muchos días de desesperanza, de rabia y dolor, con el cacerolazo se sentía esa presencia de alguien más, aunque no le conozcas, aunque no tengas idea de quién es, pero era muy reconfortante. Luego de saber que eran miles, era mil veces más reconfortante (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

La inconformidad era general y esa fue una respuesta a lo que los medios nos querían hacer creer, que el cacerolazo era sólo de los inconformes que estaban en primera línea y que, del resto, nos querían hacer creer que estábamos conformes y no era verdad. En la parte política siempre pasa que las opiniones son diversas y es muy difícil encontrar una acción común, pero el cacerolazo realmente mostró que no era verdad lo que decían los medios de comunicación (que era el cacerolazo por la paz). Cuando tú salías, te dabas cuenta que no era esa idea de paz, estábamos hartos y hartas, todos queríamos de una u otra forma pronunciarlos. Estábamos en toque de queda y no podíamos salir porque las leyes no te lo permitían, así que fue una forma de decir ¡ya basta!, ¡listo, estoy en mi casa, pero no me vas a callar!, y golpeabas ¡top top top! (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

Ansara y Betencourt indican que el cacerolazo puede “promover grandes tertulias, como si todos unidos en una rica polifonía sonora se unieran para hacer eco, en todos los espacios, del sonido de sus ollas” (2014, 106). El sonido tiene la capacidad de mover cuerpos, el efecto sonoro “infecta” a otros, se transporta y la algarabía se contagia, de esta manera también se construye una colectividad. Por lo tanto, “puede convertirse en una herramienta de dominación, pero también, de resistencia” (Domingo 2020, 48).

Había variaciones [en el cacerolazo]: era algo bonito que se iba apagando [el sonido], pero nunca se llegaba a apagar totalmente porque otra vez se levantaba. Entonces era esa sensación de certeza de que te quedabas como sin aire, pero decías ¡no, debo seguir! Alguien más está tocando (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Fue tan hermoso salir y escuchar a lo lejos ¡tuc tuc tuc! Quito tiene tantas quebradas que generan eco, y si alguien está la distancia yo lo voy a escuchar. Y así empezó: escuché un sonido tan minúsculo ¡tuc tuc tuc tuc! Fuimos y agarramos la olla. Luego, no podía escuchar nada porque el golpe de esto es tan fuerte que inunda tus propios oídos. En un momento te cansas ¿cuánto tiempo puedes durar así golpeando? Y dejas de hacer bulla, pero viene la satisfacción porque escuchas que hay mucha gente que me escuchó a mí y ahora yo los escucho a ellos. La magia está cuando dejas de golpear y escuchas a los demás, esto te genera una nueva fuerza (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

Finalmente, el cacerolazo en el contexto de las protestas de octubre en Ecuador fue un acto de irreverencia contra los atropellos de esos días y de inconformidad frente al trabajo del gobierno de turno. Pero, sobre todo, representó el apoyo, la forma de levantar los ánimos de quienes esa noche estaban resguardando la barricada para que la fuerza pública no arremetiera contra los centros de paz como en días anteriores. El gobierno ese día pretendió inmovilizarnos y callarnos, pero no pudo. Al contrario de esto, solo provocó que más gente saliera a sus ventanas, terrazas, calles y se tomará los barrios en una fiesta de protesta. La idea de que “un solo plato sonoro no movilizaría esta escucha activa, pero cuando cada uno, en su singularidad, se une, se hace posible vislumbrar la construcción de algo rico y poderoso que conecta a un individuo con diferentes puntos o diferentes lugares” (Ansara y Betencourt 2014, 107), se reinterpreta con el cacerolazo de octubre 19 a través de la voz de una testigo:

Creo que una olla no sonaba igual que diez, ni que veinte, ni que las mil que estábamos ahí. Entonces era ese granito de arena que formó un mar y tú eras parte muy importante de eso (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

4. Las puertas abiertas, los balcones, las terrazas, las veredas y las calles (el espacio, dónde)

Para finalizar el análisis de resignificación de la cacerola, en esta sección abordaré la disolución de los límites del espacio doméstico y del espacio público a partir de la sonoridad. Justamente, en este momento se acentúa el cambio de uso y funcionalidad del objeto.

Aquí, la legitimidad de la protesta social y la recursividad de los espacios, como parte de los repertorios de lucha social, toman relevancia y se sincronizan con el uso de la sonoridad de las ollas: “todo Quito retumbaba”. De manera que el sonido se muestra como una herramienta de ocupación, enunciación y comunicación para evadir los

límites establecidos por la fuerza pública, a partir de la objeción del silencio “nadie nos podía callar, nos tenían que escuchar”.

4.1. De vuelta al páramo: territorios en disputa en octubre 19

Durante las manifestaciones de octubre en donde el movimiento indígena sostuvo la lucha (como en periodos anteriores) se da un fenómeno particular: la ampliación del territorio de las comunidades que se encuentran en protesta. Cuando los diferentes colectivos y agrupaciones de personas sienten que de alguna forma sus derechos han sido vulnerados, se da paso a la protesta y movilización social. De esta forma, varios grupos salen de su territorio para “tomar” otros espacios a través de sus cuerpos. Entonces quienes encuentran en el “páramo” en estos momentos de acción colectiva se vuelcan a las carreteras, a las plazas y llegan a la ciudad. La comunidad se moviliza completa: las mujeres cargan a sus niñas y niños, llegan hombres adultos y jóvenes, pero también vienen abuelos y abuelas. En un post de Facebook, recuerdo que las comunidades se movilizan con su comida, su música, sus costumbres y hasta con sus muertos.

Así mismo, para quienes vivimos en Quito, estos días de protesta nos hizo habitar el espacio y tiempo cotidiano de otra manera. Como comenté en la sección anterior, el Centro Histórico es uno de los lugares que más habito por mi trabajo, y en el desarrollo de la vida “normal” tiene unas dinámicas específicas: se movilizan vendedores, músicos y otros artistas, es un espacio ocupado en gran parte por personas de la tercera edad que descansan y conversan en las diferentes plazas, hay quienes asisten a misa y a las iglesias, quienes hacen diferentes trámites en las instituciones municipales, los turistas que visitan la ciudad y también de vez en cuando grupos (no muy numerosos) de manifestantes. Cuando pienso en este espacio, durante las fechas de la movilización, tengo la imagen (mental) de ver al Centro de Quito (casi en su totalidad) convertido en un cuartel. Ese espacio lleno de dinamismo, ahora era ocupado por policías y militares que resguardaban un palacio (Carondelet) vacío. Y los usuarios cotidianos de este espacio: algunos se quedaron encerrados en sus casas protegiéndose del enfrentamiento y otros nos encontrábamos desplazados fuera de las vallas alambradas.

En este sentido, el espacio público es un eje importante en la organización de la vida colectiva, tanto para la integración como para la configuración social. También es

un lugar de representación de la cultura y la estructura de un grupo (Carrión 2007). Para el desarrollo de las acciones colectivas existen espacios de encuentro como la calle, la plaza, el parque -espacios públicos- que son tomados momentáneamente. Así, el espacio público se vuelve un derecho ciudadano para la inclusión, ya que permite reconstruir la asociación y la identidad no solo desde el encuentro entre individuos sino que también permite reconocernos como diversos para aprender a convivir (Carrión 2007, 4). Por otro lado, el conflicto llevado al espacio público permite visibilizar las injusticias dentro de la sociedad a partir del cual se tiene la oportunidad de generar un cambio a nivel social o político (Berroeta y Vidal 2012).

En varias manifestaciones de la cultura andina, las plazas son los espacios en donde giran y se desarrollan las principales celebraciones. Así, es común escuchar sobre la “toma de la plaza” en diferentes comunidades durante el *Inti raymi*. De este modo, la plaza como parte del espacio público no solo es el lugar de tránsito y encuentro de individuos. Normalmente, las plazas acogen las instituciones de poder (comunitaria, barrial, estatal); por lo tanto, “tomarse la plaza” es un acto de hacerse visible ante el poder y al mismo limar asperezas con nuestros semejantes. La fiesta y la plaza son espacios y tiempos donde el conflicto sirve como medio para poner sobre la mesa los desacuerdos de un grupo y solucionarlos. En la sección anterior, abordé la similitud entre festividad y movilizaciones sociales como parte de la creación de comunidad. Expresan sus exigencias, así que en este momento es importante señalar la importancia del espacio en el cual se llevan a cabo estas acciones colectivas.

Así, en los levantamientos sociales y protestas que se han dado en nuestra historia moderna, hay territorios en disputa. En Quito, quizás los más importantes son El parque El Arbolito y El Ejido, San Blas, la Plaza del Teatro, la Plaza de Santo Domingo y la principal de todas, la Plaza Grande. Cada uno de estos son espacios simbólicos y su ocupación, a través de los cuerpos en momentos de lucha social, tiene un hondo significado en la población. Normalmente, durante jornadas de lucha social en Ecuador, se resguarda el Palacio de Carondelet que es el símbolo central del poder del gobierno. Así, las plazas y parques antes mencionados, son los puntos de encuentro y concentración de manifestantes. El parque El Arbolito, por su parte, ha sido lugar de encuentro y asentamiento del movimiento indígena en distintas protestas. De acuerdo con esto, si bien el presidente Lenin Moreno a través de un decreto pudo cambiar la sede del Gobierno Nacional a Guayaquil el 8 de octubre (Geografía Crítica 2019, 9) durante las movilizaciones del 2019, la toma del Centro Histórico de Quito por parte de

los manifestantes podía significar el fin de su mandato. A pesar de que este cometido no se logró: el parque El Arbolito, la Casa de la Cultura y los denominados Centros de paz (Sector de las Universidades) se constituyeron como “expresiones de una ‘geografía de resistencia’ basada en la solidaridad, colaboración y autoorganización” (Geografía Crítica 2019, 28). La resistencia también se dio a través de la confrontación cuerpo a cuerpo entre la ciudadanía y los cuerpos llamados a precautelar “el orden” de estos territorios en disputa.

Durante las protestas de octubre, la ciudad de Quito fue el escenario de la inconformidad del pueblo. El lugar en donde, tal vez después de muchos años, se reactivó la conciencia social y la memoria colectiva de lucha y movilización como medio de exigencia. Sin embargo, aunque la apropiación del espacio público puede considerarse como un “derecho a la ciudad” (Berroeta y Vidal 2012, 13), el gobierno continuamente busca acallar las voces de protesta y desalojar los cuerpos de los espacios de lucha a través del miedo.

Sin embargo, después de los diálogos realizados entre representantes del gobierno y el movimiento indígena, el 14 de octubre se realizó una de las actividades más importantes de la organización de los pueblos andinos: la minga comunitaria. Con escobas, fundas plásticas y recogedores de basura se limpió la zona más importante de conflicto y de disputa. El ambiente era diferente, esta actividad estuvo acompañada de arte, de niñas y niños. Nuevamente se activaron las cocinas comunitarias. Esta vez quienes participaron en lo que algunos sectores calificaban como la “destrucción de la ciudad”, fueron quienes pusieron el hombro para limpiar este sitio que albergó a compañeras y compañeros de otras ciudades. El sitio que antes estaba lleno de fogatas, escombros, cuerpos lastimados, miedo e indignación, ahora acogía una acción de reconstrucción de la vida social y política del país. Con la ayuda de manifestantes, familias, estudiantes y transeúntes en pocas horas quedó limpio el lugar. El Ejido y El Arbolito volvieron a ser espacios de juego, esparcimiento, comercio y arte. Pero al volver a visitar esos lugares, al menos en mi caso y de algunas personas que conozco y que participaron en la movilización, ya no es el mismo: aún quedan “heridas” en el espacio (edificios quemados, paredes y aceras rotas, entre otras) que son huellas de esa lucha. También queda en nuestra memoria que ahí se libró una guerra que duró algo más de trece días.

4.2. Cacerolazo: la ocupación del espacio público en estado de sitio

Por un breve momento, voy a volver a retomar el tema del espacio doméstico. Recordemos que el hogar, la casa y la cocina se han marcado como límites imaginarios dentro del espacio privado y que, además, determinan las funciones de los cuerpos que lo habitan. A pesar de que el espacio exterior era de los hombres y el interior era para el oficio de las mujeres (invisibilizándolas), en la actualidad, la necesidad de generación de recursos, el proceso de reivindicación del papel de la mujer dentro de la sociedad y la familia y el cambio en los roles de género, han modificado también la dinámica del espacio doméstico (Mayorga 2017). Los objetos también ocupan, habitan y definen un espacio. En cierta forma evidencia la manera en la que me he construido social y culturalmente (Mayorga 2017). Mi cocina seguramente se ve algo escuálida a comparación de la de mis abuelas y mi mamá, pero es resultado de la prioridad que brindamos a las actividades que forman parte de nuestra vida, al momento la mía es el trabajo y la de las mujeres que me anteceden es el cuidado de la familia. Desde mi sentir, este espacio de individualidad, de familia y de personas cercanas es un lugar de acogida y de resguardo del ajetreado funcionamiento de la vida social en el espacio público.

Muchas veces nuestro espacio doméstico se extiende al espacio público, hay una “domesticación de la calle” como lo denomina Mayorga (2017) y se puede dar en el desarrollo de nuestras acciones diarias y colectivas. En este sentido, considero que si aún quedaba en nuestro pensamiento que son reales los límites que separan el espacio privado del espacio público, dentro de ese repertorio de la acción colectiva se dieron varias acciones que permitieron diluir estos límites. Por un lado, saber lo que pasaba afuera (en la zona cero) y también sentir el abrigo de familia y cuidado con miles de personas que no nos conocíamos pero que compartimos espacio y tiempos. Así, una de estas acciones tiene que ver con la “batalla” en el ciberespacio en donde participaron activamente los jóvenes, donde el “meme” fue una forma de protesta a través de la creatividad y la burla.

Como ya he mencionado, los medios tradicionales de comunicación compartían un contenido sesgado de las noticias, solo informaban una parte de lo que sucedía en el Centro de Quito omitiendo gran parte de la información, a manera de censura, pues junto al gobierno estos crearon un cerco mediático (Chuchuca 2020). Debido a esto, varias comunidades manifestantes volcaron acciones digitales y físicas hacia el canal de

televisión Teleamazonas y ocasionando que la mayoría de ciudadanos utilizaran las redes sociales y medios alternativos para informarse. Los videos caseros grabados a través de dispositivos móviles ponían en evidencia la brutalidad con la que actuaban elementos de la policía y militares. Así, los jóvenes a través de sus herramientas permitieron una comunicación organizada en las protestas, desde este espacio se convocaba a la protesta y a la donación de víveres, pero sobre todo se daba paso a que las personas que no podían salir de sus casas tuvieran información real de lo que sucedía en este espacio.

Algunas acciones dentro de la protesta adoptan nombres característicos, como menciona Cortés, el sufijo polisémico “-azo” se utiliza para manifestar un golpe o movimiento brusco y se lo adhiere a sustantivos que “expresan acciones o decisiones políticas de carácter público, por lo general de amplio impacto y sorpresivas, autoritarias o reivindicativas” (2020, 57). El 12 de octubre del 2019 a las ocho de la noche, las ollas, sartenes, tapas y cucharones abandonaron su espacio habitual de la cocina y salieron a los balcones, terrazas y a la calle. Ya no se utilizaron para preparar la comida que alimentará a la familia, sino que sirvieron como herramienta de protesta. Así, el cacerolazo conlleva el golpe de una olla (de metal) vacía, que pone en evidencia la falta de medidas económicas que permitan el sustento de las necesidades básicas de una familia en el país. A mi juicio, por otro lado, el cacerolazo también permitió un uso diferente del espacio público en dos formas: la primera, a partir del cambio de funcionalidad del objeto cacerola desde su concepción netamente doméstica y el otro desde el uso de la sonoridad como parte de la ocupación del espacio, en donde el sonido permitió detonar una avanzada de cientos de personas a las calles y barrios de toda la ciudad.

El sonido del cacerolazo era como una presencia, sin estar al lado de alguien más. Cuando salías a tu balcón y escuchabas a toda la ciudad contigo era como estar acompañada, una presencia de verdad de los otros. Era como un montón de gente compartiendo en la cocina, éramos, no sé, toda la ciudad (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

La similitud que encuentro entre la cocina y el cacerolazo es justamente la afectividad, este encuentro con el otro. En ese momento nos unió súper chévere y creo que, en cierta manera, cambió las dinámicas de cómo te llevas con la gente. Por ejemplo, yo soy un ser muy extraño en el barrio y eso cambió un poco (Daniel León, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Uno de los testimoniantes hizo una analogía de la cacerola como instrumento musical y a las personas como los músicos en una gran ópera. Aunque no fue tan evidente en Ecuador a comparación de otros países, el performance y la sonoridad se hizo presente en las actuales protestas populares. En las movilizaciones había músicos tradicionales que llegaron con las comunidades y los acompañaron hasta el final, también es común ver la participación del Colectivo Retumba La Prole durante varias protestas. Es así que, como menciona Butler, los actores que participan de esta escena “ejercitan, un derecho plural y performativo a la aparición, un derecho que afirma e instala el cuerpo en medio del campo político” (2017, 18).

Viéndolo [al cacerolazo] desde las artes escénicas, yo creo que fue un acto puramente escénico. Fue un acto consensuado, pero improvisado en su momento y creo que eso fue lo maravilloso: dejarse invadir por el sonido primero, por el ritmo y ser una sola masa. Es lo que se hace en el teatro, la unión grupal y cómo tu reaccionas con el otro y cómo eso va siendo una sola fuerza y se conduce en escena. Nuestro escenario era la noche y nuestro instrumento fueron las ollas (Erika Berno, entrevista personal, 2020).

Las implicaciones del uso de las ollas dentro de las acciones colectivas de protesta social las compartí en secciones anteriores, y quizá la principal fue dar cabida dentro de esta lucha a aquellos cuerpos que no podían estar en primera línea pero que querían hacerse presentes. La distancia entre los actores no fue impedimento; al contrario, el golpe y el sonido de sus ollas fueron el aliado que permitió consolidar la lucha en la calle que hasta ese momento llevaba 11 días.

Sabías que no ibas a llegar a Carondelet, el punto es que queríamos salir y queríamos gritar y queríamos hacer pueblo, o sea fue una sensación de verdad de hacer pueblo (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

Yo creo que, si descubrimos algo nuevo con ese cacerolazo, al menos yo que no había vivido un cacerolazo así antes, sí descubrí que hay otras formas de estar presente y otras formas de abrazar (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

El sonido tiene la propiedad de poder llenar el espacio: “el sonido y el espacio establecen tal relación de mutua expresión (se expresan juntos) y de mutua comprensión (se comprenden juntos)” (García 2005, 19). Así, el espacio y sus objetos se convierten en sonido mismo y viceversa. Todos los elementos del sonido se vuelven espacio. Sin embargo, el sonido no solo brinda información de lo que acontece en el espacio sino que “conforma atmósferas de seducción que atrapan al oyente con vínculos

hechizantes” (García 2005, 17). Tal vez por esto, sumado a la sensación de indignación colectiva, el cacerolazo develó y consolidó el estallido social de esos días.

Hacer bulla constituye, en sí mismo, una forma de ocupación. Producir el espacio es “estar en él”, ya que “en espacio está hecho de todo aquello que lo compone y que le sucede” (García 2005, 14). Con la sonoridad, esta apropiación y forma de habitar el espacio transita entre lo material y lo simbólico. Pues, el sonido cobija el espacio y a todos quienes están y participan de esto; por lo tanto, haciendo sonar la cacerola no solo ocupó mi terraza o mi balcón, sino que me comunico a la distancia con otros cuerpos. Nos acompañamos en un momento donde el miedo era el sentimiento que inundaba el ambiente.

Había toque de queda, entonces había todo el miedo, porque a esta hora ya no es permitido salir, a esta hora te pueden llevar presa o qué se yo (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Por otro lado, la agencia del cacerolazo está en las calles y plazas, es así que al sentirse abrigados y acompañados los individuos empiezan a salir y estar en el espacio público. De esta manera, “los sonidos de ‘cacerolazos’ proponen una convocatoria que recorre calles y avenidas y se suma generando temporalidades, espacios y significados que escapan a los entendimientos” (Ansara y Betencourt 2014, 104).

El cacerolazo provocó un sentido de transitar la calle porque había toque de queda donde no se puede salir, pero la gente dijo ¡no! ¡aquí no nos puedes poner un toque de queda. Supuestamente querían mantener la democracia y decían que supuestamente había vándalos y saqueos por aquí. Pero se rompió el miedo: la gente salió, saltaba y cantaba. No había piedras que lanzar, había cacerolas con las cuales hacer ruido, hacer sonar, golpear duro y contagiar. Digamos que fue un momento de canto de júbilo (Juan Bautista, entrevistado por la autora, octubre del 2020).

Fue tan sorprendente que te llenaba de tanta energía al escuchar al vecino. Después, un montón de gente bajaba de la zona alta, de Carapungo, y bajaba por una calle principal. Desde la terraza los vimos y dijimos ¡vamos a salir!, ¡no nos vamos a quedar! Y no fue para prepararse, todos estábamos en pijama, o sea nadie se alistó, solo salimos. En Carapungo al menos fue muy loco. Tú ibas por un camino y de abajo venía otro tumulto y se cruzaban como canales de ríos de personas que habían venido de todas partes a sumarse. Las calles principales comenzaron a llenarse de gente (Bernarda Salas, entrevista personal, 2020).

El cambio de funcionalidad del objeto, utilizarlo para hacer ruido en lugar de cocinar, produjo que la cacerola en sí se vuelva un instrumento sonoro, un instrumento de protesta y volverse uno con la persona, con el sonido y con el espacio. La característica del sonido, de ser fugaz porque “desaparece con facilidad y no puede

poseerse” (García 2005, 18), fue una pieza clave para el empoderamiento del pueblo frente al poder que en ese momento ejercía opresión. La fuerza pública y el gobierno podía de alguna forma impedir que salgas a la zona cero, incluso en algunos sectores, que salgas a la calle, pero no podían borrar el sonido de esas ollas vacías.

Fue salir y encontrarte, primero a través del sonido, luego de un balcón a otro, de una ventana a otra, luego en la vereda, luego caminando y al final la gente se unía, se unía, se unía. Se sentía que era un espacio nuestro, aunque vengan los chapas, era nuestro espacio y si es que te vas igual va a seguir; y si te cogen los chapas esa noche igual iba a seguir, porque era súper potente y permanente (Carolina Enríquez, entrevista personal, 2020).

Finalmente, el devenir de las acciones colectivas durante las manifestaciones quedó marcada en nuestra memoria por acción de la sonoridad. Recuerdo que días después de las protestas, cuando todo “volvió a la normalidad”, un grito, el paso de una moto a toda velocidad o algún sonido de disturbio, desencadenaba el recuerdo corporal de cuidado ante la amenaza. Pero también volver a ver las ollas y cucharones que me acompañaron la noche del cacerolazo, me devuelve a la memoria el sonido individual y colectivo despertando de nuevo el sentido de ese ruido y esos lugares que fueron “nuestros”. Así,

Se pliegan, los espacios y con ellos sus sentidos, y de repente son a la vez objeto, sonido, memoria, sentimiento y argumento, y uno quiere llegar y comprenderlos y lo único que puede hacer es hablar acerca de ellos, trazar signos sobre una página en blanco y seguir curvándose en sí mismo(s) (García 2005, 14).

Conclusiones

En la presente investigación analicé el proceso de resignificación del objeto cacerola durante las manifestaciones sociales de octubre del 2019 en la ciudad de Quito. Esto a partir de una primera indagación sobre las lógicas de disciplinamiento a las cuales están sujetos los “trastes” (ollas, sartenes y demás utensilios) dentro del espacio doméstico y la vida cotidiana. Continué con una descripción del cambio de funcionalidad de estos objetos domésticos en el espacio público en eventos extracotidianos y, finalmente, interpreto los aportes de la sonoridad de las cacerolas como activador de la memoria colectiva durante la lucha social. Por otro lado, las variables: objeto, cuerpo, tiempo y espacio -considero de manera personal- son categorías que me permitieron gestionar de manera puntual la información teórica, conceptual y el relato de esta investigación. Pero también para hacer un mapeo conceptual o “genealógico” del objeto cacerola, para situar de manera más profunda y clara su transición de la “olla” como objeto cotidiano a la cacerola como herramienta extracotidiana de lucha.

De esta manera, a lo largo del trabajo de investigación, experimenté varias hipótesis de lo que conlleva la resignificación del objeto cacerola a partir del uso de su sonoridad. Así, desde los cruces entre conceptos teóricos, los relatos vivenciales y los testimonios cercanos he encontrado algunas de esas posibilidades. En un principio, tal vez la forma “más común”, fue atribuirle (al objeto) una palabra, un concepto o un sentir. Es decir, en el espacio doméstico las ollas son los “contenedores” (de la memoria familiar, alimento, costumbres y cuidado), después su sonido que retumbaba durante el cacerolazo fue el grito, el abrazo, la voz, la lluvia y la libertad. Por otro lado, tal vez en un sentido más amplio, se podría considerar su resignificación en la potencia de reconocer a los objetos cacerola como:

- Pequeños espacios habitados: 20, 30, 40 centímetros (o más) de emociones, sabores, sensaciones, relatos y sonidos.
- Extensiones del cuerpo: las extremidades metálicas que daban la posibilidad de hacerse escuchar.

- Recordatorios del tiempo: los ¡tack-tack-tack!, que marcaban el compás, el ritmo, los latidos de los cuerpos manifestándose.
- Herramientas multifuncionales: armas y escudos poco convencionales que impedían a la fuerza pública enfrentarse al pueblo.

Así, por lo descrito a lo largo de la tesis, la resignificación de un utensilio doméstico como las ollas (o cualquier objeto) no depende únicamente del cambio en su función, puesto que las percepciones de las y los individuos que los usan juegan un papel importante en la atribución de nuevos significados. Es así que, aunque ya existe un “nuevo” rol de las ollas dentro del repertorio de lucha social que fue determinado históricamente (hacer ruido y mostrar inconformidad), podemos ver que el abanico de posibilidades de significación es directamente proporcional a los cuerpos que los usan y las maneras (a veces inimaginables) en que pueden ser usados tanto material como de forma simbólica.

Ahora voy a apostar por un nuevo aspecto que fue relevante para mí, y es que esta resignificación de las cacerolas está en el tránsito de vida que estos objetos atraviesan individualmente. Es decir, si bien las ollas tienen ese objetivo común de hacer ruido, convocar a la toma del espacio público o comunicar el descontento colectivo dentro del contexto del cacerolazo (tanto en las movilizaciones de octubre como dentro de los repertorios de protesta social latinoamericana y mundial), el nuevo significado no está en el “producto” (ruido o sonido) sino en el “proceso”. En el camino que han recorrido: desde que llegaron a nuestra casa (por compra, intercambio o regalo), el papel que jugaron en nuestra cocina (para hervir agua, hacer sopa), el tiempo que nos acompañaron (eran viejitas o nuevas), las anécdotas e historias que guardan, si pasaron la prueba de sonido para estar al frente de la lucha (en el cacerolazo), así como los golpes y las huellas que dejaron.

Por lo tanto, la resignificación de los objetos se da en la capacidad que estos tienen de albergar vivencias, propósitos y objetivos individuales de quienes los hacen sonar. De modo que los cuerpos, los espacios y los tiempos logran transformar a los objetos. Así, la acción y ejercicio de golpear no es más que la marca y la inscripción de este trayecto. A manera de huella dactilar, los objetos toman forma de las emociones.

Finalmente, una imagen guardada en la memoria que incentivó esta investigación, y además creo que describe el sentido de esta tesis, es: tener a mi mamá y a mi abuela (Mamita Bertha) sentadas a la mesa días después del cacerolazo. Aunque en

principio lo que me mueve es el recuerdo sonoro de su narración, creo que resulta más fácil describir una imagen que un sonido y, aún más complicado, poner en evidencia las emociones que tenían sus palabras y sus gestos: El 12 de octubre del 2019 ellas pasaron solas en casa, porque mi papá y mi hermana terminaron en uno de los Centros de Paz debido al improvisado toque de queda y yo me resguardaba en mi casa en La Vicentina. Los primeros diez días de protesta, ellas tenían “el Jesús en la boca” (como dice mi abuela), ya que todos salíamos a la zona cero a acompañar la lucha así que veían lo poco que pasaban en las noticias, de forma que les generaba miedo y al mismo tiempo impotencia de “no poder hacer algo”. Sin embargo, esa noche, durante el cacerolazo, tuvieron el coraje de tomar sus ollas y cucharones, subir a la terraza hacer bulla y luego terminar con los vecinos en la calle principal de La Ecuatoriana, haciendo retumbar a Quito.

Su historia estaba cargada de brillo, empoderamiento y apropiación: cómo habían salido, qué objetos habían llevado, con quiénes se encontraron en la esquina. Es decir, ese objeto -la cacerola- que en el diario tiene una implicación de responsabilidades (u obligación) de cuidado de la familia, esta vez -mediante el sonido- les permitía formar parte de la lucha, de “estar al frente” sin que eso signifique llegar a la primera línea. Así, en este contexto que marca la relación objeto, cuerpo, tiempo y espacio, el sonido es un producto del movimiento. El cacerolazo incluyó: el tránsito de los objetos (historias y usos), el desplazamiento de los cuerpos (de lo privado a lo público en estado de sitio), la disolución de lo privado y lo público (de conocido y el extraño) y el paso de la rutina y lo cotidiano a lo extra-ordinario. La sonoridad de esta acción colectiva permitió cobijar y respaldar a cuerpos en la primera línea, brindó posibilidad de que otros cuerpos puedan estar presentes en la lucha. Pero también logró cambiar la forma en la que día a día veíamos a esas ollas, tapas, cucharas viejitas (a veces refundidas) en nuestra cocina. Ahora son trofeos de lucha que están a la espera de hacerse escuchar de nuevo.

Lista de referencias

- Acevedo, Griselda, Irma Rodríguez, y Beatriz Hernández. 2017. “La cocina, su espacio físico y prácticas cotidianas. Experiencias desde una comunidad rural de la Huasteca Potosina, México”. *Tlatemoani*, n° 26: 208–34.
- Acosta, Alberto. 2005. “Ecuador: ecos de la rebelión de los forajidos”. *Nueva sociedad*, n° 198: 42–54.
- Ahmed, Mehdi. 2016. “El espacio desde el paisaje sonoro: caso de la Plaza Grande de Quito”. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/10212>.
- Andrade, Daniel. 2020. “12 de octubre: día de las mujeres”. En *Octubre y el derecho a la resistencia. Revuelta popular y neoliberalismo autoritario en Ecuador*, editado por Franklin Ramírez, 45–52. Buenos Aires: CLACSO.
- Ansara, Soraia, y Paulo Betencourt. 2014. “Memórias sonoras dos cacerolazos: experiências de resistência e participação política”. En *Participação social: atores e demanda*, editado por Silvia Zanirato, 91–114. Brasil: ANNABLUME.
- Antebi, Andrés, y Pablo González. 2005. “De la Internacional al Sound System: aproximación al paisaje sonoro de las manifestaciones”. *Quaderns-e*, n° 5: 1–21. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1289066>.
- Augé, Marc. 2008. *Los “no lugares” espacios del anonimato*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Barthes, Roland. 1966. “Semántica del objeto”. *Arte e Cultura nella civiltà contemporanea* 4: 1–6.
- Baudrillard, Jean. 1969. *El sistema de los objetos*. SEMERGEN Medicina de Familia (1969). Letra e. <http://books.google.com/books?hl=en&lr=&id=ejuKjuKnr4wC&oi=fnd&pg=PA13&dq=El+sistema+de+los+objetos&ots=28FAcCvWCF&sig=S0I2qMv3UcG80FBwz10XM3OHHKU>.
- . 2010. *Crítica de la economía política del signo*. México: Siglo Veintiuno Editores.

- Bee, Wilson. 2012. *La importancia del tenedor. Historias, inventos y artilugios en la cocina*. Madrid: Editorial Turner.
- Berroeta, Héctor, y Tomeu Vidal. 2012. “La noción de espacio público y la configuración de la ciudad: fundamentos para los relatos de pérdida, civilidad y disputa The notion of public space and the shaping of the city: A framework for the stories of loss, civility and dispute”. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana* 11 (31): 1–16.
- Blanco, Jorge. 2007. “Espacio y Territorio: elementos teórico-conceptuales implicados en el análisis geográfico”. En *Geografía Nuevos Temas, Nuevas Preguntas*, editado por María Victoria Fernández y Raquel Gurevich, Editorial, 37–64. http://www.mecaep.edu.uy/pdf/Sociales/EspacioGeografico/Espacio_y_territorio.pdf.
- Butler, Judith. 2017. *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea. Cuadernos Filosóficos / Segunda Época*. Buenos Aires: Paidós. doi:10.35305/cf2.vi14.38.
- Campo, María del, y Alicia Navarro. 2012. “El significado de la cocina en mujeres de clase media de Córdoba, Argentina. Una aproximación desde la teoría de las representaciones sociales”. *Perspectivas en nutrición humana* 14 (2): 113–24.
- Carmona, David, Viviana Hoyos, y Andrea Marín. 2013. “Teatro De Objetos: Arte Del Redescubrimiento. Poética Visual De Los Objetos Resignificados”. *Revista Colombiana de las Artes Escénicas* 7: 145–51. <http://search.ebscohost.com/login.aspx?direct=true&db=fua&AN=110232088&lang=es&site=ehost-live>.
- Carrión, Fernando. 2007. “Espacio público: punto de partida para la alteridad”. En *Espacios públicos y construcción social. Hacia un ejercicio de ciudadanía*, editado por Olga Segovia, 79–97. Santiago de Chile: Ediciones Sur. https://www.flacsoandes.edu.ec/sites/default/files/agora/files/1228415744.espacio_publico._punto_de_partida_para_la_alteridad_2.pdf.
- Carvalho da Rocha, Ana, y Viviane Vedana. 2009. “La representación imaginaria, los datos sensibles y los juegos de la memoria: los desafíos de campo en una etnografía sonora”. *Revista Chilena de Antropología Visual*, n° 13: 37–60.
- Certeau, Michel De, Luce Giard, y Pierre Mayol. 1999. *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.
- Chuchuca, Jaime. 2020. *Levantamientos y revolución: La movilización como arma de*

- los pueblos*. Quito: Ediciones Opción.
- Collin, Françoise. 1994. "Espacio doméstico. Espacio público. Vida Privada". En *Ciudad y Mujer*, 231–37. Madrid. <http://www.derechoshumanos.unlp.edu.ar/assets/files/documentos/espacio-domestico-espacio-publico-vida-privada-2.pdf>.
- Comercio, El. 2019. "Diaro El Comercio". *11 días de protestas en el Ecuador*. <https://www.elcomercio.com/pages/muertos-protestas-octubre-ecuador-decreto.html>.
- Contreras, Jesús. 2011. "Alimentación y cultura: reflexiones desde la Antropología". *Revista Chilena de Antropología*, n° 11: 95–111. doi:10.5354/0719-1472.1992.17643.
- Cortés, Ignacia. 2020. "Usos políticos de las sonoridades y performances andinas en Santiago de Chile post 18 de octubre de 2019". *Boletín Música Casa de las Américas* 54: 53–69.
- Domingo, Daniel. 2020. "No era paz, era silencio. El sonido en el paisaje sociosemiótico urbano del 'Estallido social' chileno desde los ECDM". *Arboles y Rizomas. Revista de Estudios Lingüísticos y Literarios* 2 (2): 44–68. doi:10.35588/ayr.v2i2.4611.
- Fischler, Claude. 1995. *El (h)omnívoro. El gusto, la cocina y el cuerpo*. Barcelona: Editorial Anagrama. doi:10.2307/3322017.
- Foucault, Michel. 1988. "El sujeto y el poder". *Revista Mexicana de Sociología* 50 (3): 3–20. doi:10.2307/3540551.
- Garcés, Marina. 2013. "Un mundo común". España: Bellaterra.
- García, Noel. 2005. "Alarmas y sirenas: sonotopías de la conmoción cotidiana". En *Espacios sonoros, tecnopolítica, y vida cotidiana: aproximaciones a una antropología sonora*, 12–25. Barcelona: Orquesta del Caos.
- Geografía Crítica. 2019. "Análisis espacial de la resistencia , protesta social y represión vividas en Ecuador entre el 7 y 14 de octubre de 2019 Colectivo de Geografía Crítica del Ecuador 21 de octubre de 2019". Quito.
- Gold, Tomás. 2018. "Conceptualización e historia de los cacerolazos en la argentina reciente (1982-2013)". *Postdata* 23 (2): 453–89.
- González, Valeria. 2005. "La cocina como un espacio de producción y reproducción de la vida cotidiana". *Caleidoscopio - Revista Semestral de Ciencias Sociales y Humanidades* 9 (17): 143. doi:10.33064/17crscsh528.

- Halbwachs, Maurice. 1995. "Memoria colectiva y memoria histórica". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n° 69: 209–19. <http://www.jstor.org/stable/40183784>.
- Lalive D' Epinay, Christian. 2008. "La vida cotidiana: Construcción de un concepto sociológico y antropológico". *Sociedad Hoy*, n° 14: 9–31. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=90215158002>.
- Lefebvre, Henri. 1972. *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lévi-Strauss, C. 1970. *El origen de las maneras de mesa*. México, D. F.: Siglo Veintiuno Editores.
- Licona, Ernesto, Isaura García, y Alejandro Cortés. 2019. "El espacio culinario. Una propuesta de análisis desde la Antropología de la Alimentación". *Antropología Experimental*, n° 19: 165–72.
- Lutowicz, Analía. 2012. "Memoria sonora: una herramienta para la construcción del relato de la experiencia concentracionaria en Argentina". *Revista Sociedad y Equidad*, n° 4: 133–52. doi:10.5354/0718-9990.2012.20941.
- Márquez, María, y Axel Navarro. 2011. "Espacios cotidianos y subjetividad: el caso de la cocina". *Educação e Fronteiras On-Line* 1 (1): 89–97.
- Martin, José Luis, y Santiago Fernández. 2017. "La dimensión acústica de la protesta social: apuntes desde una etnografía sonora". *Íconos - Revista de Ciencias Sociales*, n° 59. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Ecuador (FLACSO): 103. doi:10.17141/iconos.59.2017.2643.
- Mayorga, Manuel. 2017. "Domesticando la calle: expansión de los espacios domésticos sobre el espacio público urbano". Universidad Politécnica de Madrid.
- Melucci, Alberto. 1999. "Teoría de la acción colectiva". En *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, 25–54. México: Colegio de México.
- Náñez, Paula. 2020. "¿Quién cocina en esta casa? Fricciones y acomodados a roles hegemónicos de las mujeres campesinas dentro del espacio doméstico". Universidad Nacional de Colombia.
- Noriega, Jahiern, y Gonzalo Criollo. 2020. "Solo el pueblo salva al pueblo: centros de acopio y acogida humanitaria como corazón de la resistencia". En *Octubre y el derecho a la resistencia. Revuelta popular y neoliberalismo autoritario en Ecuador*, editado por Franklin Ramírez, 127–48. Buenos Aires: CLACSO.
- Pazos, Julio. 2003. "Yahuarlocro". *Terra Incognita*.

- https://www.terraecuador.net/allimicuna/25_allimicuna_yahuarlocro.htm.
- Pederzini, Carla. 2008. “La Cocina: ¿Destino o Privilegio Femenino?” *Serie documentos de trabajo, Departamento de Economía*, n° 7: 1–27.
- Pérez, María de los Ángeles. 2015. “La cocina y la mesa: deber y placer de las mujeres”. *La aljaba* 19: 17–36.
- Ramos, Julio. 2012. “Descarga acústica”. En *Ensayos próximos*, 13–36. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas.
- Rancière, Jacques. 2009. *El reparto de lo sensible. Estética y Política*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Rea, Natalia. 2020. “Historias de vida de mujeres que participaron en las manifestaciones de octubre 2019 en Quito - Ecuador”.
- Ruiz, Javier. 2012. “Los instrumentos del conflicto: estudio de la violencia colectiva en la Navarra moderna”. *Estudis: Revista de historia moderna*, n° 38: 167–205. http://dialnet.unirioja.es/servlet/extart?codigo=4098825%5Cnhttp://www.uv.es/dep235/PUBLICACIONES_IV/E_38_167-205_Ruiz,_J.pdf.
- Santacoloma, Andrés, y Luis Quiroga. 2009. “Perspectivas de estudio de la conducta alimentaria”. *Revista Iberoamericana de Psicología: Ciencia y Tecnología* 2 (2): 7–15. <https://revistas.iberoamericana.edu.co/index.php/ripsicologia/article/viewFile/180/314>.
- Santos, José. 2014. “Cotidianidad. Trazos para una conceptualización filosófica”. *Alpha*, n° 38: 173–96. doi:10.4067/S0718-22012014000100012.
- Sañudo, Luis. 2013. “La casa como territorio. Una nueva epistemología sobre el hábitat humano y su lugar doméstico”. *Iconofacto* 9 (12): 214–31.
- Sergi, Valera. 1999. “Lo privado y lo público: Dialécticas urbanas y construcción de significados”. *Tres al Cuarto*, n° 6: 22–24. <http://www.ub.edu/escult/doctorat/html/lecturas/tresal.pdf>.
- Serrano, Araceli. 1994. “El hogar y sus objetos: Un análisis semio-sociológico”. *Política y Sociedad* 16: 225–31.
- Tarrow, Sidney. 1997. *Explotación y creación de oportunidades. El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Telechea, Roxana. 2006. “Historia de los cacerolazos: 1982 -2001”. *Revista Razón y Revolución*, n° 16: 141–84.

- Telles, Shirley, Satish Kumar Reddy, y H R Nagendra. 2019. *Verdad, Justicia y Reparación. Informe de verificación sobre derechos humanos: Levantamiento indígena y paro nacional*. Quito: Alianza de organizaciones por los Derechos Humanos.
- Torres, Alexander. 2013. "El cuerpo y los movimientos sociales". *V Congreso Internacional Latina de Comunicación*, 1–16. http://www.revistalatinacs.org/13SLCS/2013_actas.html.
- Unda, Mario. 2005. "Quito en abril: los forajidos derrotan al coronel". *OSAL: Observatorio Social de América Latina (CLACSO)* 16 (16).
- Wambra. 2020. "Wambra Medio Digital Comunitario". *Las muertes sin respuesta del Paro Nacional en Ecuador*. <https://wambra.ec/muertes-paro-ecuador/>.
- Zafra, Remedios. 2013. *(h)adas: Mujeres que crean, programan, prosumen, teclean*. Madrid: Editorial Páginas de Espuma.
- Zamora, Romina. 2010. "Lo doméstico y lo público. Los espacios de sociabilidad de la ciudad de San Miguel de Tucumán a fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. doi:10.4000/nuevomundo.58257.

Anexos

Anexo 1: Lista de testimoniantes para tesis “La resignificación del objeto a través de la sonoridad “Cacerolazo, Quito 12 de octubre del 2019”

Testimoniante	Entrevistador	Fecha	Modalidad
Bernarda Salas	Tiani García	octubre de 2020	Virtual – plataforma zoom
Carolina Enríquez	Tiani García	octubre de 2020	Virtual – plataforma zoom
Daniel León	Tiani García	octubre de 2020	Virtual – plataforma zoom
Erika Berno	Tiani García	octubre de 2020	Virtual – plataforma zoom
Juan Bautista	Tiani García	octubre de 2020	Virtual – plataforma zoom